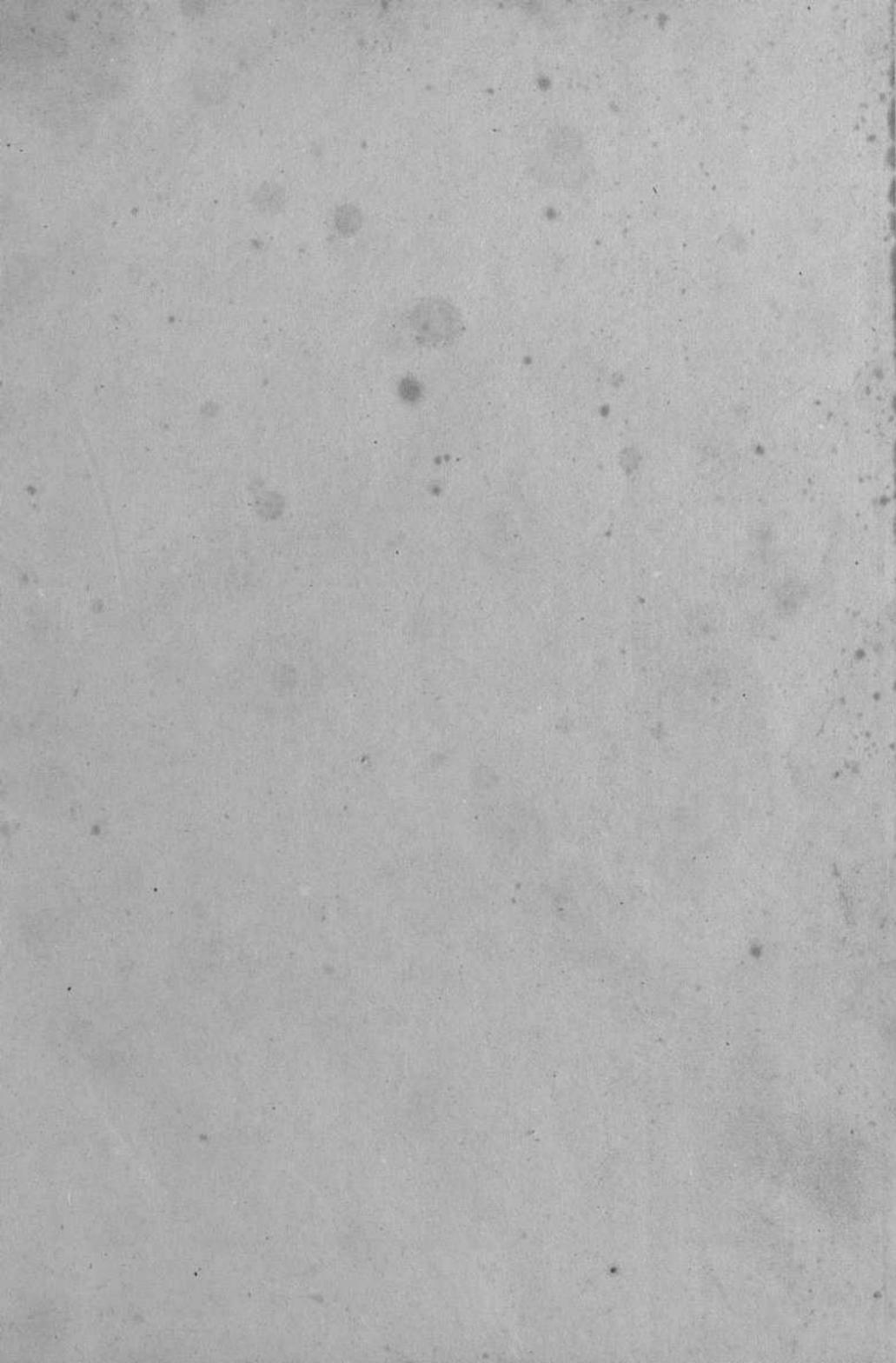
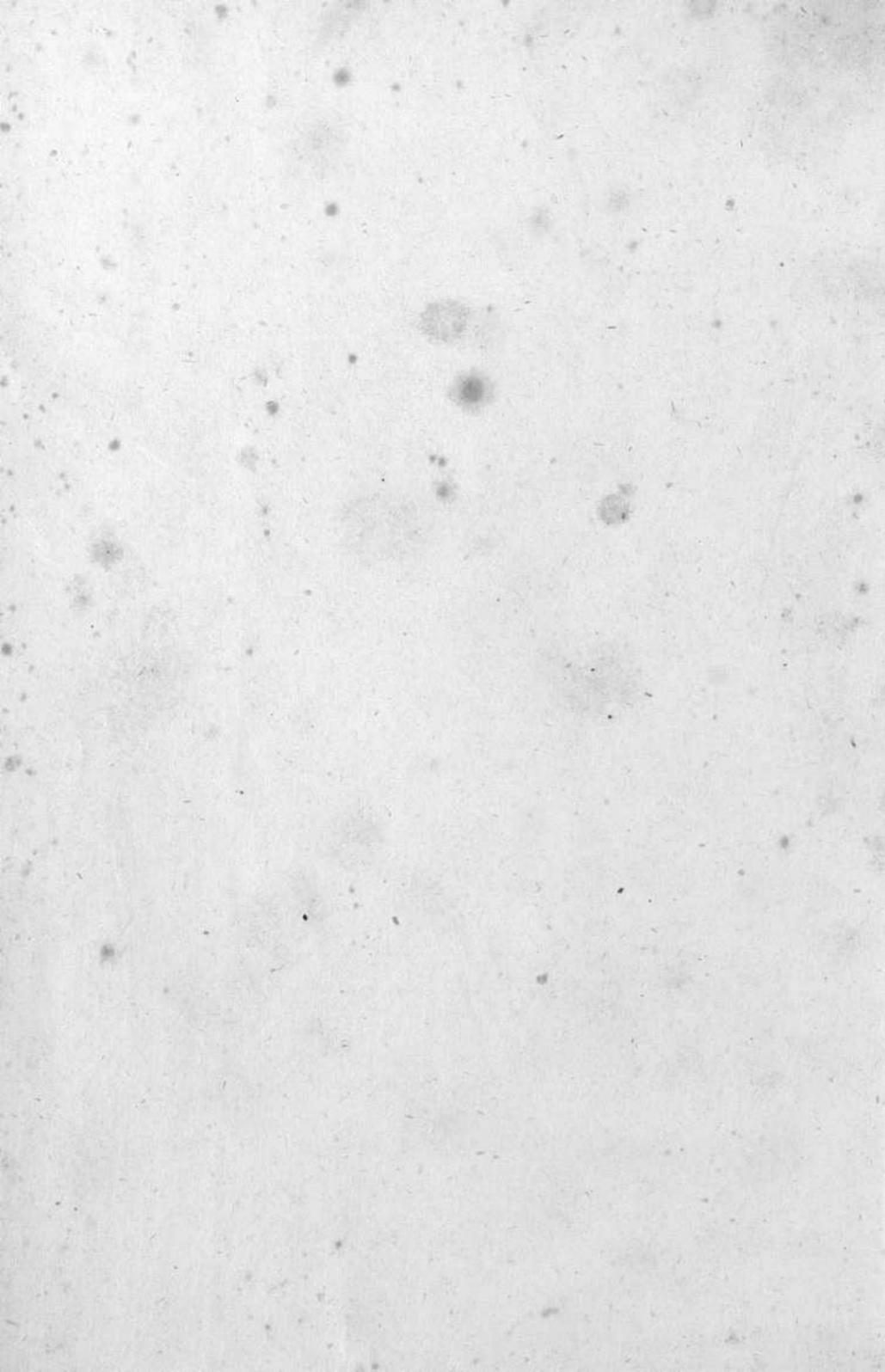


141

2 de 60 m. 7







LIBRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

PEPE-HILLO

NOVELAS DE

PEPE-HILLO.

TOROS.

HILLO NOMBELA.

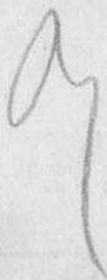
TOMO II.

EDITADO EN

MADRID, EN EL AÑO 1911.

PEPE-HILLO

PEPE-HILLO

A handwritten signature or mark, possibly a stylized 'P' or 'H', written in dark ink. It consists of a single, continuous, fluid stroke that starts with a small loop at the top, descends, and then curves back up towards the right.

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

---

# PEPE-HILLO

MEMORIAS DE

# LA ESPAÑA DE PAN Y TOROS.

POR

---

JULIO NOMBELA.

~~~~~  
**TOMO II.**  
~~~~~

ADMINISTRACION.

PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11, MADRID.

---

Madrid de H. Llanjas, Cebada, 11. 1874.

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

---

PEPE-HILLO

MEMORIAS DE

LA ESPAÑA DE PAN Y TOROS.

POR

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

---

HILLO NOMBRE A.

TOMO II

---

ADMINISTRACION.

PLAZA DE LA CRUADA, NÚM. 11. MADRID.

---

Madrid.—Imp. de R. Labajos, Cabeza, 27.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF CHEMISTRY

IN EXHIBIT TO REPORT NO. 10

CHICAGO, ILLINOIS, 1955

---

---

## LIBRO TERCERO.

---

### EN BRAZOS DE LA MOLICIE.

---

#### CAPITULO I.

---

##### Una sirena de tierra.

##### I.

En los altos círculos de Madrid se refería y comentaba una noticia que había traído de Méjico el último correo que había hecho escala en las colonias españolas de América para traer barras de oro y plata, piedras preciosas, géneros ultramarinos y la correspondencia.

Esta noticia interesaba vivamente á uno de los personajes de mi historia.

Decíanse unos á otros:

—Pero ¿será verdad lo que cuentan?

—¿Qué es ello? preguntaba el que no había oído la noticia.

—¡Parece fabuloso!

—¡Explíquese Vd!

—¡Pues nada! Se refiere á la familia de la marquesa del Puente.

—¿Qué les ha ocurrido?

—La marquesa viuda tiene un hermano á quien perdió de vista hace treinta años y ya le contaba por muerto...

—¿Y ha resucitado?

—Al contrario; ahora es cuando ha muerto, pero dejando una fortuna inmensa á su hermana.

—¿Habrá ido á América?

—Precisamente. Al ausentarse de España se dirigió á Méjico; allí descubrió una mina de las más ricas y ha tenido la paciencia de permanecer más de treinta años atesorando oro sin dar señales de vida, y lo que es más, sin buscar una familia á quien dejar tanta riqueza.

—¿Qué cosa tan extraña!

—El buen señor era de lo más raro que puede uno figurarse; odiaba á las mujeres, huía de la sociedad, vivía en el campo cerca de su mina y solo iba á la ciudad á vender las barras de oro y á depositar sus ganancias en casa de un banquero, su único amigo, pero que por más que ha hecho, segun dicen, para casarle, no lo ha logrado nunca. Al morir ha dejado dos millones de pesos, y como su único heredero es su hermana la marquesa del Puente, hé aquí por qué razon esa buena señora, que vive retirada de la corte, vá á ser sin duda alguna la más rica de todas las damas de la grandeza.

## II.

Seguían los comentarios de que hago gracia al lector, y los que sabían que la marquesa tenía un hijo y que este á su vez era padre de una pobre niña, la que debía casarse con Antonio, descendiente del famoso torero Pepe-Hillo, murmuraban de aquella familia ó envidiaban su suerte.

El hecho era cierto. La marquesa había recibido por conducto del Consejo de Indias la noticia del fallecimiento de su hermano y los antecedentes de la pingüe herencia que debía disfrutar.

Era necesario que su hijo partiese inmediatamente á Méjico con los plenos poderes de su padre para tomar posesion de la herencia y trasladar á España los intereses que la componían.

La buena marquesa agradeció infinito aquel favor de la fortuna, porque redundaba en beneficio de su hijo y de su nieta.

Esta, antes de entregarse á la alegría que debía naturalmente proporcionarla tan fausto suceso, preguntó á la marquesa si aquello seria un obstáculo á su casamiento con Antonio, y solo cuando supo que, por el contrario, aquella herencia aumentaria su felicidad, experimentó una inmensa alegría y aprovechó la primera ocasion para escribir á Pepe-Hillo aquella nueva.

Antonio continuaba en la frontera formando parte del ejército que sostenía la guerra con los franceses, y

animado por la esperanza de la felicidad que le brindaba su casamiento con Dolores, solo aspiraba á distinguirse para hacerse más digno de aquella suerte que debia al amor de la jóven.

### III.

Suceden cosas en la vida que dan motivos para creer que no hay mayor desgracia que la fortuna.

La envidia y la codicia fijaron sus miradas en aquella familia que tan retirada vivia, en aquella familia á la que parecia sonreir la felicidad.

La marquesa del Puente regresó á Madrid con Dolores, y su hijo dispuso todo lo necesario para emprender el largo viaje.

Todo estaba preparado; el padre de Dolores se habia confesado y comulgado y habia hecho testamento, actos que precedian en aquella época á todo viaje, y mucho más á un viaje tan largo como el que iba á emprender el hijo único de la marquesa.

### IV.

Así las cosas, ocho dias antes del señalado para su partida se vió sorprendido por una visita.

Un caballero de noble y venerable aspecto, presentándose en su casa, manifestó al lacayo que abrió la puerta que tenia necesidad de hablar á su amo.

Introducido en un gabinete de la casa, no tardó en presentarse á él el marqués.

—Vd. extrañará mi visita, le dijo.

—Sí, señor; puesto que no tengo el honor de conocerle.

—Vengo á ver á Vd. en nombre de una señora, antigua amiga suya, la señora marquesa de la Llana.

—En efecto, he conocido hace algun tiempo á esa señora, y tendria un verdadero placer en servirla.

—Yo soy su mayordomo, añadió el caballero, y creo poder dar gracias á Vd. en su nombre por el interés que en su obsequio manifiesta. Mi señora ha sabido que Vd. va á emprender un viaje á Méjico y le estimaria en el alma que fuese Vd. á verla, porque tiene desde hace tiempo algunos asuntos pendientes en aquella capital, y se alegraria en extremo de hablar á Vd. sobre el particular.

—Con el mayor gusto iré á ponerme á sus órdenes.

—En ese caso, solo me resta dar á Vd. gracias y anunciarle que la mejor hora para ver á mi señora la marquesa, es por la noche de nueve á diez.

## V.

El marqués tomó nota de las señas de la habitacion de aquella señora, que por medio de un mayordomo tan venerable solicitaba una entrevista con él, y ofreció que aquella misma noche, ó á más tardar la siguiente, iria á ponerse á sus órdenes.

Diré, en honor de la verdad, que no le desagradaba poder ser útil á aquella dama, de la que en otro tiempo

habia estado prendado; pero cuando se unió con el marqués la perdió de vista, y aunque de vez en cuando habia llegado á su oído alguna noticia del carácter alegre y expansivo de la marquesa, ignoraba las costumbres un tanto libres en que vivia.

Poco despues de haberse retirado el mayordomo, comunicó á su madre los deseos de la Llana, y la marquesa, que, aunque alejada de la córte, sabia algo más que su hijo acerca de aquella dama, le manifestó que debia excusarse, porque no eran bien vistos los hombres que frecuentaban la casa de aquella mujer de mundo.

—Como ignoraba esos antecedentes... dijo á su madre, he dado mi palabra de ir... y tengo que cumplirla.

—No me opongo á ello; pero te digo lo que sucede para que logres evadirte de cualquier compromiso. En mi opinion, esa mujer, que vive con el mayor lujo, debe estar muy empeñada, y no seria extraño que al saber la fortuna que debemos á esa herencia, quisiera tenderte un lazo, del que debes huir.

—No tenga Vd. cuidado, madre mia; vivo exclusivamente para Vd. y para mi hija.

## VI.

El aviso que habia dado á su hijo la marquesa le hizo pensar que le convenia dejar para los últimos momentos su entrevista con la marquesa de la Llana; pero al dia siguiente volvió á recibir la visita del mayordo-

mo y ya no le fué posible aplazar el cumplimiento de su promesa.

La noche del segundo dia fué á visitar á la marquesa, y esta, que procuró presentarse á sus ojos rodeada de los mayores atractivos, pensando que podria haber llegado á noticia de Enrique la clase de vida que hacia, procuró sincerarse presentándose á su vista como presa de la calumnia.

—Vd. habrá extrañado, le dijo, que una antigua amiga, á la que no faltaria motivo para calificar de ingrata, olvidándole en sus alegrías, le haya llamado para que le preste ayuda en sus tristezas.

—Señora, contestó Enrique, es un deber de todo caballero conceder todo género de apoyo á una dama, y mucho más á una dama ilustre como Vd.

—¿Eso quiere decir que no me guarda Vd. rencor?

—¿Por qué, señora?

—En vano es que lo oculte Vd., dijo la marquesa. En otro tiempo fué Vd. demasiado bueno conmigo; yo tenia una imaginacion muy ardiente, y en vez de oir la voz de la felicidad, me dejé dominar por el capricho y... Pero no hablemos de esto; los dos hemos sido muy desgraciados.

—¿Yo? no señora, contestó el marqués.

—Es inútil que quiera Vd. negármelo. Aunque parezco algo ligera, me preocupo mucho de todas las personas á quienes estimo, y como Vd. se ha hallado en este caso, conozco la historia de sus desdichas. Dicen que acaba Vd. de heredar una crecida cantidad de di-

nero y no faltan personas que envidian esa suerte. Yo ignoro si es verdad lo que cuentan, pero como estoy segura de que todas las riquezas del mundo no equivalen á la felicidad que disfruta el alma cuando ha sabido hacerse digna de ella, creo que daría Vd. todos los tesoros del mundo para poder presentar al lado de una madre cariñosa á la hija que debe Vd. á un amor desdichado.

Sorprendió á Enrique que la marquesa de la Llana conociera tan á fondo su historia, y un poco ofendido por aquel lenguaje,

—Supongo, señora, dijo, que no me ha llamado Vd. para ocuparse de mis asuntos, que no equivalen la pena de distraer la atención de una dama tan ilustre.

—¿Se ofende Vd. de mis cariñosas palabras?

—No, señora; pero si Vd. ha sufrido, como dice, sabrá que hay heridas que duelen mucho al sondearlas. La mía es quizás de esa clase, y si me estima Vd. como tiene la bondad de asegurar, pido á su caridad que no profundice esa llaga. Voy á partir á Méjico, y, segun mis noticias, tiene Vd. allí algunos asuntos pendientes desde hace algun tiempo. ¿Necesita Vd. mis servicios para algo? Vengo á ofrecérselos.

—Tiene Vd. razon, dijo suspirando la marquesa; la vida no es más que una série de negocios. Las afeciones, los sentimientos no representan nada. Desde luego le hubiera hablado á Vd. de mis asuntos; pero temerosa de aparecer á sus ojos como dominada por la codicia ó por el interés, he querido hablarle antes de

asuntos ménos terrenales. Me he equivocado; creia hablar con un hombre de corazon y veo que hablo con un hombre muy fino, muy obsequioso, que prefiere hacerme un favor á recibir el más insignificante consuelo de una amiga. Sea en buen hora; ya que es Vd. tan complaciente, mi mayordomo tendrá el gusto de ver á Vd. y de llevarle algunas notas para que se digne hacer ciertas indagaciones en Méjico y se tome la molestia de escribirme lo que averigüe.

## VII.

Enrique se levantó para retirarse.

--¿No volveremos á vernos? le dijo la marquesa acompañando á sus palabras una de esas miradas de fuego que emplean las mujeres coquetas con tan buen éxito cuando se ven vencidas ó contrariadas.

—¡Oh! sí, señora, contestó Enrique maquinalmente; antes de partir tendré el alto honor de venir á ponerme á sus órdenes.

—Si Vd. quisiera honrar mi mesa... Va Vd. á hacerme un favor, y justo es que le muestre mi gratitud.

—Señora, yo... dijo Enrique excusándose.

—¿Tampoco quiere Vd. admitir este obsequio de una señora que le está agradecida? Ya me habian dicho que era Vd. orgulloso; pero no creia que al orgullo uniera usted la indiferencia en tan alto grado.

—Vendré á comer con Vd., señora marquesa.

—¡Ah! Sea enhorabuena. Veo que quiere Vd. des-

mentir mi opinion. En ese caso, pasado mañana le espero á las dos de la tarde.

—No faltará, señora.

—Entonces es inútil que vaya mi mayordomo. Desobremesa hablaremos de nuestros asuntos.

Enrique se despidió, y no pudo ménos de pensar:

—Esta mujer es peligrosa; aun es jóven y bella, y sobre todo, tiene mucho talento.

## VIII.

Al salir Enrique de casa de la marquesa de la Llana entraba un guardia de Corps embozado en su capa de grana.

Enrique no reparó en él. El guardia pudo fijarse en la fisonomía del marqués, y dirigiéndose al lacayo que habia bajado á abrir la puerta:

—¿Quién es ese caballero? le preguntó.

—Es el marqués del Puente.

—¿Ha estado mucho tiempo con la señora?

—Más de una hora, contestó el lacayo.

Filiberto, que este era el guardia, entró en el aposento donde solia recibirle la marquesa, y sin saludarla se sentó en una silla y comenzó á mover el pié derecho con impaciencia.

La marquesa, despues de contemplarle un rato con una sonrisa burlona, soltó una estrepitosa carcajada.

—Llega Vd. tarde, le dijo; estoy muy cansada y me voy á retirar.

## IX.

Así diciendo, se alejó, dejando estupefacto á Filiberto.

Este vió sobre un velador recado para escribir, y trazando estas líneas: «Marquesa, yo juro á Vd. que se acordará de mí,» volvió á embozarse, salió precipitadamente de la casa y anduvo muy deprisa, esperando encontrar todavía en el camino al marqués del Puente.

No fué así; y esperando que al día siguiente descifraría aquel enigma, se fué á su casa y se acostó.

## CAPITULO II.

### Un negocio.

#### I.

La excitacion nerviosa de que se hallaba poseido Filiberto le produjo el natural desvelo.

—¡Todo lo comprendo! se decia al mismo tiempo que daba vueltas en la cama sin poder encontrar una postura cómoda. ¡Todo lo comprendo! Esa mujer, que á fuerza de jugar conmigo ha logrado que me apasione de ella, como no tiene corazon, como lo único que la agita en el mundo es el placer y como el placer necesita mucho dinero, ha sabido que ese marqués del Puente es heredero de una pingüe fortuna, trata de catequizarle... tal vez se case con él y es muy posible que me deje plantado. ¡Oh, si tal sucediera, capaz, sí, capaz soy de armar mi brazo con el puñal asesino y atravesarla el corazon para que no se viera cumplido su proyecto...! eso es y que me sorprendieran, me formaran un consejo de guerra, me exoneraran y me entregasen al verdugo... No; eso no puede ser. En quitando la causa desaparece el efecto. Si yo mato al tal marqués... ¡Nada más fácil! Le provoco, me insulta, le desafío, nos batimos y... Sin embargo, si él me mata... No, no, la rábida me dará toda la destreza nesesaria para atravesarle de parte á parte... Pero es un buen militar; ya se ha batido en muchas ocasiones y tiene fama de valien-

te... ¡Maldita la gracia que me haría quedar señalado para toda la vida ó morir por una mujer tan coqueta como la marquesa de la Llana! ¿Por qué me habré prendado de ella...? ¡Estas mujeres...! Estas mujeres le vuelven á uno loco.

## II.

Fácilmente comprenderá el lector, por la rápida exposicion de las ideas, que Filiberto se hallaba dominado por la fiebre. El deseo de venganza ardia en su cerebro, y con él luchaba la idea de que no debía batirse por aquella mujer que le empujaba al precipicio.

Despues de llamar dos ó tres veces á su asistente para que mullera los colchones, asegurando que ni la patrona ni él sabian hacer una mala cama; en una palabra, despues de comunicar su mal humor á todos los que habitaban en su casa, allá al amanecer, fatigado, rendido, bañado de sudor, rindió á Morfeo su tributo, y su asistente Rufo, al oirle roncar,

—¡Gracias á Dios! exclamó. Lo ménos tiene para cinco ó seis horas, y como hoy no está de guardia, podré dormir á pierna suelta y desquitarme de la noche toledana que me ha hecho pasar.

Y dirigiéndose á doña Hermenegilda la patrona,

—Mi ama, la dijo, voy á ver si pego un poco los ojos. Esté Vd. á la mira y cuando mi amo se mueva llámeme Vd., porque si no me ve á su lado al despertarse, entonces sí que vamos á tener la de Dios es Cristo.

Como á la patrona la convenia estar bien con el asistente, le ofreció cumplir sus deseos.

—Duerme tranquilo, Rufo, le dijo, que yo seré el ángel de tu guarda.

—Un poco averiada está Vd. ya para ser ángel, pero no importa. Con tal que me despierte Vd. á tiempo...

—Descuida, Rufo, que mi palabra es de rey.

### III.

Ya se disponia el asistente á olvidar, con el sueño, los disgustos de la noche anterior, cuando sonó un fuerte aldabonazo en la puerta de la calle.

—¡Por vida de...! ¡Por dónde habia de venir otro nuevo sugeto á molestarme...! Está visto que he de renunciar al descanso que necesito.

—Baja á abrir, Rufo, dijo la patrona.

—Mucho me temo que sea algun recado del cuartel. Sí; pues si llaman á mi amo, no es este hijo de su padre quien le despierta. ¡La cosa es para andarse en chiquitas! Como ha pasado tan mala noche, el que le quite el sueño se mama el contenido de las pistolas que guarda siempre á la cabecera de la cama.

Un segundo aldabonazo obligó al asistente á bajar á la puerta refunfuñando.

—¿Quién es? preguntó.

—¿Vive en esta casa el caballero guardia D. Filiberto Ruiz?

—Sí, señor, aquí vive, pero está durmiendo, dijo Rufo entreabriendo la puerta.

—Tanto mejor, contestó su interlocutor.

El asistente miró de hito en hito al recién llegado.

—¿Es Vd. su asistente? dijo el desconocido.

—Para lo que Vd. guste mandar.

—¿Y dice Vd. que duerme su amo?

—A pierna suelta. Y yo no lo despierto por cuanto hay en el mundo.

—Déjele Vd. dormir: el sueño le sentará bien.

—¿Es Vd. médico?

—No señor, pero conozco su mal. Hablando de otra cosa: ¿quiere Vd. ganarse media pelucona?

—¿Cómo... qué? exclamó Rufo admirado.

—En ménos de una hora... ¡qué una hora! un cuarto de hora basta para que pueda Vd. mirar en su bolsillo esta efigie en pequeño del rey Carlos III, dijo al tiempo que le mostraba una amarilla, que fascinó al asistente.

—¿Una medalla? preguntó Rufo abriendo unos ojos de á palmo.

Y ¿qué tengo que hacer?

—Venirse un instante conmigo.

—¿A dónde?

—A la taberna. Tomaremos el aguardiente con buñuelos, me dirá Vd. cuatro palabras al oído, y en seguida se vuelve Vd. á casa con sus ocho pesos. ¿Acomoda?

—En marcha, dijo Rufo, dando por muy bien empleado perder el sueño cuando se le presentaba ocasion

de convertirle en oro. Pero déjeme Vd. que avise á la patrona.

—Vaya Vd. en buen hora; aquí le espero.

## IV.

Rufo subió más alegre que habia bajado, y encarándose con el ama de huéspedes,

—¡Mi ama! la dijo; el que ha llamado es un antiguo camarada mio, y como hacia muchos años que no nos veíamos, vamos á echar unas copas en la taberna próxima.

—¡Para beber siempre estás listo!

—¡Qué le hemos de hacer! Me da tantos disgustos mi amo, que siempre que tengo ocasion de echar una cana al aire, la aprovecho.

—¡Anda, anda, condenado, pero no tardes, porque si tu amo se despierta no será flojo el recibimiento que te haga cuando llegues.

—No tenga Vd. cuidado, que no sucederá.

## V.

Rufo bajó, y con el desconocido se fué á una taberna inmediata.

—Después de haber apurado un par de copas de aguardiente,

—¿Vd. no me conoce á mí? le dijo su interlocutor.

—No señor, contestó Rufo, pero me parece que para lo que hemos venido tendré que conocerle.

—En efecto; es verdad.

—Pues manos á la obra.

—Antes es necesario que yo sepa si tiene Vd. deseos de salir de pobre.

—Eso no se pregunta á un asistente de Guardias de Corps. Crea su mercé, que si no fuera por la sopa de los conventos, entre los pescozones que uno recibe y la abstinencia que pasa... hasta envidia uno al abadejo.

—Pues yo sé el modo de curar esa enfermedad.

—¿Cómo, si me ha dicho su mercé que no es médico?

—No lo soy; pero acá para entre los dos, aunque me ve Vd. con este traje de estado llano, está Vd. hablando con el mayordomo de una señora marquesa de los que más puntos calzan.

—Pues si es marquesa, de seguro la conoce mi amo.

—Y ¡tanto que la conoce!

—Será, sin duda, alguna de sus muchas novias.

—Eso es lo que él quisiera.

—Sí, sí, pues fiese su mercé de mi amo. ¡Tiene tal suerte con las damas, que lo mismo las más encopetadas que las garbosas manolas de Lavapiés y las chisperas de la calle Real del Barquillo se mueren por sus pedazos! ¡Tiene tal lábia y tal aquel, y se las arregla de un modo, que caen las pobrecitas como las mariposas en la luz!

—Me parece que no hablábamos de su amo de Vd.

—Es verdad, pero como le tengo tanta ley,...

—En ese caso creo que no vamos á entendernos.

—¿Por qué?

—Porque precisamente se trata de jugarle una tostada.

—¿A mi amo?

—Así... por broma.

—¡Ah...!

—Pero teniéndole Vd. tanta ley, ni en chanza se atreverá.

—Si no le ha de suceder nada malo y yo puedo salir de pobre...

—Le puede Vd. hacer un señalado favor y ganarse ocho oncejas en muy poco tiempo.

—¿Pues no eran ocho pesos?

—Sí; pero desde que empezamos á hablar hasta ahora ha crecido cada peso, haciéndose diez y seis veces de más valor.

—¿Y están todavía para crecer?

—Veo que es Vd. un marrullero.

—Vamos al grano. ¿Qué es necesario hacer para amañar las ocho peluconas?

—En primer lugar, tener mucho ingénio.

—¿Con qué fin?

—Si Vd. consigue que en ocho días no salga su amo de casa, al terminar el plazo coge Vd. el dinero.

—¿Quién me lo garantiza?

—Yo. ¿Quiere Vd. cobrar por días, ó por horas?

—Hombre...

—Por horas adelantadas, ¿quiere Vd.?

—Y ¿cómo nos vamos á gobernar?

—La cosa es muy sencilla.

—A ver, diga Vd.

—Yo me sitúo en la tienda que hay al lado de la casa donde viven Vds. De las veinticuatro horas, dejamos ocho para dormir, y en las otras diez y seis le voy dando á peso por hora.

—¿Sabe Vd. que lo que me pide es muy difícil?

—Por eso lo pago bien.

—Diga su mercé: ¿no podré yo saber el motivo de privar á mi amo la libertad de tomar el aire?

—Es muy sencillo.

—Lo será; pero por ahora no lo comprendo.

—Su amo de Vd. tiene un lance pendiente con otro militar, que si se empeña le atraviesa de parte á parte.

—¡Hola, hola!

—La marquesa, mi señora, como Vd. ha supuesto antes, está prendada de su amo de Vd., y no quisiera exponerle á un peligro semejante. Pero como él es muy pundonoroso y muy valiente...

—Lo que es eso, lo disputo con cualquiera.

—Como buscará á su adversario, de aquí que quiera la marquesa que Vd. haga todos los esfuerzos que sean imaginables por evitar que salga de casa y tenerle encerrado ocho dias; nada más ocho dias.

—¿Por qué ese tiempo?

—Son los que faltan para que su enemigo se ausente de Madrid.

—La idea es excelente.

—Como de una mujer enamorada.

—¡Digo, si saben las mujeres!

—Con que ¿acomoda el trato ó no?

—La empresa es arriesgada... ¿qué arriesgada? imposible. ¿Quién le contiene á mi amo y más teniendo que dar guardias imprescindiblemente?

—Aguce Vd. el ingenio.

—Es que, como tendré que valerme de mil mentiras, puede llegar á sospechar que yo me he propuesto detenerle en casa, y entonces...

—Nada, nada, discurra Vd. y no solo logrará el premio de la marquesa mi señora, sino que despues su amo se mostrará tambien agradecido.

—Pero ¡por Dios, que nunca sepa que obro por interés!

—¿Qué duda tiene?

—Entonces acepto, dijo Rufo despues de meditar un breve rato; yo me las arreglaré como pueda.

—Y ¿cómo quiere Vd. cobrar?

—Por dias adelantados.

—Ahí va una onza.

—¡Qué ganas tengo que pase el dia de mañana!

—¿Para qué?

—Para que no esté sola; la pobrecilla se aburrirá.

—Le advierto á Vd. que si no cumple lo que ofrece, tendrá que encomendar sus costillas á San Benito de Palermo.

—Yo soy un hombre honrado y cuando digo una cosa jamás me vuelvo atrás de lo dicho.

—Pues hasta mañana á estas horas.

—¿Dónde nos hemos de ver?

—En la taberna.

El mayordomo de la marquesa se despidió de Rufo y este se encaminó á su casa, ideando, mientras andaba, el modo más eficaz y ménos peligroso de unir á la primera las siete peluconas que le habian ofrecido. No era para ménos el caso.

Por de pronto daba gracias á Dios: encuentros como el que habia tenido aquella mañana, caian pocos en libra.

Necesitábase ante todo una gran dosis de audacia y no ménos grande cantidad de ingenio para conseguir que un guardia de Corps, joven, enamorado, pendencioso, jugador y que además tenia que cumplir con los deberes de su cargo, permaneciese como diez encerrado en su casa.

Y no habia remedio; el asistente se habia comprometido á ganar las ocho onzas y no podía fallar á su palabra.

Meditando en los medios que emplearia para entrar á poner en juego sus planes, subia despacio la escala de la casa, y á medida que dejaba atrás los calabozos, se apoderaba de él el temor de no poder llevar á cabo su propósito.

— Si al ménos tuviera quien me ayudase pensaba en esto oyó la voz de la patrona que tartamudeaba con voz meliflua la aguda canción de: Ya no voy al monte.

— Si tanta hermanecilla tuera mi complice! pensó Rufo. Y por que no ha de serlo! Dízen que la codicia

### CAPITULO III.

Dónde Rufo empieza a ganar las peluconas.

#### I.

La empresa que acometia Rufo era difícil en extremo.

Necesitábase ante todo una gran dosis de audacia y no ménos grande cantidad de ingénio para conseguir que un guardia de Corps, jóven, enamorado, penden-ciero, jugador y que además tenia que cumplir con los deberes de su cargo, permaneciese ocho dias encerrado en su casa.

Y no habia remedio; el asistente se habia comprometido á ganar las ocho onzas y no podia faltar á su palabra.

Meditando en los medios que emplearia para empezar á poner en juego sus planes, subia despacio la escalera de la casa, y á medida que dejaba atrás los escalones, se apoderaba de él el temor de no poder llevar á cabo su propósito.

—¡Si al ménos tuviera quien me ayudase! pensó.

En esto oyó la voz de la patrona que tarareaba con voz melíflua la sabida cancion de:

«Ya no voy al monte  
á coger madroños, etc.»

—¡Si doña Hermenegilda fuera mi cómplice! pensó Rufo. Y ¿por qué no ha de serlo? Dicen que la codicia

rompe el saco; para que yo no vea mi saco roto debo hacer un sacrificio. Mas vale pájaro en mano que ciento volando; si no soy generoso, si no busco quien me preste auxilio, me quedaré sin ganar las ocho oncejas. Animo. La ofreceré cuatro doblones, y como la pobre-cilla anda atrasada, porque mi amo no la paga con la puntualidad debida, abrirá, de seguro, cada ojo... Nada, nada, al ataque.

## II.

Y despues de decidirse á ejecutar lo que habia pensado para que le ayudase la patrona en su arriesgado proyecto, subió con precipitacion los escalones que le quedaban y llamó á la puerta.

Doña Hermenegilda salió á abrir.

—¿Se ha despertado mi amo? preguntó Rufo.

—No, hijo mio, no. De buena te has librado con su sueño, porque si hubiera abierto los ojos y no te hubiese visto aquí, no doy dos cuartos por tus orejas.

—¡No puede Vd. imaginarse lo que me alegro, porque suceden unas cosas! ¡Ay, mi señora doña Hermenegilda, qué cosas!

¡Vengo despavorido! dijo Rufo, que habia empezado á poner en práctica su plan.

—Pues ¿qué acontece? preguntó la patrona con la mayor curiosidad y un tanto atemorizada.

—¡Quién me habia de decir que ese antiguo camarada, que como indiqué á Vd. vino á buscarme para echar

unas copas, habia de prestar un favor tan inmenso á mi amo!

—¡Habla por Dios, Rufo, que me has puesto en cuidado!

—La cosa no es para ménos. Yo tengo un corazon muy leal. ¿No la he dicho á Vd. esta mañana lo que sospechaba?

—No me acuerdo.

—Pues es lo mismo que si se lo hubiera dicho; pero al ver esta noche á mi amo tan agitado, con una calentura que parecia una gallina clueca, malo, me dije, aquí pasa algo grave. Y si no, vamos á cuentas. ¿Se acuerda Vd. cómo vino mi amo anoche?

—Tú abriste la puerta cuando vino, porque yo estaba dando cabezadas.

—¿Pero ya notaria Vd. con qué malos modos entró?

—Sí por cierto; daba unas voces... Cuatro veces tuve que empezar la oracion de San Antonio porque sus gritos me asustaban lo que no puedes figurarte.

—Pues si Vd. hubiera sabido lo que acababa de pasar, le habria parecido á Vd., sin embargo, el hombre de más paciencia que hay en el mundo.

—¿Tú sabes lo que le pasó?

—Una desgracia de las más grandes que pueden ocurrir para Vd. y para mí.

—¿Para mí? dijo toda asustada doña Hermenegilda.

—Figúrese Vd. que ayer cogió un dinero y se proponia, como era natural, darle á Vd. un par de meses de hospedaje á cuenta de los muchos que la debe. Al

mismo tiempo destinaba para mí algunos cuartos. Y ¿qué hace? En vez de venirse á casa con sus ducados para pagarnos, se mete en el chiscon del Manco, que es el desplumadero de los guardias; juega, gana; al ver que le da el naipe sigue jugando, se le acaba la vena, pierde y se queda sin un maravedí.

—¡Santa Deigénitris! exclamó la patrona. Es decir que ya no hay ni la menor esperanza.

—Eso seria lo de ménos.

—¿Qué dices?

—Aun hay más. Lo que le pasó despues es todavía más grave. Incomodado al ver que habia perdido, se encara con un marquesito que estaba allí, y para hacer de tripas corazon, suelta una ruidosa carcajada.

—¿Se rie Vd. de mí? pregunta el marqués.

—No señor, contesta mi amo. Me rio de su peluquin de Vd. Como ha ganado su dueño se ha puesto muy contento, y para trasmitir su alegría á los demás se ha colocado de tal modo, que no es posible mirarle sin reirse.

—Me parece que quiere Vd. chancearse conmigo, dice el marqués.

—Y aunque así fuera, contesta mi amo amostazándose, ¿sucederia algo?

—Podria Vd. encontrarse con una estocada que no espera, repuso el marqués.

—Salga Vd. á la calle y lo veremos.

—No necesito moverme de aquí para castigar á un insolente.

Y al decir esto, continuó Rufo, tiran de las espadas; los amigos intervienen; uno de los jugadores apaga la luz; se arma un burdel; uno grita: «¡la ronda!» y todos desaparecen, incluso el dinero que había sobre la mesa. Mi amo se retira, y la sed de vengarse de aquel ultraje es lo que le ha tenido toda la noche en agitacion.

—Lo más sensible de todo es la pérdida del dinero, porque si no me habria pagado...

—Lo más sensible no es eso, señora.

—Pues ¿qué es?

—Por ese antiguo amigo he sabido que el marqués que tuvo la reyerta con mi amo ha buscado á unos cuantos perdidos y les ha ofrecido una crecida cantidad si matan á palos á mi amo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia!

—Además, como faltó el dinero cuando se armó el burdel, el marqués y sus amigos han hecho correr la voz de que mi amo ha sido el que arrambló con todo, pretextando á este fin la riña, y como la cosa no puede llevarse á la justicia, los que perdieron las monedas han jurado tambien escarmentarle. De modo que, por un lado y por otro, están amenazadas sus costillas. ¡Pobrecito señor!

—Eso es lo que sucede á las personas desordenadas. Si en vez de irse por ahí á cometer calaveradas pensara más en lo divino que en lo profano, otro gallo le cantaria.

—De todos modos es preciso salvarle, dijo el asistente, que ya deseaba cerrar el trato. Vd. le estima...

—Ya lo creo que sí.

—Además, Vd. necesita que viva.

—Al fin es prójimo...

—No solo prójimo, sino deudor de Vd., y si se muere, adios deuda.

—Es mucha verdad.

—Por fortuna mi amo tiene personas que le quieren, y entre ellas figura una marquesa que bebe los vientos por él. Segun me ha dicho mi antiguo camarada, que sirve en casa de esa señora, ella, por bajo de cuerda, va á restituir á los jugadores el dinero que desapareció y á conseguir con su influencia, que es poderosa, que S. M. el rey destierre á ese marqués, que es militar. Para todo esto necesita ocho dias, y me ha dicho el muchacho que si logro que en este tiempo no salga mi amo á la calle, me gratificará la marquesa con un par de onzas. Ahora bien; esta es una cosa que debe hacerse gratis, por caridad, pero ya que me lo premian, estoy dispuesto á partir con Vd. si me presta auxilio.

—¡Ay, hijo mio de mi alma! si no estuviera tan atrasada, sin interés de ningun género te ayudaria; pero no vendrán mal esos 16 pesos.

—¿Es decir que cuento con Vd.?

—Va á ser difícil lo que quieres, pero no importa; haremos lo posible, y Dios, que ve la pureza de nuestras intenciones, nos iluminará para conseguir que se salve tu amo del peligro que le amenaza tan de cerca.

—Con que haga Vd. lo que yo la diga, saldremos adelante.

## III.

En esta conversacion estaban cuando oyeron la voz de Filiberto.

—¡Rufo! gritaba; ¡Rufo, condenado Rufo!

—Cierre Vd. todas las puertas y ventanas, dijo el asistente á doña Hermenegilda.

—¿Para qué?

—Obedezca Vd. en todo y por todo sin chistar.

—¡Rufo! gritó de nuevo Filiberto.

—El asistente se desnudó á escape, encendió un candil, y presentándose en la alcoba de su amo con los ojos medio cerrados,

—¿Llamaba su mercé? dijo.

—¿Estabas durmiendo?

—Sí señor.

—Y ¿no has oido que me desgañitaba?

—Como hace un momento que le dejé á Vd...

—Un momento; pues qué, ¿no es aun de dia?

—Sí, sí, ¡buena es esa! ahora poco acaba de cantar el sereno.

—¡Pues si yo he visto claridad!

—No seré yo quien contradiga á su mercé; pero para mí aun no ha amanecido. Todavía puede su mercé dormir un par de horas.

—Cuidado, que á las ocho quiero levantarme.

—Está muy bien.

—A esa hora ha de estar aquí el peluquero.

—Iré á avisarle.

—Quiero tener toda mi ropa limpia; que tengo que salir muy temprano, ¿lo entiendes?

—En ese caso empezaré desde ahora á limpiarla, y eso que, la verdad, señor, si su mercé me dejara descansar un poco el sueño... como he pasado la noche tan intranquila...

—¿Qué hora será?

—Las cinco y media, ó así.

—Pues duerme hasta las seis.

—Muchas gracias, mi amo. ¿No quiere su mercé tomar algo?

—¡Rejalgar tomaria!

—Es que...

—¡Silencio, no me hables una palabra más! Como á las ocho no me despiertes, te derrenco á palos.

#### IV.

Rufo se encogió de hombros y se alejó de la alcoba.

Apagó el candil y aguardó algunos instantes en la habitacion contigua.

Poco despues oyó roncar á su amo y se tranquilizó.

—¡Gracias á Dios que ha pasado por ahora el chubasco! pensó el asistente.

Filiberto continuó durmiendo ocho horas más.

Cuando volvió á despertarse, era de noche.

Veamos lo que hizo Rufo en este tiempo.

## CAPITULO IV.

### Los enemigos domésticos.

#### I.

El asistente cogió la ropa de su amo, la limpió, y despojándose de sus vestidos se adornó con los de Filiberto.

Cuando estuvo perfectamente ataviado se presentó á doña Hermenegilda.

—¡Santo Cristo del Tremedal! exclamó la buena señora; ¿qué significa esto?

—Esto significa que voy á hacer un gran servicio á mi amo.

—Pero ¿vas á salir?

—Sí señora.

—¿Y si se despierta?

—Me llamará.

—Sí, y no hallándote...

—Gritará, se desesperará...

—Y yo seré el blanco de su furia, dijo doña Hermenegilda poseida de un miedo terrible.

—Ya sabe Vd. que él nunca pega á las mujeres.

—Pero tirará los trastos...

—Nada, nada, hay que salvarle á toda costa.

## II.

Rufo dió algunas instrucciones á doña Hermenegilda, y calándose el sombrero y colocándose la capa sobre los hombros partió con aire marcial, resuelto á conseguir dos cosas: primera, evitar la explosion de ira de Filiberto al levantarse y no hallarle á su lado; segunda, impedir, llevándose su traje, que saliera aquella noche.

Doña Hermenegilda se quedó temblando.

—Aquí va á pasar algo, se dijo.

Y para librarse de los peligros que la amenazaban, cogió el rosario y le dió cuatro vueltas nada ménos.

—¡Qué sueño tan pesado tiene! Si al ménos hasta la madrugada... Pero ¡cá! no es posible. ¡Bueno se va á poner cuando sepa que ha pasado el día en la cama! ¡Dios me saque con bien del atolladero en que me ha metido el tal Rufo! ¡Vaya una vida la mia! ¡Tener un huésped que no paga y estar expuesta á ser objeto de su furia!

Para desvanecer estas ideas rezaba padre-nuestros al santo ángel de su guarda.

Dieron las siete, y ya no se veía ni gota; pero no se atrevió á encender luz.

—¡Cuánto tarda Rufo! Si al ménos viniera antes de que se despertase su amo, recibiríamos entre los dos la tormenta.

A cosa de las siete y media se estremeció de pronto.

Filiberto llamaba á su asistente.

Doña Hermenegilda se levantó para ir al cuarto de su huésped; pero notó que sus piernas flaqueaban.

—No, no tengo valor, dijo; y se refugió en su alcoba.

—¡Rufo! ¡Rufo! gritaba Filiberto aumentando el diapason, lleno de ira.

Viendo que no acudía el asistente, se levantó Filiberto; salió al gabinete que había contiguo á su alcoba, abrió la ventana, y como era de noche y como estaba á oscuras la calle, pensó por un momento que aun sería temprano.

Conteniendo su ira, fué á buscar su reloj, que era de repeticion, y tocando el resorte supó que eran las siete y media.

—¡Se habrá dormido ese pelmazo! ¡Yo le despertaré!

Y en paños menores y armado del espadin, salió á tientas de su cuarto, y dando nuevos gritos se dirigió al que servía de alcoba á su asistente.

No habría andado veinte pasos, cuando doña Hermenegilda oyó un fuerte grito, al que siguió una terrible interjeccion.

### III.

Filiberto había tropezado en una silla y se había dado un golpe tan fuerte en la espinilla, que le hizo detenerse inmediatamente.

—¡A ver, luz; una luz! gritó.

Doña Hermenegilda, más muerta que viva, llegó á la cocina, arrimó la pajueta á un áscua de las que tenía

enterradas entre ceniza en el fogon , y encendió el candil.

Toda temblando salió al encuentro de Filiberto.

Al verle espadin en mano se estremeció.

—¿Qué sucede, qué gritos son esos? dijo con voz entrecortada por el espanto.

—¿Dónde está Rufo? que voy á atravesarle de parte á parte.

La buena señora no pudo articular respuesta alguna.

—Déme Vd. esa luz, dijo Filiberto arrancando de sus manos el candil y dirigiéndose en un acceso de furor á la alcoba del asistente.

Su asombro fué inmenso al ver que no estaba allí.

—¿En dónde se ha metido ese truhan?

—Yo no lo sé, exclamó doña Hermenegilda.

—¿Ha salido?

—Lo ignoro.

—¿Vd. lo encubre?

—¿Yo? ¡Dios me libre! Hace más de dos horas que estaba en mi cuarto dedicada á mis devociones.

—¿Pues qué hora es?

—Las siete y media acaban de dar.

—¿Cómo no ha amanecido?

—¿Qué dice Vd?

—¿Cómo no ha amanecido á estas horas?

—¿Cómo quiere Vd. que amanezca á las siete y media de la noche?

—¿De la noche? dijo asombrado Filiberto.

—Sí señor.

—¿Las siete y media de la noche? repuso con la mayor indignacion.

—Sí señor, de la noche.

—¿No dije á ese bribon que me despertara á las ocho de la mañana.

—Ya le ha despertado á usted.

—Señora, ¿Vd. quiere volverme loco? dijo Filiberto dando un paso hácia doña Hermenegilda en actitud amenazadora.

—Los dos le hemos estado llamando á usted, añadió doña Hermenegilda, con lo cual empezaba á cumplir las instrucciones que la habia dado Rufo al marcharse.

—¡Yo les arreglaré á Vds. las cuentas!

Y dirigiéndose Filiberto hacia su habitacion, buscó su ropa para vestirse y salir á la calle en busca del doméstico con objeto de vengar en sus costillas la cólera que experimentaba al ver que habia perdido un día.

#### IV.

Apenas empezaba á respirar doña Hermenegilda, oyó de nuevo una série de terribles imprecaciones.

—¡Doña Hermenegilda! ¡Doña Hermenegilda! gritaba Filiberto con voz enronquecida por la rabia.

La pobre mujer llegó temblando á su habitacion.

—¿En dónde está mi ropa?

—No lo sé.

—¡Ni mi sombrero, ni mi capa, ni mi casaca, ni mi peluca...! ¿qué es lo que aquí ha sucedido? dijo con voz de trueno. ¡Me han robado mis prendas!

En el colmo de la desesperacion, colocándose enfrente de doña Hermenegilda con la mirada centelleante,

—¡Dígame Vd. todo lo que ha pasado, exclamó, ó dispóngase Vd. á morir en el acto!

La patrona cayó de rodillas.

—¡Perdon, perdon! balbuceó.

—¡Hable Vd., ó la atravieso!

—¡Yo le contaré todo!

—¡Pronto!

—¡Déjeme Vd. respirar!

—¡Pronto, ó concluyo con Vd!

Doña Hermenegilda estaba decidida á contar toda la verdad, cuando sonó un aldabonazo en la puerta de la calle.

—¡Ahí está Rufo! dijo la patrona viendo en aquel acontecimiento su salvacion:

—¿Sí, eh? Pues bien, yo le arreglaré. Vaya Vd. á abrir y cuidado con decirle lo que ha ocurrido. Desde aquí escucho. Si le dice Vd. la más leve palabra, perece Vd. con él.

Así terminó aquella escena melodramática.

## CAPITULO V.

Donde se vé cómo el dinero por un lado, y el peligro de sacar cardenales en las espaldas, aguzan el ingenio.

### I.

Doña Hermenegilda, ya más tranquila, cogió el candil, fué á abrir la puerta, guiñó el ojo á Rufo, y este, comprendiendo lo que habia pasado, sacó fuerzas de flaqueza y tomando el candil de manos de la patrona se fué derecho á la habitacion de su amo, resuelto á templar su cólera.

—¡Señor, señor! gritó; acabo de prestarle á Vd. un gran servicio.

—¿Sí, eh? dijo con sorna Filiberto. Yo te le pagaré.

Y levantando el espadin iba á descargarle sobre Rufo, cuando este

—Un momento, señor, dijo. Tengo el candil en la mano, y si se derrama puedo manchar el traje de su mercé. Pégueme cuanto quiera, pero escuche; que al hacer lo que he hecho, cuando me he expuesto, á sabiendas, á las iras del mejor de los amos, alguna causa grave me habrá impelido á ello.

—¡Deja inmediatamente ese candil!

—Obedezco; pero ruego á su mercé que tenga pre-

sente que aun llevo su traje y que podian deteriorarle los golpes que me diésteis encima.

## II.

Estas razones eran de mucho peso.

Filiberto pensó que para llegar á las costillas de su asistente tenia que lastimar antes el pelo de su casaca y aplazó su castigo.

—¡Quítate inmediatamente esa ropa!

—¡Es mi única defensa! Déjeme vuesa mercé que le cuente todo lo que ha pasado. Acto continuo me despojaré de lo que no me pertenece, y si merezco ser castigado por lo que he hecho, podrá vuesa mercé castigarme cuando me encuentre en paños menores.

—Bien está, dijo Filiberto serenándose, gracias á la elocuente advertencia de Rufo; pero advierte que si me engañas...

—No estamos para bromas, señor.

—Responde á mis preguntas.

—Es mi deber.

—¿No te encargué que me despertaras á las ocho?

—Sí señor.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Ya lo hice.

—Faltas á la verdad.

—Ahí está doña Hermenegilda que no me dejará por embustero. A las ocho entré en el cuarto, llamé á su mercé, abrí las ventanas, le cogí de los brazos, tiré

fuerte y nada. Vuesa mercé estaba como un tronco, aunque es mala comparacion. Al ver que nada conseguia, me asusté, aguardé un rato, volví é entrar, torné á bambolear el cuerpo inerte de vuesa mercé, y nada. Embargado por el miedo salí á llamar al médico, y entonces fué cuando supe la horrible trama fraguada contra el mejor y más justificado de los amos.

—¿Que es lo que supiste?

—Un proyecto espantoso.

—Explicáte en seguida...

—¡Ay, señor! no me llega la camisa al cuerpo. Fíguése vuesa mercé que estaban en la esquina tres ó cuatro hombres de mala catadura mirando mucho á los balcones de la casa. Mi corazon es muy leal. «Esos truhanes, me dije, están tramando alguna infamia. Al pasar junto á ellos oí pronunciar el nombre de vuesa mercé y algo de calentar costillas... ¡*Malorum!* añadí recordando la frase favorita de fray Teodoro, el capuchino que tanto estima su mercé.

—No te detengas en perfiles. Al grano, al grano.

—Me metí en un portal, aceché desde allí á los que estaban en los guardacantones de la esquina y ví que á poco rato se dirigian á una taberna. Poco despues entré á pedir un vaso de lo añejo y así como quien no quiere la cosa, oí lo que decian. Ante todo, señor, permítame su mercé que sea indiscreto. Tiene noticia vuesa mercé de algun marqués... ¿Cómo dijeron?... del Arco... no, no; del Rio... tampoco... ¡Pícara memoria!

—¿Marqués del Puente? preguntó Filiberto.

—Ese es precisamente.

—Habla, habla pronto.

—Pues á juzgar por las palabras sueltas que pude oír á aquellos ganapanes, ese marqués les habrá ofrecido una crecida cantidad con tal de que diesen á vuesa mercé una buena paliza, tan morrocotuda que no le permitiese volver á levantarse del santo suelo. Yo no quise creerlo, sin embargo, pero la prudencia aconsejaba ponerse sobre aviso, y ante el peligro que corria vuesa mercé me olvidé del médico, vine á casa, me puse á reflexionar, y despues de dar muchas vueltas al magin se me ocurrió una idea... Déme vuesa mercé el castigo que quiera; poco me importa. En medio del dolor que me produzcan los torniscones tendré la inmensa satisfaccion de haber librado á mi amo de la muerte.

—Me estás desesperando con tu cachaza; dí pronto lo que has hecho.

—Al volver á casa entré en el cuarto de vuesa mercé á ver si ya se habia despertado... Ni por esas; cada ronquido de los que lanzaba vuesa mercé estremecian la casa. Cogí entonces la ropa, me puse el traje de vuesa mercé, me ceñí la espada y me dije: «Si esos truhanes están en los alrededores de la casa acechando el momento en que salga mi amo, como la noche está oscura se figurarán que yo soy él, descargarán sus garrotes sobre mis costillas, y como yo iré prevenido ensartaré á uno de ellos por lo ménos, y los otros huirán á mis voces y la justicia descubrirá al autor de este atentado.

Podré haber cometido un desacato cubriendo mi tosco cuerpo con el traje de vuesa mercé, pero como dicen los curas, la intencion salva y mi intencion ha sido buena. Pero vamos al caso.

Salgo, doy un paseo por la calle y no veo á nadie. Vuelvo á meterme en el portal, y al cabo de algun tiempo oigo rumor.

Nada ménos que seis gañanes estaban preparándose diestramente para que no pudiera su mercé escaparse de sus manos.

En esto salgo yo. Paso junto á uno de ellos, le pongo un ceño de encausado, y nada; no se mueve.

Doy algunos pasos más; paso junto á otro y... la misma escena. Me acerco al tercero, le miro con fiereza y ¡asómbrese vuesa mercé...! suelta una carcajada. En esto me cercan todos, y uno de ellos, muy osado por cierto, exclamó con tono burlon: «Amigo Rufo, aunque la mona se vista de seda...» Ya sabe vuesa mercé lo demás... Nécio de mí, que sospeché por un momento que poniéndome el traje de vuesa mercé adquiriria ese aire que tanto gusta á las mujeres, ese yo no sé qué de un guardia de Corps de los más mimaditos de la córte.

—Estás apurando mi paciencia...

—Digo todo esto á vuesa mercé por si llega el momento de que me sacuda el polvo, que tenga alguna consideracion.

—¿Cómo no la emprendiste á cintarazos con aquellos canallas?

—Mostrándome cada uno de los seis un puñal muy reluciente: «Si no vas ahora mismo á tu casa y haces que salga tu amo inmediatamente, encomiéndate á Dios, porque en el primer momento en que te hallemos solo te escabechamos.»

«Y si dices á tu amo que le aguardamos aquí, te sucede lo mismo,» añadió otro.

—¿Con que es decir, exclamó Filiberto, que esos truhanes están aun en la esquina?

—No señor, dijo Rufo viéndole muy decidido á salir en el traje en que estaba; se han ido, porque yo, viendo lo inútil de la pendencia, apelé al ardid. «Sabia lo que tramábais, les dije, y aprovechando la circunstancia de estar enfermo mi amo, me he puesto su uniforme para ver si os acercábais á mí. Me habeis reconocido, pero en caso contrario yo me hubiese dado á conocer, os habria exigido una parte de los doblones que os dan seguramente, parte que reclamo desde ahora si quereis que, no hoy, porque eso es imposible, toda vez que está enfermo en cama, pero mañana ó pasado, cuando se restablezca, lo ponga á vuestra disposicion.

Me creyeron de buena fé, me dieron cuatro duros á cuenta y me vine.

Hé aquí toda mi historia.

Ahora bien, señor, ¿merezco ser castigado?

—Sí, exclamó Filiberto, pero no como supones. Esos cuatro duros son para mí. Quítate inmediatamente esas prendas.

—¿Es decir, que no me sacude su merced?

—Por esta vez no, porque en medio de todo me has librado de una emboscada. Pero como otra vez desobedezcas mis órdenes te envío al cuartel para que te den una carrera de baquetas.

## III.

Rufo obedeció á su amo y se quitó la ropa.

A medida que se quitaba las prendas se las iba poniendo Filiberto.

—Pero, señor, ¿qué va á hacer su mercé?

—Ya se habrán ido esos truhanes. Voy á buscar al tal marqués del Puente y yo le diré lo que hace al caso.

—¡Dios me libre! Antes permitiré que vuesa mercé me haga trizas. Esos taimados se han quedado de guardia y desconfían hasta de mí. Yo no puedo dejar á su mercé que se marche: le cosen á puñaladas como dos y tres son cinco.

Doña Hermenegilda, que estaba detrás de la puerta, se presentó de pronto.

—¡Señor, señor, exclamó, no salga Vd.; se pasean hombres de mala catadura por la calle!

—¡Mil bombas! exclamó Filiberto; ¡pensar que un hombre de mi temple tiene que quedarse encerrado en su casa! Pero esto no puede quedar así. Es necesario que yo despache al marqués y despues... con unos cuantos camaradas daré cuenta de los asesinos. ¿Rufo?

—Señor.

—Corre inmediatamente al cuartel.

—En cuatro brincos me planto allí.

—Busca á mis amigos Juan de Acebes y Martin Aznares y diles que vengan inmediatamente, que los necesito.

—¿Les indico el objeto?

—Te guardarás muy bien.

—Voy en seguida.

#### IV.

El asistente partió y cumplió las órdenes de su amo, en tanto que este, alargando á doña Hermenegilda un par de duros de los cuatro que le acababa de entregar Rufo,

—Tenga Vd. á cuenta de lo que le debo, señora, dijo, pero es preciso que esta noche nos prepare Vd. una buena cena.

—Eso es; lo comido por lo servido, refunfuñó el ama de huéspedes retirándose.

Filiberto se puso á escribir á la marquesa de la Llana para hacer tiempo mientras llegaba Rufo con sus amigos.

## CAPITULO VI.

De cómo se puede volver loco á un hombre que disfruta de cabal razón.

### I.

—Pues señor, las cosas se complican, iba diciéndose Rufo por el camino. Ahora llegan este par de calaveras, mi amo les cuenta lo que sucede; como son locos y no tienen nada que perder le animan á arrostrar el peligro imaginario y yo me quedo con la onza que he ganado... Y en verdad que es difícil la empresa que he acometido... Debía haber contratado ocho peluconas por día. Si otra vez llego á hallarme en caso semejante aprovecharé la experiencia; hoy por hoy, he pagado el aprendizaje... Si consiguiera que mi amo no saliese de casa... Si se me ocurriera una idea...

Sin encontrarla, llegó al cuartel, buscó á los amigos de su amo y les rogó que fuesen á verle.

—¿Cómo es eso, no puede salir de casa?

—No por cierto, contestó Rufo; y yo suplico á Vds. que vayan cuanto antes á verle porque le debe suceder algo extraordinario.

—Vamos allá, dijeron los dos guardias.

—Por el camino les referiré á Vds. todo lo que he

visto, y como supongo que pasarán Vds. la noche en su compañía, si no lo llevan á mal tomaré algunas botellas de Málaga y unos empiñonados.

—Tienes buenas ideas, amigo Rufo.

—No todo lo que yo quisiera.

—La que acabas de exponer es excelente.

—Si Vds. la aprueban...

—Con alma y vida: en marcha.

## II.

Salieron del cuartel, y Rufo, que aguzaba el ingenio,

—Voy á contar á Vds., les dijo, todo lo que ha pasado.

—Habla, hombre, habla.

—Mi amo debe estar malo por fuerza.

—En efecto; cuando no ha salido de casa...

—¿Qué habia de salir? Se ha estado todo el dia durmiendo.

—¡Habrás perezoso!

—No es eso lo peor, prosiguió Rufo, sino que ó ha sido víctima de una atroz pesadilla que aun le dura, ó está atacado de la cabeza.

—¿Qué nos cuentas?

—No se lo digan Vds., por Dios, porque es capaz de derrengarme á palos. En primer lugar se ha empeñado en creer que yo me he disfrazado con su uniforme y he salido á la calle.

Los dos amigos soltaron una carcajada.

—No es eso solo; ha supuesto despues que yo le he dicho que por encargo del marqués del Puente le han estado acechando seis hombres para asesinarle.

—Vamos, se ha vuelto loco; la marquesa de la Llanana tiene la culpa; le habrá hechizado.

—Si no fuera más que eso... ya hace tiempo que le tiene preso en sus redes.

—Vds. lo verán; en cuanto lleguemos les contará esa historia; pero es cosa sabida; Vds. le disuaden, le indican que está malo, le obligan á que se acueste, yo voy á llamar al médico, y en cuanto que repose dos ó tres dias cesará el trastorno de cabeza que ha sufrido.

—Pero no te olvides del Málaga.

—¡Ay! es verdad, dijo Rufo, sintiendo tener que cumplir la promesa, para lo cual necesitaba recurrir á sus ahorros puesto que no queria quitar un solo adarme á la pelucona.

### III.

Provisto de cuatro botellas y de una docena de empuñados llegó á su casa con los dos guardias.

—Pasad, pasad, queridos amigos, dijo Filiberto abandonando la carta que escribia.

—¿Qué te sucede?

—Soy víctima de una terrible trama.

—Rufo, que estaba en la habitacion dejando las botellas en una mesa, guiñó el ojo á los amigos de su amo.

—Vaya, tranquilízate, exclamó Juan de Acebes; aquí

nos tienes ya á tu disposicion y todo se arreglará.

—¿Pero qué es eso? ¿Quién te ha dado la órden de traer botellas?

—Como supongo que pasará vuesa mercé la noche con sus amigos...

—Así despilfarras el dinero.

—Me las ha fiado un amigo.

—Has hecho bien en traerlas; no te riño por eso, tanto más cuanto que la patrona nos está aderezando una cena... y pasaremos una gran noche.

Rufo fué á hablar á doña Hermenegilda á fin de que secundará sus planes.

Los dos amigos, que tenían apetito y no querian malograr la cena que veian en lontananza, al oir á Filiberto anunciarles que iba á contar lo que le sucedia:

—Poco á poco, dijo Martin; ante todo, cenemos.

—Pero...

—Nada, nada; no queremos saber una sola palabra hasta despues de cenar.

—Es mucha crueldad la vuestra.

—Despues de haber apurado unos cuantos tragos á la salud de esa mujer que te está sorbiendo el seso, seremos tuyos; pero antes...

—Pues, la cena.

Doña Hermenegilda les sirvió un conejo en chilindron y dos huevos pasados por agua.

Comieron aquellos manjares con el mayor apetito, bebieron, y al final otorgaron permiso á Filiberto para que les refiriese sus cuitas.

Hay que advertir que los dos amigos del guardia habian empinado el codo más de lo regular.

—Ya te escuchamos, dijo Juan.

—¡Ay! amigos, exclamó Filiberto, la marquesa de la Llana va á ser mi perdicion.

—La culpa es tuya; ¿á quien se le ocurre ser esclavo de una coqueta?

—Poco á poco; no permito...

—Si tú no crees que lo es, nosotros estamos seguros de lo contrario; no discutamos, porque no te tiene cuenta.

—Tened piedad.

—Venga tu historia.

—Anoche al entrar en su casa, como tengo de costumbre, ví salir á un galan.

—¿Y eso te extraña?

—¿Y quién era?

—Era el marqués del Puente.

—Razon de más.

—Entro en su gabinete, la verdad, algo mohino...

—El caso no era para ménos.

—Yo creí que al verme fosco me daría explicaciones.

—Se echó á reir. ¿Y tú?

—¡Já já já!

—No me reí yo entonces, al contrario; ardiendo en ira salí precipitadamente en busca de mi rival, pero no le encontré. La noche estaba oscura, y por otra parte me habia detenido más de lo regular al lado de la mar-

quesa. «No importa, me dije; en cuanto amanezca mañana yo buscaré á ese hombre y uno de los dos cesará de vivir.»

—¿Y aun vivís los dos?

—La culpa no es mia, sino del tunante de mi asistente.

—¿Llama su mercé, señor? dijo Rufo presentándose.

—¡Huye de aquí ó te rompo la cabeza con esta botella, miserable!

Al decir esto arrojó una de las botellas al criado, pero este tuvo tan buena suerte que la cogió en el aire, y retirándose con ella á la cocina, apuró el contenido de lo que quedaba de ella.

—Pues, como iba diciendo, prosiguió Filiberto, encargué á Rufo que me despertara muy temprano; y ¿cuándo direis que he despertado?

—¿A las doce?

—¡Sí, las doce! Una hora escasa hará que he dejado la cama.

Los dos amigos se echaron á reir.

—Reid, reid, que luego despues llorareis. Al despertarme llamo á Rufo, y nada, no parecia. Busco mi ropa y no la encuentro: el tuno del criado se habia vestido con ella y se habia marchado á la calle mientras yo dormia.

—¡Já, já, já! exclamaron, riendo á carcajadas los dos amigos, al mismo tiempo que se hacian una seña confidencial, como diciéndose: «ha perdido el juicio.»

—Al poco rato volvió, y si me habeis visto sano y

salvo, es porque en buena ley me ha prestado un gran servicio.

Los guardias continuaron riéndose.

—Parece que lo tomáis á broma.

—Sigue, sigue, que nos interesa tu cuento.

—Seis hombres nada ménos habia en la calle armados con acerados puñales.

—¿Para asesinarle?

—Como lo oís.

A esta respuesta siguió una nueva carcajada de sus amigos.

—Parece que no dais crédito á mis palabras.

Nuevas carcajadas.

—¿Qué, no creéis lo que digo?

—Cá, hombre, cá, tú has soñado; bebiste anoche fuerte, y el alcohol te produce esa pesadilla.

—¿Con que es decir que suponeis que soy un embustero?

—De ninguna manera; pero á veces cuando uno duerme, sueña, y al despertar le parece cierto todo lo que ha soñado.

—Vais á oír á mi criado: ¡Rufo! ¡Rufo!

—Señor.

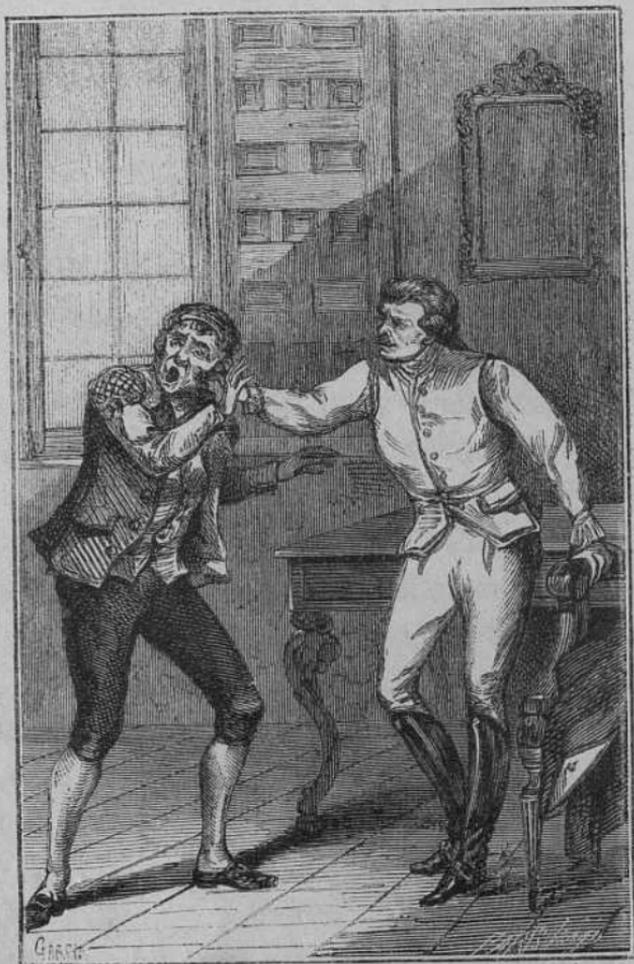
—Ven acá, hombre, ven acá, contesta á mis preguntas. ¿No te dije yo anoche, al acostarme, que me despertarás muy temprano?

—Sí, señor.

—¿Y no es verdad que no me has despertado?

—Cincuenta veces.





Yo te diré, truhan, lo que hace al caso.

—Bien, pase, pero vamos, ¿no es cierto que te has puesto mi uniforme y has salido á la calle?

—¡Yo!

—Sí, hombre, tú.

—Señor, vuesa mercé no sabe lo que se dice.

—¡Habrás visto canalla! ¿Con que no te has vestido con mi traje?

—¡Si lo tiene su mercé puesto!

—Pues, truhan, ¿no acabas de quitártelo antes de ir á avisar á mis amigos?

—Le digo á su mercé que no.

—¿No es cierto que has encontrado en la calle á seis hombres dispuestos á asesinarme?

—¡En el nombre del Padre y del Hijo! Yo no he dicho tal cosa.

—Quítate de mi vista, miserable... ¿Lo estais viendo? Me voy á volver loco... Doña Hermenegilda, doña Hermenegilda, venga Vd. aquí.

Y levantándose y tirando de la oreja á Rufo:

—Yo te diré, truhan, lo que hace al caso, exclamó.

El asistente se alejó.

La patrona se presentó.

—¿Estaba malo el guisado?

—No se habla de eso. Dígame Vd.: ¿no es cierto que cuando yo me desperté esta noche llamé á Rufo y no estaba en casa?

—No me acuerdo, contestó con la mayor tranquilidad del mundo doña Hermenegilda.

—¿Con que no se acuerda Vd. de que fui á buscarle

hasta su cuarto con la espada desenvainada para darle una paliza porque no parecía mi ropa?

—Por fuerza ha soñado Vd. Yo no me acuerdo de nada de eso.

Filiberto se levantó de la mesa y empezó á dar grandes paseos por la habitacion.

Parándose de pronto y cogiendo de la mano á la patrona:

—Dígame Vd., señora, exclamó; ¿con que no ha entrado hace poco Rufo vestido con mi uniforme? ¿Con que no me ha dicho que querian asesinarme?

—¡Válgame Dios del cielo! dijo doña Hemenegilda muy compungida. ¡Ay, caballeros de mi alma! Rufo, Rufo, corre, por Dios, y avisa al médico, tu amo se ha vuelto loco.

—No lo estaba aun; pero se hallaba cerca.

—Huya Vd. de aquí, señora, ó le saco los ojos.

—Sí, sí, me iré, dijo doña Hemenegilda, y se escapó precipitadamente.

—Y en cuanto á tí, truhan...

—Vamos, hombre, tranquilízate, dijeron sus amigos; nada nos extraña; el susto que pasarias al ver á tu rival...

—La excitacion nerviosa.

—¿A ver el pulso? ¡Qué calenturon tienes!

—Pero si...

—Nada, nada, nosotros velaremos por tí; que vaya Rufo á avisar al médico.

—¿Pero es verdad que no es cierto lo que he contado?

—¡Ay, señor; no señor! Si todo eso... Voy en seguida á avisar al doctor.

IV.

Así lo hizo, y mientras tanto Juan y Martin convencieron á Filiberto de que se hallaba enfermo, y acaso de gravedad, y como era aprensivo, al ver á la patrona, mujer séria y honrada, al ver que su criado, que podia temer una paliza póstuma, negaba lo que él creia estar seguro de haber oido, se dió al fin por vencido, y dijo:

—Pues señor, he soñado, y debo estar muy malo.

Se acostó, y sus dos amigos quedaron á la cabecera de la cama cuidándole.

CAPÍTULO VII.



Donde Rufo sigue haciendo de las suyas.

I.

—Vamos á cuentas, iba diciendo Rufo mientras caminaba á casa del físico encargado de curar las dolencias á los guardias de Corps en la compañía Española; gracias á mi ardid y al interés que toma en mis asuntos la patrona, hemos embaucado á los amigos de mi amo, y ellos han contribuido, ayudados por el Málaga y la abundante y succulenta cena, á hacerle creer que está loco, ó poco ménos.

Pero los camaradas de mi amo no continuarán á su lado, y yo no sé si podré resistir á las caricias que me hará mi señor cuando estemos solos. Es necesario buscar quien me auxilie.

Habia andado algunos pasos reflexionando lo que haria, cuando dándose de pronto una palmada en la frente:

—Necio de mí, en vez de ir á buscar al médico voy á pedir auxilio á la marquesa... Sí, pero á la marquesa no la conozco; yo no he tratado con ella... Busquemos al mayordomo, y si no le encuentro tengo un motivo

para hablar á la señora... Me alegraría no encontrarle. Quizás saque de ella mejor partido, porque sin duda el mayordomo, que es muy taimado, se habrá guardado la mitad ó más de lo que su señora le habrá ofrecido para que se realice el milagro. Nada, nada, lo mejor es irse al bulto.

## II.

Dicho y hecho.

Se encaminó á casa de la marquesa de la Llana, pero al llegar allí no podia ménos de preguntar por el mayordomo.

La fortuna le fué propicia.

Su seductor, su cómplice, no estaba.

—Pues pase Vd. recado á la señora marquesa, dijo á un lacayo que le abrió la puerta; tengo que hablarla.

—¿Y á quien le anuncio?

—Diga Vd. que está aquí el asistente de D. Filiberto Ruiz.

Como el lacayo conocia al guardia, se apresuró á participar la llegada de su criado á la marquesa.

Por fortuna tambien para Rufo, estaba en casa esta señora y se apresuró á recibirle.

—Pase Vd., buen hombre, le dijo; ¿qué es lo que ocurre?

—No sé si V. E. sabrá...

—Todo lo sé.

—Yo me he propuesto complacer á V. E. apenas he sabido por su mayordomo...

—En efecto; ya he visto que por hoy ha cumplido su palabra; su amo no ha salido de casa.

—Ni saldrá esta noche.

—¿Cómo ha podido Vd. conseguir que se realizara mi deseo?

—¡Ay! señora, me ha costado mucho trabajo y ¿por qué no he de decirlo á V. E. ya que es tan buena? mucho dinero.

Rufo contó á la marquesa de la Llana, exagerando los episodios, todo lo que habia sucedido aquel dia, y terminó refiriéndole el ardid que habia empleado con su amo para hacerle creer que habia soñado cuanto le habia sucedido.

La marquesa se rió á carcajadas, y cogiendo de encima de un velador un bolsillo de seda verde, sacó de él dos doblones de á cuatro y se los entregó á Rufo para indemnizarle.

—Dios se lo pague.

—Ahora me va Vd. á decir el objeto de su venida.

—Yo venia buscando al mayordomo de V. E., no le he hallado, y como temo que mañana me va á ser muy difícil cumplir mi palabra, si estoy dispuesto á renunciar á las generosas dádivas de V. E., no lo estoy á cumplir los deseos de V. E., y como si V. E. me ayuda puede permanecer mi amo los siete dias que quedan en casa, he venido para...

—Hablemos sin ambages y dígame lo que quiere.

—Los compañeros de mi amo me han enviado á llamar al médico. He salido á cumplir sus órdenes, y por

el camino me he dicho: «Supongamos que encuentro al médico y que viene á ver á mi amo. En primer lugar, se pone de mal humor porque le levanto de la cama, ó le separo de una mesa de juego, ó le obligo á faltar á una cita amorosa. Pero doy por sentado que pasa por todo esto. Llega á casa; observa á mi amo, le pulsa y ve que está tan bueno y sano como nosotros. Mi amo, que es aprensivo, al oír al doctor se convence de que está bueno, y es capaz de salir á la calle aunque sea á media noche.»

—¿Y qué medio se le ha ocurrido á Vd.?

—Uno muy sencillo, señora; pero no sé si me atreva...

—Le exijo á Vd. que hable.

—Pues bien, supongamos que V. E. llamase al médico.

—¡Yo! Si estoy sana y buena.

—En buena hora lo diga V. E.; pero si Vd. supone...

—Ya caigo; continúe Vd.

—V. E. envía á llamar al doctor por medio de uno de sus lacayos. Viene; y como es, perdone V. E. mi indiscrecion y mi falta de respeto, como es muy enamorado, como V. E. sea un poco blanda con él y le pregunte con mucho interés por mi amo, si V. E. le dice que haga lo posible para ponerle bueno para que pueda venir á verla, le pone á dieta, le tiene tres ó cuatro dias en observacion como él acostumbra, transcurre el tiempo señalado, y con pagar al doctor las visitas, negocio concluido.

- No le falta á Vd. ingenio.
- ¡Ay, señora! Soy pobre y deseo ser rico.
- Está bien; haré lo que Vd. dice porque me parece muy oportuno.
- Cuando él salga de aquí, yo, que le estaré espianando, me haré el encontradizo, le indicaré que he venido hasta aquí porque me habian dicho en su casa que le habia llamado V. E. y urge lo de mi amo. Por el camino yo me arreglaré para que deje satisfechos los deseos de V. E.

## III.

La marquesa, que aceptó el proyecto, tomó las señas del doctor para que fueran á avisarle, y Rufo, muy satisfecho de haber conocido á la marquesa y de haber obtenido los dos doblones como indemnizacion, salió casi al mismo tiempo que el lacayo, y no tardaron en encontrarse en casa del Galeno.

Iba á acostarse porque era tarde y habia perdido aquella noche unos cuantos ducados, dicho lo cual no necesito decir que estaba de muy mal humor.

—Yo voy á entrar primero, espérame, dijo Rufo al lacayo, y cuando me veas salir, sube.

## IV.

El doctor le recibió de muy mala manera.

—¡Bah! no será nada lo que tenga tu amo. Es un aprensivo...

—¡Ay! no señor, está muy malo, contestó Rufo; sus amigos, que están allí, temen que se haya vuelto loco. ¡Da unos gritos, unos saltos!

—Bueno, bueno; mañana iré.

—¡Ay! ¡no por Dios! Vaya Vd. esta noche.

—¡Maldito oficio! dijo el doctor cediendo á las instancias del asistente.

—Yo me voy en seguida, y diré que detrás viene usted.

—¡Anda con mil de á caballo!

Rufo salió y encargó al lacayo que subiera.

El lacayo le encontró vistiéndose.

—Vengo, le dijo, de parte de la señora marquesa de la Llana á suplicarle á Vd. que vaya á verla. Se encuentra enferma; su médico de cabecera tambien lo está; ha tenido noticia del mérito de Vd., y mucho agradecería que fuera en seguida.

—El caso es que me han mandado llamar para un guardia.

—Las damas son primero.

El médico, despues de reflexionar un momento,

—Tal vez me esperan buenos honorarios y quién sabe si me sonreirá el amor, se dijo.

## V.

Aquel médico era médico militar.

El bueno de D. Epifanio Longoria era jóven, [porque apenas habia cumplido los cuarenta años, y en aquella

época los ocho lustros representaban el principio de la madurez en la vida del hombre.

—Como no sé la casa de esa señora, dijo al criado, aunque tengo noticia de su hermosura y elegancia, Vd. me guiará.

—Con mucho gusto, dijo el lacayo.

Rufo, que estaba en acecho, les seguía, aunque á alguna distancia.

## VI.

Un cuarto de hora tardarian en llegar á casa de la marquesa.

Esta señora le recibió en su gabinete reclinada sobre un almohadon que habia colocado en un sofá, presentándose á sus ojos con cierta voluptuosidad que aumentaba su belleza física.

## CAPITULO VIII.

### Un cómplice más.

#### I.

El doctor pulsó á la enferma y le dijo:

—Tranquilícese Vd., señora. Todo ello es un poco de agitacion nerviosa, que con el calmante que voy á recetar á Vd. se aliviará en seguida.

—¿Es decir que le he llamado á Vd. sin necesidad? ¿Que le he molestado?

—Al contrario; me ha proporcionado Vd. una ocasion de penerme á sus órdenes.

—Confieso que soy muy aprensiva; luego, por otra parte, he tenido tan buenas noticias de Vd., como me han encomiado tanto su acierto, su ciencia y sobre todo su amabilidad, no he vacilado...

—Me ha favorecido en extremo, señora, cualquiera que haya sido el que haya tenido la bondad de hacer de mí tan inmerecidos elogios.

—Debe Vd. ese concepto á un guardia de Corps.—

—Permitame Vd., señora, que me extrañe. Por regla general son poco aficionados á cuidarse. Siempre me llaman tarde, y cuando les receto que no salgan de

casa, como son tan enamorados y siempre tienen pendientes citas amorosas, se desesperan, y por regla general se despachan á su gusto murmurando de mí.

—Pues no se halla en ese caso D. Filiberto Ruiz.

—¿Es ese el que ha hablado...?

—En muchas ocasiones me ha recomendado el acierto de Vd.

—Precisamente tengo que ir á verle.

—¿Acaso está enfermo? preguntó la marquesa fingiendo la mayor extrañeza.

—Su asistente ha ido á avisarme.

—¡Oh! Entonces me explico el motivo de su ausencia. Es muy amigo mio, frecuenta mi casa y hace dos dias que no le veo.

—Con efecto, dijo irónicamente el doctor, ya sabia que tiene la dicha de ser uno de los mejores amigos de Vd.

—Comprendo lo que quiere Vd. insinuar; pero me parece que está Vd. equivocado.

—No me atreva á hacer ninguna suposicion.

—Soy muy franca y no me gustan los rodeos. Sé que hay muchos que murmuran de la amistad que le profeso; pero al confesor y al médico se le dice siempre la verdad: puedo asegurar á Vd. que no es más que mi amigo.

—Agradezco á Vd. esa confesion; primero, porque me prueba que la recomendacion que le han hecho de mí ha surtido efecto, y despues porque tambien los hombres somos envidiosos, y yo envidiaria siempre

á Filiberto la dicha de poseer la intimidad de Vd.

La marquesa pagó aquella galantería con una sonrisa entre maliciosa y benévola.

—No quiero detenerle á Vd. más, le dijo. Si Ruiz necesita sus cuidados...

—Sospecho que no será nada; es bastante aprensivo.

—Supongo que mañana vendrá Vd. á visitarme para ver si estoy mejor, y con eso me dará Vd. noticias...

—Con mucho gusto.

—El caso es que al mismo tiempo podría Vd. hacerme un favor.

—Disponga Vd. de mí.

—Voy á parecerle á Vd. indiscreta.

—De ningun modo.

—Pues es el caso que me han dicho que Filiberto tiene un lance pendiente con una persona á quien no conozco, y lo único que sé es que esa persona debe partir en breve de Madrid.

—¿Va muy lejos?

—A Méjico, segun mis noticias: y la verdad es que ya que está enfermo pudiera su enfermedad servirme para evitarle un contratiempo.

—¡Qué dichosos son los amigos de Vd., señora! dijo el doctor.

—¿Por qué?

—Por el interés que le inspiran á Vd.

—La caridad, solo la caridad... ¿Pero no contesta Vd. á mi pregunta? He sido imprudente al formularla,

y es justo que me castigue Vd. dejándome sin respuesta.

—Yo le prometo á Vd. ayudarle en su empresa caritativa, añadió el doctor acentuando la última palabra.

—Pues entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

## II.

En el momento en que se disponia á salir Longoria, entró un lacayo á anunciarle que el asistente de D. Filiberto Ruiz le buscaba.

—Segun eso, debe estar peor, dijo la marquesa. Corra Vd., corra Vd., y quiera Dios que no sea grave la enfermedad.

El doctor encontró en la puerta al asistente.

—¿Qué sucede, hombre? ¿Por qué estás tan impaciente?

—He vuelto á casa y, la verdad, mi amo me inspira mucho temor. Cuando me despedí de Vd. ví entrar en su casa á un lacayo de la marquesa y supuse que habria Vd. venido á verla. Por eso me he atrevido á...

—Pues no he tardado tanto.

—Con efecto; pero como yo sé que se pasan las horas muertas al lado de la marquesa... Sin ir más lejos, mi amo muchas veces cuando viene á verla me dice que le espere á las nueve en casa y dan las once y las doce y hay ocasiones en que á la una todavía le estoy esperando.

—¿Segun eso tu amo viene á menudo?

—Todas las noches.

—Parece que lo dices con cierto retintin.

—¿Pues qué, no sabia Vd...?

—Algo he oido.

—¡Toma! Pues yo estoy seguro de que tarde ó temprano mi amo será feliz.

—¿De qué manera?

—Casándose con la marquesa. Está perdidamente enamorado de ella.

—Pero la marquesa le escuchará como á todos.

—Si yo me atreviese á decirle á Vd. una cosa...

—¿Qué? Habla; siempre estás con misterios.

—Por de pronto no le diga Vd. á mi amo que ha venido Vd. á verla.

—¿Por qué?

—Hace dias que hablando con un amigo suyo le dijo que estaba de muy mal humor porque la marquesa le habia hecho de Vd. grandes elogios. Y, mire Vd. lo que son las cosas, parece que le dijo: «Un dia de estos voy á fingirme enferma y á llamar al doctor Longoria. Este es un medio muy natural de conocerle.»

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo.

—Pero ¿cómo lo supo tu amo?

—¡Toma! Pues qué, ¿cree Vd. que no tiene espías cerca de ella? Una de las doncellas de la marquesa es confidente suya.

—¿De tu amo?

—No, de la marquesa; aunque, mejor dicho, tambien de mi amo. Oyó decir estas palabras á su señora, se las contó á D. Filiberto y mi amo para desahogarse las refirió á sus camaradas.

—Todo lo comprendo, pensó entonces el doctor.

Y dirigiéndose á Rufo:

—Vamos á ver á tu amo y déjate de habladurías.

El asistente habia conseguido su objeto.

—Toda vez que la marquesa desea que no peligre la vida de su amigo, durante unos dias realizaré su deseo obligándole á estar en casa, y mientras tanto yo vendré á verla á menudo. ¡Qué diablo! ¡De ménos nos hizo Dios! ¡Por qué no ha de haberse prendado de mí?

### III.

Haciéndose estas reflexiones llegó con el asistente á casa de Filiberto y entró en su habitacion.

Los dos amigos del guardia salieron á su encuentro.

—Qué es lo que sucede? preguntó Longoria.

—Ruiz debe estar muy malo; aunque parece que está en su sano juicio delira cuando habla, y nosotros tememos que esté amenazado de una apoplejía.

—Vamos, vamos á verle.

—Adelante, doctor, dijo el enfermo. Haga Vd. el favor de tranquilizar á estos aprensivos, porque á juzgar por los aspavientos que hacen se acerca para mí la hora postrera.

—Veamos, veamos, dijo con gravedad el médico.

—¿Quiere Vd. el pulso?

—Naturalmente.

—Pues ahí está.

El doctor permaneció mucho tiempo pulsando á Filiberto, sacó uno de sus relojes, hizo algunos movimientos con la cabeza como dando á entender que no le agradaba la situacion del enfermo, y despues de un cuarto de hora:

—¿A ver la lengua? dijo.

Los dos guardias, doña Hermenegilda y Rufo asistian á la escena.

—Pues señor, por fortuna llego á tiempo, exclamó Longoria.

—Pero qué, ¿estoy grave?

—Todos los síntomas son de una congestion.

—¡Dios mio!

—¿De una congestion!

—Sí, de esas que vienen de mano armada; pero lo repito, tenemos tiempo para combatirla.

—¿Y qué he de hacer?

—Unos sinapismos por de pronto. Despues, de media en media hora una cucharada de un cocimiento que le voy á recetar; dieta y silencio absoluto. Mañana temprano daré una vuelta.

—En ese caso nos quedaremos esta noche, dijo uno de los guardias.

—No, no hace falta; con su asistente tiene bastante.

—¿Y si se duerme?

—Yo, que tengo el sueño ligero, dijo doña Her-

menegilda, me quedaré á la cabecera de la cama.

—Con eso basta, dijo el doctor.

—Pero, doctor, si yo no siento...

—Ese es el peor síntoma. Cuando se siente la enfermedad casi puede decirse que no hace falta el médico. Las dolencias terribles son las que le hacen creer al enfermo que está bueno.

#### IV.

Hablaba con tal gravedad que hasta Rufo llegó á creerse que su amo era víctima de la broma y empezó á experimentar remordimientos.

El doctor extendió su receta en latin como era costumbre.

—Ea, vengan Vds., dijo á los guardias, y tú, corriendo á la botica á buscar el cocimiento. Hasta mañana, y mucho reposo.

—¿Y si la congestion se declara? preguntó Filiberto muy atemorizado.

—Yo le aseguro á Vd. que siguiendo el régimen que le he marcado no se declarará.

#### V.

Los tres salieron y Rufo se encaminó á la botica por la receta.

Más de media hora estuvo llamando á la puerta del boticario.

Al cabo de este tiempo se abrió una ventanilla que habia en la puerta, y con malos modos dijo una voz:

—Qué ocurre?

—Esta receta.

—¿A ver?

Rufo entregó el papel.

El boticario se caló unos anteojos, y despues de examinar la receta:

—¿Y para esto despiertan á un cristiano? refunfuñó. Bien se conoce que es médico de militares el que ha escrito esta receta.

—¿Qué tiene Vd. que decir de ella? preguntó Rufo.

—Que lo mismo te hubiera sido ir á la fuente y llenar la botella de agua.

—Pues venga, venga la botella.

—No faltaba otra cosa despues de haberme despertado.

El boticario se retiró y al cabo de algunos minutos le entregó la botella.

—¿Cuánto?

—Doce reales de vellon.

—Cara vende Vd. el agua.

—¡Deslenguado! contestó el boticario cerrando el ventanillo despues de haber cobrado las tres pesetas.

## VI.

De media en media hora tomó Filiberto una cucharada de aquel cocimiento de flores cordiales y al amanecer se quedó profundamente dormido.

Por la mañana llegó el médico y le despertó.

—Francamente, doctor, le dijo, ya me encuentro bien.

—No nos hemos librado de mala; pero lo más temible ahora es una recaída. Hoy tiene Vd. que quedarse en cama.

—Y á dieta, ¿no es eso?

—Puede Vd. tomar dos tazas de caldo y unas sopas hervidas.

—Pero hombre, ¡si estoy sano!

—Entonces ¿para qué me ha llamado Vd.?

—Tengo que ir al cuartel y...

—Ya he dado parte de que está Vd. enfermo.

—Pues necesito salir á la calle y hoy no me quedo en casa.

—Bueno; pues salga Vd. Como está Vd. muy débil sentirá Vd. mareos; por otra parte, la agitacion excitará el sistema nervioso y detrás de una esquina se cae Vd. redondo. ¡Oh! si sale Vd. de casa, desde ahora me retiro, y que otro cargue con la responsabilidad de haberle permitido semejante locura.

—Bien está; me quedaré, pero lo que es mañana...

—¡Oh! mañana ya estará Vd. en disposicion de levantarse un par de horitas.

—¿Y no saldré á la calle?

—Hasta pasado mañana, no.

—¡Cómo ha de ser! Me conformaré. Pero no importa; pasado mañana aun es tiempo.

—¿De qué?

—De nada; yo me entiendo.

—¿Vé Vd.? Cuando digo que no está Vd. muy seguro todavía... A la tarde volveré.

Abandonemos un instante al enfermo imaginario para asistir á la entrevista que tuvo la marquesa de la Llana con el marqués del Puente el dia en que, como habia ofrecido, fué á comer á su casa y á hacerle la visita de despedida.

## CAPITULO IX.

Lo que consiguen la ambicion, el talento y la gracia cuando toman la forma de una mujer bonita.

### I.

Cuando un hombre ha sentido amor hácia una mujer en su juventud y las circunstancias han adormecido ó apagado la pasion inspirada por un momento y pasan años y vuelve á hallar á la mujer que hizo latir su corazon, corre riesgo de tropezar en el escollo de que logró escapar, atraido entonces no solo por el objeto amado, sino por los recuerdos de la época en que por la primera vez le amó, que suelen ser los que están enlazados con su juventud.

Esto acontecia al marqués del Puente.

En sus mocedades habia encontrado en algunos salones á la marquesa de la Llana.

La belleza, la elegancia, el talento de aquella mujer le habian fascinado.

Habia pensado en ella algun tiempo, habia vacilado en declararle su amor, limitándose solo á manifestarle con las miradas, y cuando estaba decidido á confesarle su pasion, supo que iba á casarse.

Mas tarde se alegró de aquel suceso, porque cuando

tuvo ocasion de conocer la conducta que observaba la marquesa, cuando llegaron á su noticia algunos rasgos de los que constituian su carácter, pensó que hubiera sido muy desdichado con ella y dió gracias al cielo por haberle librado de caer en la tentacion.

Pero habian träscurrido bastantes años.

En este tiempo habia tenido de sus desdichados amores con una mujer del pueblo de Sevilla á la niña que vimos prohijada por Pepe-Hillo y su mujer; habia sufrido mucho su conciencia; todo su cariño se habia concentrado en la hija de quien tenia que vivir apartado y en su madre; habia entrado en ese período de la vida á que la edad conduce á los hombres, y cuando le mandó á llamar la marquesa de la Llana solo pensaba en la fortuna que debia á la suerte, y daba gracias al cielo porque con ella podria labrar la felicidad de su hija.

Pero al ver á la marquesa no pudo ménos de recordar la época feliz de su vida en que la habia contemplado por primera vez, y las insinuantes palabras de aquella señora no despertaron un nuevo amor en su alma, no; esto era imposible, pero le estimularon á desear saber la historia de aquella mujer durante el período de tiempo en que habian vivido sin verse.

## II.

Acudió, pues, al convite y la marquesa le dió algunos encargos para Méjico, en donde su difunto marido habia dejado algunos bienes á cargo de un administrador demasiado moroso.

Estos encargos los hizo la marquesa á su amigo durante la comida.

Al llegar á los postres comenzó la expansion.

—Si yo me atreviera haria á Vd. una pregunta, dijo Matilde, que este era el nombre de la marquesa.

—Yo seria un ingrato, respondió Enrique, si no me apresurase á manifestar á Vd. que deseo complacerla. Me ha tratado Vd. tan bien, con tanta amabilidad, me ha dado unos manjares tan escogidos y tan sabrosos...

—Es decir, que desea Vd. pagarlos.

—Corresponder al ménos.

—Pues bien, entonces, sea; voy á atreverme á hacer á Vd. esa pregunta.

—Hable Vd., señora.

—¿Se acuerda Vd. de la época en que nos conocimos?

—Hace lo ménos diez y ocho años.

—Es verdad; entonces tendria Vd. á lo sumo diez y seis ó diez y siete.

—Lo que quiere decir que ahora tengo treinta y tres ó treinta y cuatro.

—No los representa Vd.

—Gracias por la lisonja; pero no es eso lo que deseo. Si es Vd. franco yo lo seré tambien.

—He prometido serlo y cumpliré mi palabra.

—Vamos á ver, ¿me equivoqué yo, ó Vd. aspiró á ser algo más que amigo mio?

—Confieso que entonces no me hubiera bastado ese título. Sentí, en efecto, por Vd. un cariño que era algo más, bastante más que amistad.

—Gracias, gracias por la sinceridad.

—Pero vacilé, y cuando estaba decidido supe que iba usted á casarse.

—¿Y Vd. no sabe por qué tomé esa resolución?

—Amaría Vd. al que iba á ser su esposo.

—Ha pasado tiempo y ya no hay peligro en confesarlo. Yo creía que Vd. me amaba, y, la verdad, correspondí á su afecto; pero Vd. no se explicaba, Vd. huía de mí, y despechada me casé. Solo así se comprende que una mujer honrada como yo haya sido tan infeliz en su matrimonio.

—¿Ha sido Vd. desdichada?

—¡Ah! mucho; dí con un hombre que no me comprendió.

—Sin embargo, al poco tiempo quedó Vd. viuda, volvimos á vernos, y Vd. evitó mi presencia, huyó de mí.

—Porque sabia una historia que me hacia mucho daño.

—¿Una historia?

—Sí, Enrique, sí; una mujer que se interesa por un hombre no le pierde de vista. Los más insignificantes detalles de su existencia le preocupan, y yo supe los amores que Vd. habia tenido con una hija del pueblo, y supe tambien que tenia Vd. una hija. ¿No es verdad?

—Sí, señora; por eso hoy vivo consagrado á ella, lamentando que la obcecacion de un momento me impulsase á abandonar á su madre, con lo cual condené á la más triste orfandad á su hija

—Y sin embargo, vive y está al lado de Vd. y de su madre.

—Segun eso, ¿lo sabe Vd. todo?

—Todo, absolutamente todo; por lo mismo he deseado que tuviéramos esta entrevista y celebro que exista entre los dos la confianza á que hemos llegado. Marqués, Vd. es bueno, y en nombre del afecto que nos hemos profesado, afecto que ya no puede ocupar nuestra alma, porque sobre aquel fuego ha caido la nieve de los años, voy á hablar á Vd. con entera franqueza. Su hija de Vd. ha vivido mucho tiempo al lado de una familia tambien del pueblo.

—Es cierto.

—El famoso torero Pepe-Hillo y su mujer la prohibieron. Su madre de Vd. pudo rescatarla; pero no ha logrado del mismo modo borrar el afecto que despertó en su alma un hijo de ese célebre torero.

—Ese jóven es hoy uno de los mas célebres militares españoles. Ha adquirido la estimacion de sus jefes y hasta del mismo rey, que Dios guarde, le considera como un héroe.

—¿Y Vd. piensa concederle la mano de su hija?

—Ya se la he concedido. En cuanto termine la guerra se casarán.

—Con lo cual labrará Vd. su desdicha.

—¿Qué dice Vd.?

—¡Ay! amigo mio; si no sintiera tanto interés por usted no le hablaria de este modo. Pero aun á riesgo de aparecer indiscreta, debo de contar á Vd. lo que se

refiere en los círculos más aristocráticos. Por la misma razón de que acaba Vd. de heredar una inmensa fortuna, los envidiosos de su suerte se han aumentado. No teniendo ningún motivo para motejarle, no pudiendo decir de Vd. sino que es un bizarro militar, un hombre honrado, un hijo cariñoso, un leal servidor del rey, la murmuración, que necesita cebarse en las personas á quienes envidia, dice por ahí que Vd. concede al hijo del torero la mano de Dolores porque entre los dos jóvenes existe un lazo que cubriría su rostro de vergüenza si no lo santificase el matrimonio.

## III.

Al oír estas palabras se levantó el marqués.

—¡Esa es una calumnia.

—No lo dudo; y estoy segura de que no la oírás pronunciar jamás. Pero á todas partes seguirá á su hija y á su esposo y los salones se cerrarán para ellos, porque ¿quién querrá admitir en su casa á la esposa del hijo de un torero?

—¿Y qué me importa? Con su valor ha hecho olvidar su origen. El rey le ha ennoblecido.

—Si no lo dudo, si yo estoy segura de la inocencia de su angelical hija de Vd., pero... Vd. tiene un medio de sellar los labios de los maldicientes.

—¿Cuál? hable Vd.

—¿Va Vd. á emprender un viaje dentro de dos días? Pues bien, la boda de los jóvenes está dispuesta para dentro de un mes; ¿no es eso?

—En efecto.

—Aplácela Vd. Los que suponen que le corre á usted prisa casar á su hija se convencerán de que se han equivocado en sus malévolas suposiciones. En este tiempo podrá Vd. volver de su viaje, y entonces...

#### IV.

Enrique guardó silencio durante algunos instantes.

La marquesa, como asaltada por un pensamiento añadió:

—Enrique, voy á dar á Vd. una prueba del afecto que le profeso.

—¿Vd., señora? Me ha dado Vd. ya tantas...

—Voy á darle la última, la más grande.

—Hable Vd.

—Hacé diez y ocho años que nos conocemos. Por entonces se dijo en algunos círculos que Vd. me hacia la corte... Pues bien, Vd., al casar á su hija con ese joven lo hace porque teme que no haya ninguna persona digna de su alcurnia que en atencion á lo oscuro del origen de Dolores quiera darle su mano. Cuando nació su hija de Vd. yo estaba unida ya. Inventamos una fábula para el mundo. Yo confesaré que es hija mia, que nos unimos en secreto; Vd. no ha de casarse nunca, yo tampoco, y puede muy bien existir un motivo para que vivamos juntos, pero al fin y al cabo podrá aparecer como fruto de legítimo aunque de secreto matrimonio, y yo podré indemnizar á Vd. de los pesares que haya podido causarle á Vd. con mi conducta.

—¿Habla Vd. de veras? dijo Enrique.

—¿Puede Vd. dudarle?

—Sé que acepta Vd. un sacrificio inmenso.

—¿Qué no se hace por el hombre que se ha querido?

—Si fuera Vd. capaz, añadió Enrique dominado por el orgullo de raza, si fuera Vd. capaz de dispensarme tan señalado servicio y no fuera un sacrificio para usted el que esa fábula se realizase, yo declararía que nos habíamos unido en secreto antes del nacimiento de esa niña y sería su esposo de Vd.

—¡Ah! Enrique, Enrique, esa sería mi mayor felicidad... Pero ignora Vd. que la familia de Pepe-Hillo sabe...

—No importa; si le he de decir á Vd. la verdad, Matilde, yo he aceptado esa union más como una necesidad que como una fortuna. El jóven es honrado, pundonoroso, valiente; pero siempre me ha exaltado la idea de que su origen sería un eterno gérmen de disgustos para mi desgraciada hija. A ella le costaría trabajo renunciar á ese amor; pero al lado de Vd...

—¡Oh! A mi lado sería otro mundo muy distinto del en que ha vivido hasta ahora. Si Vd. consigue que su buena madre acceda á depositar en mi poder á esa jóven, yo me valdré de todos los medios para hacer su felicidad y conseguir que olvide esa pasión de la niñez. En cuanto á la influencia que pudieran ejercer sobre ella sus padres adoptivos, con la perspectiva de abandonar la corte de España, de ir á vivir á Italia ó Francia, hallará algun consuelo.

Allí, en los círculos aristocráticos, hallará nuestra hija un esposo digno de ella.

—Marquesa, si se realizaran todos esos planes yo sería el más feliz de los hombres.

—Pues en su mano de Vd. está que se realicen.

—Esta misma noche hablaré con mi madre.

—Mañana le espero á Vd.

## V.

Poco despues se separó el marqués de Matilde, y convencido que de la solucion que le habia propuesto era la que más convenia á su posicion y á su fortuna, habló á su madre y consiguió que adoptase el plan.

Enrique cometia una gran ingratitud condenando á la desesperacion al que habia salvado su vida.

Pero el orgullo puede mucho en ciertas almas y la suya era orgullosa.

—Yo le haré rico, se dijo. De este modo le pagaré el beneficio que me ha hecho.

Aceptado el proyecto en todas sus partes, convinieron en preparar el viaje y en trasladarse el marqués con su madre y con su hija á Guadalajara, á donde iria tambien la marquesa de la Liana.

Su matri nonio se celebraria en Sigüenza, y despues partirian la marquesa del Puente, su nuera y Dolores á Zaragoza, donde tenia una casa la marquesa de la Liana, y en tanto emprenderia Enrique su viaje á Méjico.

Todas estas disposiciones se tomaron precipitadamente.

El doctor Longoria recibió una carta de la marquesa, á la que acompañaba un bolsillo con cuatro onzas de oro.

Se despedía de él y le daba las gracias por sus cuidados.

El mismo dia recibió Rufo una visita del mayordomo de la marquesa.

Aun faltaban dos dias para cumplir los ocho del plazo.

Pero le dió el total de lo pactado y le dijo:

—Ya quedas en libertad de permitir á tu amo que salga.

Rufo respiró.

## CAPITULO X.

Donde se descubre la intriga.

### I.

Al recibir el doctor Longoria la carta de la marquesa, sin poder explicarse aquella despedida y deseando aparecer á sus ojos como un hombre delicadísimo, contestó acto continuo manifestando que no la habia asistido por interés, que era muy poco lo que habia hecho en cambio de la amistad que le habia ofrecido, y por lo tanto que le devolvía el dinero.

—Tome Vd. esta carta, dijo al lacayo, y devuélvasela Vd. con ese bolsillo á su señora.

—El caso es, contestó el fámulo, que no puedo servir á Vd. Mi señora ha partido.

—¿Sí? ¿Cuándo se ha marchado?

—Anoche; lo único que puedo manifestar á Vd. es que quien debe saber algo es Baltasara, una de las doncellas de la señora, que ha sido despedida, y sabiendo algo y no estando en la casa puede ser que se explique.

—Bien vale una onza esa noticia; tómela Vd. y dígame dónde vive Baltasara, aunque mejor seria que

usted la buscara y le anunciase mi deseo de verla. A mi casa puede venir; soy médico, y...

—Vendrá, señor, vendrá.

II.

El doctor rompió la carta que habia escrito y se guardó las tres onzas.

—Al menos tendré este recuerdo de ella, se dijo. ¿Pero habrá dejado alguna persona encargada de sus intereses? añadió.

—Lo único que puedo decir á Vd. es que á estas horas estará cerrada su casa, y el mayordomo habrá partido á buscar á la señora. Mis compañeros y yo hemos quedado en libertad, y aunque nos pasa salario la señora hasta su vuelta, cada uno nos iremos á vivir donde mejor nos parezca.

—¿Segun eso se trata de un viaje misterioso?

—Me parece que sí.

—Vaya, pues tenga Vd. otra onza y dígame lo que sepa acerca de ese viaje.

III.

El doctor salió á hacer su visita.

Al dirigirse á casa de Filiberto con ánimo de darle de alta, se encontró la jaula vacía.

El pájaro habia volado.

—¿Dónde está tu amo?

- A —¿Quién lo sabe?  
 —¿Sin mi permiso?  
 —Yo le he dado de alta.  
 —¿Tú?  
 —Calle Vd., señor, los dos hemos sido víctimas...  
 —¿Qué es lo que estás diciendo?  
 —Esa pícara señora marquesa de la Llana, valiéndose del cariño que yo tengo á mi amo, me dijo que corría peligro, que no saliera de casa en unos dias; yo le hablé, y de la misma manera que Vd., porque tambien sé que se explicó en el mismo sentido, he contribuido á que permaneciera en casa.

—Tienes razón; los dos, movidos por la mejor buena fé, le hemos engañado.

IV.

No bien habia terminado de hablar cuando se oyó un fuerte campanillazo.

Poco despues entró gritando Filiberto.

—¿Que es eso? dijo el doctor, ¿ha recaído Vd.?

—Déjeme Vd. en paz.

—¿Qué pasa?

—Voy á cometer un crimen; es imposible que yo pueda resistir semejante felonía.

—Explíquese Vd.

—La ira me ciega.

—Calma, hombre, calma.

—La he de matar, y á él.

—¡Dos asesinatos!

—Mil cometeria; estoy furioso.

—Pero, señorito... se atrevió á decir Rufo.

—Quítate de delante, ó te divido.

—No me lo dirá su mercé dos veces, contestó el fá-  
mulo echando á correr.

—Tranquilícese Vd., dijo el doctor; veamos qué es  
lo que pasa: yo soy médico y amigo. Si no quiere us-  
ted los servicios de la ciencia, al ménos los de la  
amistad...

—No hay una mujer buena, dijo Filiberto paseán-  
dose precipitadamente por la habitacion.

—¿Y Vd. lo dudaba?

—Todas son pérfidas, coquetas.

—¿Todas? Habrá alguna excepcion.

—Ninguna, absolutamente todas, y más que todas  
la marquesa de la Llana.

—La conozco mucho; es una señora muy distingui-  
da, notable, virtuosa.

—Es una infame.

—¿Está Vd. seguro de lo que dice?

—Segurísimo; y si no, vamos á ver, ¿qué opinaria  
Vd. de una mujer que despues de haberle á Vd. tenido  
engañado durante mucho tiempo aprovechase la cir-  
cunstancia de encontrarse Vd. enfermo para salir de  
Madrid sin decir á dónde, llevándose al lado á un ga-  
lan que acaba de heredar una inmensa fortuna para  
hacerle su marido?

—Eso es una iniquidad; yo no puedo creer...

—Créalo Vd.

—Necesitaria pruebas.

—Ha desaparecido de su casa, ha mandado cerrar las puertas, ha despedido á su servidumbre y no ha dicho á nadie á dónde ha ido.

—Quizás obedezca esa determinacion á alguna causa respetable.

—Apenas llegué y me enteré de lo que pasaba... ¡oh, yo tengo un corazon muy leal! comprendí lo que habia sucedido, y acto continuo me fuí á casa del marqués del Puente. Tambien allí me dijeron que se habia marchado.

—Bien; pero Vd. no ignora que ha corrido la voz de que ha heredado una inmensa fortuna en Méjico y que ha ido á recogerla.

—¡Oh, qué rayo de luz acaba Vd. de darme! Ahora lo comprendo todo. Esa harpía, esa infame le habrá catequizado. Los dos han partido juntos, los dos van á pasar el mar... ¡Si al ménos se ahogasen...! ¡Si los tragasen los tiburones...! ¡Si naufragasen...! ¡Ah, Dios mio, Dios mio! Esa mujer va á ser mi perdicion, porque mañana mismo voy á pedir mi retiro, voy á pedir prestado á todo el mundo para emprender el viaje; voy á Méjico, los encuentro, los mato y me ahorcan; hé aquí una tragedia inspirada por una mujer.

—Serénese Vd.; ¿no seria mejor que en vez de perderse por una ingrata, suponiendo que lo sea, procurase Vd. olvidarla, aprovechando la circunstancia de ser jóven, buen mozo, guardia de Corps...?

—Sí, lo que es eso, buen mozo... como todos.

—Y luego el uniforme...

—Es verdad, el uniforme...

—Vd. tiene partido con las mujeres.

—Pues por eso me incomoda que me la haya jugado á mí una marquesa. Yo bien sé lo que haré. Ella tenia muchas enemigas, todas las damas de la córte. Hablaré mal de ella, descubriré todas sus faltas, diré que se ha escapado con el marqués sin haberse casado antes, porque la verdad es que no han tenido tiempo; buscaré algun fraile de buen humor que haga coplas satíricas, las propagaré por la córte y se las enviaré á Méjico.

—Eso, eso.

—Soy testarudo y no cedo.

—Yo le ayudaré á Vd. en su obra.

—Vd. ¿Con qué motivo?

—Por pura amistad.

—¿Pero Vd. la conoce?

—La he asistido dos ó tres veces y ¡qué diablo! voy á decirle á Vd. la verdad.

—¿Sabe Vd. algo?

—Le he hecho un favor á esa señora engañando á un amigo, á un compañero.

—¿Qué dice Vd.?

—Vd. no ha estado enfermo.

—Entónces, ¿cómo me ha tenido Vd. en la cama á dieta?

—Esa mujer me mandó llamar; me dijo que corría Vd. peligro, que unos cuantos hombres estaban

decididos á darle una paliza, á matarle, y pretextando que se interesaba mucho por Vd., me encargó que hiciera cuanto estuviera de mi parte para que no saliera de casa.

—¿He sido víctima de una intriga suya?

—Así parece.

—¿Y Vd. ha sido cómplice?

—Sin saberlo.

—Todo lo comprendo; conociendo mi genio ha dicho: «Este hombre busca al marqués, le mata y...» Pero Vd. no ha cumplido con su deber de caballero.

—No me negará Vd. que he cumplido con el de amigo.

—¿Todavía tengo que darle las gracias?

—Sí, y alegrarse de que yo me haya enterado: yo le libraré de esa dama que ha jugado con nosotros: venga esa mano.

Los dos se despidieron, y decidido Filiberto á olvidar en los brazos del placer el desengaño que acababa de recibir, acordándose de su afición á los toros se fué á la botica de la esquina de la calle del Leon, donde solian reunirse los grandes diestros, y tropezó de manos á boca con Pepe-Hillo.

## CAPITULO XI.

### Entre toreros....

#### I.

La botica de la calle del Leon era en la época en que pasa la accion de esta historia el punto de cita, el centro de reunion de los toreros y aficionados á la fiesta nacional, y con las reseñas de las lidias taurinas alternaba la chismografía, especialmente la relativa á las hijas de Eva.

La murmuracion es un defecto que se atribuye al bello sexo, y si hemos de ser justos debemos convenir en que tambien alcanza al sexo feo.

#### II.

—Maestro, decia á Pepe-Hillo su banderillero Santos, me paese que si esperamos al Lechuguino nos vamos á estar aquí hasta el dia del juisio por la tarde.

—Chiquiyo, ¿por qué dices eso?

—Porque anda entretenió con una mujé, y en comensando é soltar la muy se le pasan las horas sin haser caso á naide.

—Pues yo creo, dijo otro, que si no viene es por miedo de que le abronquemos. Se ha sabido su aventura, y por sierto que tiene grasía.

—¿Qué es ello, muchacho? Echa por esa boca.

Todos prestaron gran atencion.

### III.

—Pues naa; paese ser que en la última corría hiso tilin á una dama muy encopetá, y al dia siguiente al escureser se presentó en su casa un lacayo con mucho misterio y le largó un billete perfumao exigiendo que contestase en siguía.

—Difisil era eso.

—¿Por qué?

—Porque le estorba lo negro.

—Siempre has de ser tú fachendoso y nos has de avergonsar á los que no entendemos de letras.

—Lo que ese está buscando es que yo un dia le ponga la mano en la cara por charrán.

—¡Chitito! dijo Pepe-Hillo con aire de autoridad; callen toos y que continúe la aventurilla del Lechuguino.

El mayor silencio reinó de nuevo en la reunion.

### IV.

—Como iba isiendo, añadió el que tenia la palabra, el Lechuguino salió de prisa y corriendo y se fué á ca-

sa de D. Lesmes, el maestro de escuela de la esquina.

—«Mire Vd., señor maestro, le dijo; aquí hay una jara pa que Vd. me desifre el contenido de este papel y despues se quée Vd. mudo y siego. Le advierto que si se *berrea* con alguno le largo una mojá que le parto.»

El probe maestro hizo mil protestas de guardar silencio, y calándose unas antiparras leyó con sonrisa maliciosa lo siguiente:

«He visto á Vd. en la plaza ejecutar con gran maestría las más arriesgadas suertes, y una voz secreta me dice que el que tal valor demuestra debe poseer un gran corazon.

»Casada con un hombre que no me comprende, con un hombre que considera á la mujer, no como un sér, sino como una cosa, mi alma se halla ávida de admirar esos bellísimos horizontes que solo sonrien cuando hay paridad de sentimientos.

»Al conocer á Vd. he creído encontrar...

»Me avergüenza la confesion que acabo de hacer. Rompa Vd. este billete y compadezca á una pobre mujer que ha tenido la debilidad de mostrar su corazon.»

## V.

Terminada la lectura:

—¡Caracoles! exclamó Pepe-Hillo, me paese que la que tal ha escrito debe ser alguna buscona de esas que andan por ahí...

—No diga Vd. eso, maestro; si es naa ménos que...

Y acercándose al oído del diestro pronunció un nombre.

—¡Bendito sea Dios, y lo que son las mujeres! Desir que su marío no la comprende cuando está chalo por ella... ¡Qué lástima é carrera de baquetas que le pusiera el cuerpo lo mesmo que un tersiopelo...! Pero prosigue el cuento.

—Aluego que el señó Lesmes le leyó el papel, salió andando, y al hallar en la calle al lacayo que le esperaba:

—Oye, tú, le dijo; yo no sé escribir, y por lo tanto la contestasion á ese billete es difisil. Hay cosas que no deben fiarse á naide y...

—No tan difícil como parece, contestó el criado, que aunque astur se conoce que era un granuja.

—Pues no veo el medio.

—Bien dicen, que el amor es ciego.

—Mira, pa que alumbres, guárdate esa medalla, dijo dándole media pelucona de esas que cantan como una campana.

—No sé si debo aceptarla. Si mi señora supiera...

—¿Por quién me has tomao? ¿Crees que voy yo á ir con el cante...? Guárdala y dime qué debo haser, porque la letura de esa carta me ha guillao er sentío.

—¿Vd. no sabe escribir?

—Ya te lo he dicho.

—Yo tampoco.

—Estamos como tres en un zapato.

—Precisamente eso es lo mejor en el caso actual.

—¿Te burlas?

—Dios me libre.

—Acaba, condenao.

—Cuando una contestacion no se puede dar por escrito...

—¿Qué...?

—Se da de palabra.

—Es decir...

—Es decir que mi señora aguarda á Vd. porque desea conocerle. Supone que Vd. no traspasará los límites del respeto que se debe á una dama de su alcurnia, y solo desea conversar un rato acerca de la fiesta taurina, de la que es entusiasta admiradora.

—Andandito.

—Aun no he concluido.

—¿Qué farta?

—Lo más esencial.

—Te escucho.

—Para ir á su casa es preciso que le vende á Vd. los ojos, y cuando Vd. se retire de la entrevista le acompañaré guardando la misma precaucion.

—Lo mismo que en las comedias, dijo Pepe-Hillo.

—¡Já, já, já! exclamó la cuadrilla.

—El Lechuguino se atavió, y guiado por el lacayo penetró en la casa de la dama. Despues de atravesar varias habitaciones llegó á una en donde quitándole el lacayo el pañuelo que cubria sus ojos:

—Aguarde Vd. aquí, le dijo, y mucha discrecion.

Un momento despues se presentó una mujer, y Jeromillo al verla se quedó sin saber lo que le pasaba. En fin, para concluir, que el hombre estaba tan cortao al verse ante una gran señora que por más insinuaciones de esta, por más que esgrimió toa su coquetería y le dirigió las más amables sonrisas se quedó como un palo.

Cansada la dama de ver lo inútil de sus esfuerzos:

—Antes de que nos separemos, le dijo, me permitirá Vd. que le dé un consejo. Abandone Vd. el oficio que ha elegido é ingrese en la órden de Gilitos.

Y sin darle tiempo á que contestase tiró del cordon de una campanilla, se presentó el lacayo, y con voz que revelaba el despecho de que se hallaba poseida,

—Acompañe Vd. á su casa á ese angelito, dijo.

## VI.

Estas palabras produjeron una nueva explosion de risa en todos los que las escucharon.

—Vaya, dijo Pepe-Hillo, que el Lechuguino, que la echa de seductor, ha quedao corrió como un chino.

—Ya ve Vd., maestro, al fin y al cabo esa presoniya pertenesce á otra clase, y el hombre que no está acostumbrao á ciertos requilorios... Vamos, que el que más y el que ménos en su caso...

—¿Qué estás disiendo, chaval? ¿Acaso esas señoronas son de otra especie que las demás mujeres? ¿Apostais algo á que drento de ocho dias este cura es dueño

de su corasoncito? Pero ¿qué digo? ¿Estaré yo loco? ¿Y mi probesita María del Pópulo? ¡Quiá, si como eso no lo hay en el mundo! Perdóname, Mariquilla; sabes ya que tu José es incapaz de cometer una felonía. Ea, muchachos, á la paz de Dios, que necesito ir á mi casa. No se me quita el peso que tengo en el alma, por lo que he dicho, hasta que dé un abraso al ángel de mi via.

Y el protagonista de esta obra se disponia á salir cuando penetró en la botica nuestro antiguo amigo D. Filiberto Ruiz.

## VII.

El bizarro guardia de Corps se enteró de lo que se trataba y por su parte añadió:

—Pues el Lechuguino debe dar mil gracias á Dios por haberse librado de las garras de esa sirena. Con tener en cuenta que pertenece á la aristocracia es lo bastante para comprender que tendrá seco el corazon.

—Señó Filiberto, contestó Pepe-Hillo, mala opinion le meresen á su mersé las damas de la aristocrasia.

—Quien dice la verdad, ni peca ni miente, y lo que digo de esas damas lo hago extensivo á sus maridos, hermanos, hijos, etc. No hay uno que abrigue buenos sentimientos. Y si no, ahí tenemos al marqués del Puente, que...

—Poco á poco; el señó marqués es un hombre mu cabal y no consiento á naide que hable sin respeto de su mersé.

—Con mucho calor le defiende Vd., señor José.

—Es que yo soy mu natural y me gustan las cosas regulares.

—Como va á casarse Antoñito con su hija... exclamó en voz baja Santos.

Filiberto oyó esta exclamacion, y dirigiéndose al famoso torero:

—Puesto que Vd. iba á su casa le acompañaré, y por el camino hablaremos de un asunto que á los dos nos interesa.

—Sea en buen hora; las cosas sobre la marcha.

Los dos salieron y acto continuo se entabló el siguiente diálogo.

## CAPÍTULO XII.

### Palabras y papeles.

#### I.

—Amigo Pepe-Hillo, Vd. es un hombre de corazón, un buen padre, y tratándose del porvenir de su hijo no puede Vd. permanecer indiferente. Han llegado á mis oídos ciertas noticias que deseo saber el grado de verdad que tengan, porque tal vez de ellas dependa el que su hijo Antonio sea feliz ó desgraciado toda su vida.

—¿Qué es lo que Vd. dice, señor Filiberto? ¿Qué noticias son esas? Hable su mersé pronto.

—Escuche Vd. con calma, que de cualquier modo, aun es tiempo de prevenirnos para lo que ocurra.

—Ya escucho.

—Ante todo, va Vd. á contestarme á varias preguntas.

—Soy un Catesismo.

—¿Es cierto que su hijo Antonio piensa casarse con Dolores, la hija del marqués del Puente?

—Y tan cierto que solo por esa chiquiya ha ido mi Antonio á la guerra á conquistarse un lugar entre los

más valientes y poer ofreser á ese luserito los trofeos de la vitoria. Y á la verdad que el chaval ha cumplío como bueno. Ya ha alcansao el grao de capitan, y las notisias que he resibió últimamente, es que caa dia se cata el afeuto del general Ricardos, y quién sabe si andando er tiempo será tambien un general, que de ménos nos hiso Dios. Vamos, que estoy eseando que güerva pa que con Lolilla vaya á la iglesia y me los trinque el cura por el piscueso y les diga los laitines.

—No se entregue Vd. tan pronto á la alegría.

—¿Por qué?

—Porque tal vez no sea tan fácil como Vd. supone que se realice ese enlace.

—Los chicos se quieren, yo les doy mi bendision y...

—Sí, pero tal vez el padre de Lola no dé su consentimiento.

—¿Acaso se deshonrará su hija casándose con mi Antonio?

—No es eso, pero...

—Mire Vd., yo soy mu franco, y si á ver fuéramos ciertas cosas... Al fin mi Antonio es hijo de ligítimo matrimonio, al paso que Lolilla es hija del pecao. Su pare será too lo marqués que quiera; pero es soltero, y esa niña es el fruto de unos amores de contrabando.

—Algo he oido.

—Clarito; su madre era una infelis de mi tierra, del barrio de San Bernardo; murió, y mi mujersita, que tiene un corason como no hay otro, se compaesió de la probe criatura y la arrecogió. Dempues, en casa ha

vivió con nosotros, se la ha educao en el santo temor de Dios, y me paese á mí que el pare que la abandonó no tendrá derecho alguno pa impedir la boda.

—¿Dónde está el marqués del Puente?

—Disen que ha salío pa Méjico.

—¿Y su madre y Dolores?

—Esas se han díó á una posesion que tiene la marquesa yo no sé dónde; pero vendrán pronto, segun disen.

—¿Vd. no ha oido hablar de la marquesa de la Llana?

—No, señor.

—Pues bien, esa es una mujer intrigante, ambiciosa, sin corazon, que ha sabido que el marqués ha heredado una pingüe fortuna y trata de catequizarle para que la haga su esposa.

—¿Y á mí qué?

—Que Vd. tiene que estar muy sobre aviso, porque si se efectúa esa boda, esa mujer, á quien domina el orgullo de raza, hará cuanto esté de su parte para impedir el enlace de Antonio y Dolores.

—Lo que Vd. me ise es pa golverse loco un cristiano. Mi hijo moriria de dolor.

—Tranquílcese Vd.; yo le ayudaré, y por de pronto voy á ver á mi antiguo compañero y amigo el duque de la Alcudia para ver si puedo pasar al ejército de Méjico. Tengo una cuenta pendiente con el marqués del Puente y ¡vive Dios! que nos hemos de ver las caras.

—Pues buena suerte, y Vd., que es mi amigo, haga cuanto puea pa estorbar que se oponga ese mardesío marqués á la felisiá de mi hijo y Lolilla.

Se estrecharon afectuosamente la mano y Filiberto se dirigió al palacio del duque de la Alcudia mientras que Pepe-Hillo, hondamente preocupado con lo que acababa de oír, caminaba hácia su casa

## II.

Cuando llegó encontró llorando á María del Pópolo.

—¿Qué te pasa, mujersita mia, que te veo tan affigia?

—¡Ay, Joselillo de mi alma, y qué desgrasiao somos!

—¿Qué dises? Acaso nuestro hijo Antonio... habla pronto, porque paese que se me ha atravesao una espina en el corason.

—No es eso, José; á Dios gracias, nuestro Antonio seguía sin noveá cuando de él tuvimos notisias la última vez, y yo espero que la Santísima Virgen oirá mis súplicas pa que salga sano y salvo de la guerra.

—Pus entonses no sé...

—Acabo de resibir una carta; Frasquito me la ha deletreao y su contenío me ha llenao de tristesa.

—¿Pus qué dise esa carta?

—Léela, léela.

—Si ya sabes que me estorba lo negro; pero calla

que aquí viene quien podrá sacarnos del compromiso, añadió al ver entrar á su discípulo.

Este leyó la carta, que decia así:

### III.

«María: si como madre cariñosa desea Vd. conservar la vida de su hijo Antonio, procure Vd. por cuantos medios estén á su alcance que olvide á Dolores.

»Hay personas que tienen grandísimo interés en que no se efectúe el enlace proyectado, y si él persiste en su empeño, el día ménos pensado, bien donde se halla, bien cuando regrese aquí, le quitarán de en medio.

»Yo bien comprendo lo difícil que es convencer á un jóven enamorado para que renuncie á sus ilusiones; pero en el corazon de una madre amante y cariñosa como Vd., hay bastante elocuencia para conseguirlo.

»No firmo esta carta porque si lo efectuase querria Vd. hacerme preguntas á las que por ningun concepto podria contestar.

»Valor y mucha actividad porque los instantes son preciosos.»

### IV.

—Esa es una infamia, exclamó Pepe-Hillo cuando terminó la lectura de la carta, y me paese á mí que si encuentro al que dirige esa trama, mala corná me dé un toro si le dejo un hueso sano.

—Mira, José, lo primero es la vida de nuestro hijo.

—Está tranquila respecto de eso; el chico es valiente, y como tiene la consiensa tranquila, al que se presente lo espabila. Lo que yo deseo, como he dicho, es descubrir á los que dirigen la intriga.

## V.

Se quedó pensativo y despues de una breve pausa:

—¡Ah, que ideal! Ahora recuerdo lo que me ha dicho el señó Filiberto, ese guardia tan buen mozo que siempre anda en lios con mujeres... Milagrillo será que no anden en el belen los marqueses del Puente y de la Llanana. Como yo me vea con ellos, de un modo ó de otro se arreglará tóo.

—José mio, no te presipites; más vale que vayas á pedir consejo á tu virtuoso amigo el guardian de San Fransisco.

—Es una buena idea; es hombre de mucho pesqui; nos quiere de veras y él me aconsejará lo que conviene.

—Pues no pierdas tiempo; yo entre tanto pediré á la Virgen que nos saque de estas tribulaciones.

—Y yo por el camino le resaré una Salve y ofreseré un manto nuevo á la Virgen de la Paloma si se conjura esta tempestá que nos amenasa.

Acompañemos al torero al convento, en tanto que su mujer buscaba alivio á sus penas en los inefables consuelos de la religion.

### CAPITULO XIII.

#### Una visita al guardian de San Francisco.

##### I.

Atravesaba el famoso diestro los magníficos claustros del convento de San Francisco para dirigirse á la celda del padre guardian, cuando un lego saliendo á su encuentro,

—D. Pepe, D. Pepe, le dijo, salude Vd. á los amigos.

—No habia visto á Vd., fray José, que de otro modo no pasaria yo sin estrechar la mano de quien tanto quiero.

—Precisamente despues del refectorio iba á ir á buscarle.

—¿Pus qué ocurre?

—Que el *Tratado de tauromáquia* se está imprimiendo y pronto se pondrá á la venta.

—Y hará furor; yo, aunque esté mal el desirlo, creo que sé algo de toros, y con las ideas que le he apuntado, Vd., que escribe mu florío, habrá hecho una cosa güena... Pero me ocurre una oservasion.

—Vd. dirá.

—¿El libro va á llevar mi nombre?

—Naturalmente.

—Pero, hombre, los que me conosen y saben que no sé ni el *Cristus*, no van á creer que yo he escrito la obrilla.

—Error, D. José, error; sabido es que los que nacen en países meridionales tienen una imaginacion más viva, y además por escribir una obra no se entiende materialmente la parte mecánica de la escritura, sino el ordenar las ideas. Lo primero lo hace el escribiente; lo segundo, el escritor.

—Eso me tranquilisa, porque, la verdá, como muchos me tienen invidia, podia salir por ahí algun pelon con una toná disiendo que si yo no era el autor, que si fué, que si vino.

—Esté Vd. tranquilo respecto de ese punto, y empiece ya á comprender la celebridad que va á adquirir su nombre en España cuando se sepa que Vd. publica un tratado único en su género y que viene á cimentar sobre bases muy sólidas una diversion que por sus tradiciones, por los lances que entraña, por su originalidad es el asombro de cuantos extranjeros visitan nuestra patria.

—Fray José, que ucé era mi amigo, ya lo sabia yo; pero er favor que acaba Vd. de ispensarme escribiendo er libriyo es superior á cuanto pudiera isirle. Lo sierto es que me voy á colocar á la altura de toos esos escritores sélebres como D. Ramon de la Cruz, Menendez Valdés, D. Gaspar Melchor Jovellanos, y voy á ser, por arte de birli-birloque, su... ¿cómo le disen?

su compañero, esa es la idea; pero no le disen así, su...

—Su colega.

—Ajajá. Y si viera Vd. en qué circunstancias va á venir er librito... Ya habrá Vd. sabío que mi hijo Antonio se está portando en la guerra como un héroe.

—He leído varias *Gacetas* que así lo demuestran.

—Tampoco ignorará Vd. que en terminando la guerra se casará con Dolorsillas, que aquí pa' entre los dos, es casi marquesa.

—Algo he oído.

—Pues bien, si los padres de la chiquiya arreparan en que dé la mano á un hijo de un torero, me paese á mí que tratándose de un escritor... Vamos, que se darán con un cantito en los pechos. Además que mi Antonio no está desnudo, y su padre, Dios mediante, va á ganar mucho parné esta primavera. No es fantesía lo que voy á isir á Vd; pero no sé cómo arreglarme pa estar en toas las plasas donde quieren que toree. Me han avisao pa Málaga, Cádiz, el Puerto, Sevilla y no hay tiempo material estando comprometío en Madrid, á no ser que se varíen los dias de las funciones. Quiero ganar mucho dinero pa comprar lo primero á mi Antonio un coche de coyeras, ¡qué diantre! quiero que brille el chiquiyo. Pero me estoy distraiendo del oje-to prensipal que me ha traío al convento. Fray Aniseto, hasta dempues, que voy á ver al pae guardian.

—Vaya Vd. con Dios, D. Pepe.

## III.

Pepe-Hillo, olvidando por un momento las penas que le devoraban, radiante de satisfaccion al pensar que su nombre se haria inmortal con su *Tauromáquia*, entró algo más tranquilo en la celda del padre guardian.

Le besó la mano segun tenia por costumbre, aceptó un polvo de rapé que le ofreció el reverendo y abordó la cuestion que allí le llevaba en los siguientes términos:

## IV.

—Padre, hoy, como siempre que estoy lleno de angustia, vengo á buscar en los consejos de Vd. el alivio á mis penas.

—Ya sabe Vd. amigo mio, que yo estoy siempre dispuesto á consolar al triste, cumpliendo así la mision á que estoy consagrado.

—Pues es el caso que mi Mariquiya ha resibido una carta de esas sin firma... ¿cómo le disen? un...

—Un anónimo.

—Eso; y la carta resa que es presiso que mi Antoniyo no se case con la mujer que idolatra, y que, si persiste en ello, el mejor dia al golver de una esquina me lo escabechan. Su probe maresita está con el corason como un alfeñique, y yo, aquí donde Vd. me ve, me susede lo mesmo.

—Y al decir esto dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas del torero.

—Calma, Sr. José, calma, y tenga Vd. en cuenta que esos disgustos que Vd. sufre son pruebas á que Dios nos somete para que expiemos nuestras culpas. Además, si yo no temiera ofender á Vd.

—Vd. no puede ofender, padre mio.

—Pues bien; si no temiera ofender á Vd. le diria que aconsejase á su hijo que desistiera de ese enlace.

—¿Poi qué?

—Porque no puede haber felicidad para él en el porvenir.

—Si los chicos se idolatran...

—No constituye la felicidad en el matrimonio la impetuosidad de la pasión. Al sensualismo grosero de los sentidos reemplaza, ó mejor dicho, debe reemplazar la apacible tranquilidad del afecto; y esa tranquilidad no puede existir cuando en los cónyuges existen diferencias de cuna, de educación ó de carácter.

—Bien dicen que no se acuesta uno nengun dia sin deprender algo nuevo; yo ignoraba que las señás marquesas tuviesen otro aquel que las probes, y por eso me paesía que un moso como mi Antoñiyo, que quiere á Dolorsitas con las entretelas de su corason, podria haserla feliz, replicó con sarcasmo Pepe-Hillo.

—Su hijo de Vd., Sr. José, tiene condiciones para

hacer feliz á una mujer; pero créame Vd., él no lo sería con esa muchacha.

—Si es un ángel.

—Sí, pero hoy que está enamorada la pasión acalla el orgullo de su linaje; cuando haya pasado la primera alborada, cuando trate de presentarse en sociedad con su marido, no tenga Vd. la menor duda de que se acordará de la profesión de su padre, y como no faltarán personas que á título de amigas le hagan ver la diferencia de clase, algun día en uno de esos momentos que turban la tranquilidad de los esposos le echará en cara el sacrificio que ha hecho casándose con él.

—Vamos, que lo que acaba Vd. de isirme no me lo diría el mayor amigo. ¿Acaso mi hijo no es honrao? ¿Acaso yo he cometido alguna de esas fartas que avirguensan á un hombre? Mi hijo se ha conquistao una posicion brillante con su valor, se ha ennoblesío... Y si á dinero vamos mi hijo no es ningun pelon, que casas tengo yo en Sevilla y más dinero que algunos que andan vendiendo fantesía.

—Todo eso está muy bien; pero el mundo es injusto y no prescinde de ciertas preocupaciones.

—En fin, dígame su mersé lo que debo háser.

—Lo primero averiguar dónde se halla la marquesa del Puente.

—¿Y dempues?

—Hacer que María del Pópolo vaya á verla. Las mujeres se comprenden mejor, y esté Vd. seguro que lo que ella no alcance no lo conseguiría Vd.

—Pepe-Hillo se quedó pensativo un momento, al cabo del cual:

## VI.

—Me paese muy bien lo que Vd. dise; pero ¿cómo sabré yo dónde está la señá marquesa? Ya he preguntao en su casa y naide da rason.

—Vaya, vuelva Vd. por aquí dentro de tres ó cuatro dias que yo lo averiguaré.

—Que Dios conserve la via de vuesa reverensia pa consuelo de los afligíos, dijo el torero despues de besar la mano al padre guardian, y se retiró de su presencia.

El héroe de nuestra historia volvió á su casa, refirió á María del Pópulo lo que habia pasado en la entrevista que acababa de celebrar, ella aprobó el consejo del reverendo y comenzó á hacer los preparativos del viaje para ponerse en camino en el momento en que se supiese dónde residia la marquesa.

## VII.

Cuando espiró el término señalado fué Pepe-Hillo al convento, y el padre guardian, que como habrán comprendido nuestros lectores estaba en inteligencia con los marqueses del Puente,

—No tiene necesidad su mujer de Vd. de moverse de Madrid para ver á la marquesa. De un dia á otro regresará y puede ir á su casa.

—¡Gracias, padre! que Dios nos ilumine.

VI  
CAPITULO XIV

Una alegría inesperada.

Preocupado Pepe-Hillo con lo que le pasaba, sintiendo esa opresion en el alma que anuncia algo funesto, se dirigia á su casa, y tan distraido iba que no notó que pasó á su lado D. Filiberto Ruiz.

Pero el bizarro guardia, acercándose á él y apoyando familiarmente una mano en la espalda,

—Sr. José, salude Vd. á los amigos, y mucho más nen á darle una buena noticia.

VII  
II.

Y sin dar casi tiempo al torero á que le contestase, sacó de uno de sus bolsillos un periódico, y mostrándosele,

—Escuche Vd. lo que dice *El Mercurio*.

—¿Es argo de la guerra?

—Sí señor; y para Vd. será una satisfaccion el escuchar lo que dice de su hijo Antonio.

—Pues ande Vd., que estoy en áscuas. La Filiberto desdobló el periódico y leyó lo siguiente:

III.  
«La historia del reinado de Carlos IV hará pasar á la posteridad muchos nombres esclarecidos que hace poco se encontraban olvidados, pero que gracias á sus gloriosos hechos serán inmortales.

«Si fuéramos á ocuparnos de todos los episodios de la campaña que venimos sosteniendo por la honra é independencia de nuestra querida pátria, hechos muchos de ellos dignos de los grandes tiempos de la Frena, necesitaríamos un tiempo y un espacio del que no podemos disponer.

»Pero cumpliendo la palabra que hemos dado á nuestros suscritores de reseñar, siquiera sea brevemente, lo más notable de la guerra, vamos á referirles la hazaña, que así debe llamarse, llevada á cabo por el bizarro capitán D. Antonio Delgado.

»Este pundonoroso oficial se encargó una noche de las más crudas del presente mes de sorprender y destruir el parque de reserva que tenía Augereau en el Plá del Coto, entre Bellegarde y Figueras.

»Bastáronle para esta hazaña unos mil voluntarios de los tercios de Cataluña y doscientos somatenes.

»Este nuevo Leónidas hizo la postrer cena en compañía de sus jefes, y despues de brindar por su rey y por su pátria, partió derecho al Plá del Coto con sus

valientes esparciatas, atravesó el Muga con el agua hasta la cintura, trepó sendas y precipicios, llegó al parque sin ser sentido, cayó sobre el enemigo, mató al comandante, y mientras unos peleaban, otros clavaban los cañones y preparaban el incendio. Otro jóven tambien muy bizarro que iba á sus órdenes, llamado Tenreyro, pereció en la refriega; pero D. Antonio Delgado hizo rendirse á los que en la brigada enemiga escaparon de las bayonetas, y siguió la heróica empresa todo el tiempo que fué dable, sembrando la alarma á pocos pasos en el campamento enemigo.»

—¡Ay, señó Filiberto de mi arma, déjeme Vd. que le estreche en mis brazos, porque la felisiá inunda mi arma! Bendito sea Dios, que premite que un hijo mio haiga hecho esa hombrá... Si le igo á Vd. que él chiquiyo tié que dar que jablar más que paese.

Y al pronunciar estas palabras, lágrimas de ternura paternal, de orgullo, inundaban su rostro.

#### IV.

—«El campamento enemigo, prosiguió Filiberto, se componia de diez mil hombres, que eran franceses y no moros. En los tiempos del Cid se contaria este hecho como una maravilla; y, sin embargo, estos bravos eran soldados y adalides de los tiempos de Cárlos IV.

»Percieron en la empresa unos cincuenta. Los demás volvieron salvos á los reales del ejército y trajeron mas de cien prisioneros.»

—Y lo sé; y Vd. comprenda que nunca me he  
 ánimo... Y cuando es la V....

—Dentro de breves días; y tengo en mi poder una  
 —Miste, señó Filiberto, la lectura de ese papel me  
 hace recordar una dua que yo siempre he tenío y que  
 osté me va á aclarar.

—Veamos.

—¿Vd. sabe si el Cid estuvo en Sevilla en alguna  
 ocasion?

—¿Por qué dice Vd. eso?

—Poi que más de cuatro veces al verme á mí en la  
 plasa los afisionaosirme derecho al toro y plantarme  
 elante de él pa darle mulé, he oio desir: «Ese hombre es  
 más valiente que el Cid,» y no tendria naa de extraño  
 que yo llevase sangre en mis venas, y que por consi-  
 guiente, mi Antonio...

—Tal vez, se limitó á contestar Filiberto no pudien-  
 do contener la risa que le provocaba la pregunta del  
 torero.

—Y hablando de ca cosa un poco, ¿consiguió us-  
 ted del señó duque de la Alcudia que le mandase al ejér-  
 cito de Méjico?

—En cuanto le indiqué mi deseo se apresuró á com-  
 plaserme.

—Vamos, que el sueldo será una cosa más que ri-  
 gular.

—Nunca he sido ambicioso, y Vd. sabe muy bien  
 que no es el vil metal lo que me anima á emprender la  
 expedicion.

—Ya lo sé; y Vd. comprenderá que nunca fué mi ánimo... ¿Y cuándo es la marcha?

—Dentro de breves dias; ya tengo en mi poder una carta de mi amigo Godoy para el Virey, para que la presente y me ponga á sus órdenes.

—Pues que sea enhorabuena, y que realice Vd. too cuanto proyecta. ¡Dios quiera que yo tambien sarga del laberinto en que nos ha metió esa marquesa de los demonios, y que mi Antonio, al gorver vitorioso halle en su enlase con Dolorsillas er premio de su heróico valor y de los sacrificios que ha hecho por la independencia de nuestra quería patria.

—Así sea.

## VI

Los dos amigos se abrazaron de nuevo, y cuando iban á separarse:

—Miste, señó, Vd. dirá que es una fantesía mia, pero quisiera que me diese ese papel pa yevarlo á mi casa pa que se entere mi mujé, y dempues ponerlo en un cuadro pa que too er mundo sepa lo que es mi Antonio.

—Es muy natural lo que Vd. desea, y puede estar seguro de que si no le ofrecí el periódico antes, fué porque me olvidé de ello.

—Pues mil gracias, y déjese Vd. ver el dia de la marcha.

—Siempre pensé despedirme de tan buen amigo.

## VII.

Pepe-Hillo entró triunfante en su casa con el periódico en la mano; uno de la cuadrilla lo leyó á María del Pópulo, y despues de la expansion natural en aquellos padres que tanto querian á sus hijos, refirió Pepe-Hillo á su mujer lo que le habia dicho el padre guardian respecto al regreso de la marquesa del Puente.

—La Virgen ha oído mis súplicas, dijo aquella virtuosa mujer; no pues figurarte lo que me alegra esa noticia, porque me hubiera sido muy doloroso separarme de tí en los pocos dias que faltan para que tú salgas á cumplir los compromisos que tienes pendientes con algunos asentistas.

—Tenga Vd. la bondad de anunciarle que María del

Pópulo, la esposa de Pepe-Hillo...

—No se cansa Vd. de repetir que no está visible

para nadie.

—Suplico á Vd. que le pase recado. Fray Melion,

el guardian del convento de San Francisco, me ha in-

dicado...

—Si Vd. es la recomendada de Fray Melion, puede

pasar desde luego. Mi señora la aguarda.

## CAPITULO XV.

### Una pildora dorada.

—La señora no recibe á estas horas; hace un momento que ha regresado de su viaje y está descansando, decia un fámulo, con esa grosería innata en los de su clase, á María del Pópolo, que acongojada, febril, impaciente, llegaba como sabemos á la morada de la marquesa del Puente para ver si conseguia despertar en el ánimo de la aristocrática dama los buenos sentimientos é inclinaba su ánimo en favor de su hijo Antonio para que no se opusiera al enlace en que el valiente jóven fundaba todas sus ilusiones.

—Tenga Vd. la bondad de anunciarle que María del Pópolo, la esposa de Pepe-Hillo...

—No se canse Vd., señora; mi ama no está visible para nadie.

—Suplico á Vd. que le pase recaó. Fray Meliton, el guardian del convento de San Francisco, me ha indicado...

—Si Vd. es la recomendada de Fray Meliton, puede pasar desde luego. Mi señora la aguarda.

Y el servil astur se deshizo en cumplimientos para disculparse por su grosería; pero María del Pópolo, sin hacerle caso,

—Avisé Vd. mi llegada á la señá marquesa.

II. — Yo creo, por el contrario,

El criado volvió un momento despues y acompañó á la afligida madre al gabinete de la aristocrática dama.

Saliendo ésta al encuentro de la esposa de Pepe-Hillo:

—Pase Vd., hija mia, pase Vd., que ansiaba verla.

—Gracias, señora, gracias.

—Mi muy amigo fray Meliton, el guardian del convento de San Francisco, ese santo varon que cifra toda su dicha en enjugar las lágrimas de los que sufren, me anunció ayer que vendria Vd. á verme, aunque sin decirme el objeto de su visita. Yo, que deseaba vivamente conocer á Vd., que ansiaba estrechar la mano de una persona tan digna, tan caritativa, tan virtuosa, dí órden á mis criados para que á no ser á Vd. no permitieran entrar á nadie, con objeto de que cuando llegara pudiera yo consagrarme á Vd. por entero.

—¡Ah! ¡cuánto agraesco lo que Vd. me dise, señá marquesa; y mi agraesimiento es tanto mayor cuanto que veo en sus bondades una esperansa de buen éxito respecto á la comision que aquí me ha traído.

—Hable Vd. con franqueza.

—Pues bien, señora; Vd. sabe que yo tengo en la guerra un hijo llamado Antonio.

—Efectivamente; y por cierto que es un bizarro joven, modelo de valientes. Ayer precisamente he leído en *El Mercurio* un hecho heroico llevado por él á cabo. ¡Oh! ¡indudablemente la suerte le reserva un gran porvenir.

—Yo creo, por el contrario, que ha de ser muy desgrasiao.

—¿Desgraciado?

—¡Oh! mucho.

—Explíquese Vd., amiga mia.

—Mi hijo guarda en su pecho una pasion que le ha de haser infeliz.

—A su edad, señora, las pasiones son relámpagos que no dejan huella alguna. ¿Amará y no será tal vez correspondido? ¡La historia de siempre! En la juventud, cuando por decirlo así aun no se ha formado el corazon, cuando solo se vive de impresiones del momento, se disipan estas y se suceden con una celeridad pasmosa. ¿Quién no habrá pensado en esa dichosa edad que no hallaria felicidad sino con la persona que por primera vez hizo vibrar su corazon? Y sin embargo, si consultásemos á todos los que se han casado, dificilmente encontraríamos uno que haya realizado lo que podriamos llamar el primer sueño de amor.

### III.

Estas reflexiones hicieron comprender á María que su interlocutora adivinaba el punto á que queria llevar

la conversacion, y auguró muy mal del éxito de su visita.

Pero como no era posible retroceder, como su cariño de madre le impulsaba á jugar el todo por el todo para saber á qué atenerse, aunque para ello tuviera que apurar la copa del dolor.

IV.

— Puedo asegurar á Vd., dijo, que en mi Antonio concurren circunstancias por las que no se le può comparar con los demás amantes.

Y como si esta confesion hubiera aumentado la tristeza de su alma, hizo una breve pausa y añadió:

— Me explicaré. Primeramente, no solo es acogió su amor por la presona á quien le dedica, sino que ella le corresponde con alma y vida. Además, no es la impresion de un momento la pasion que le devora: es la consecuencia del trato íntimo, de contemplar por espacio de mucho tiempo á la presona adorá, de haber estudiao su carácter, sus sentimientos; de haber vivió la misma vida, de hallar paridad de ideas, inclinaciones... Vd. sabe mu bien el tiempo que Dolores ha estao en nuestra compañía, y ella y mi Antonio han cresió juntos y el amor se ha infiltrao en su alma de una manera que ná ni naide podrá borrar, sin que al intentarlo cause su desgrasia.

## V.

Hablaba con tal vehemencia María del Pópulo, su voz expresaba de tal modo la angustia de su corazón, que la marquesa, á pesar de estar preparada para aquella escena, á pesar de su mucha práctica para salir airosa en las circunstancias más difíciles, estuvo á punto de dejarse llevar de la emoción que le producian las palabras de la angustiada madre.

Pero reponiéndose y con una sonrisa bondadosa:

## VI.

—Vd. exagera, mi buena amiga. No es esto decir que Dolores no sienta hácia su hijo un entrañable afecto; pero ¿puede traducirse esto en amor? El amor de los jóvenes es duradero como la vida de las flores: apenas nace, muere.

—¿Que Dolores no ama á mi hijo...! Vd. misma está persuadida de ello, y buena prueba es que pa ver si la ausencia le hace olvidarle...

—¿Alude Vd. á la separacion que se ha efectuado?

—Sí, señora.

—No ha sido esa la causa.

—¿Pus qué otra ha podido influir pa esa determinacion?

Pero Dolores, que por sus circunstancias está llamada á brillar en el gran mundo necesita adquirir ese refinamiento, por decirlo así, en su modo de ser, que solo

—La marquesa se mordió los labios porque no sabia qué responder, pero de pronto:

—No me atrevia á decir á Vd. la causa por temor de inferirle un agravio.

—Hable Vd., que jamás podrá ofenderme una persona que tanta estimacion y respeto me merese, repuso con la mayor humildad.

—La sinceridad de Vd. me obliga á ser completamente franca. Si hemos separado á Dolores de su lado es porque al fin y al cabo es hija de un marqués, y como usted comprenderá, es preciso que reciba una educacion esmerada.

María del Pópulo, que recordó en aquel momento los sacrificios que habia hecho por su hija adoptiva, y veia que no solamente eran olvidados, sino que se le queria dar á entender que habia descuidado la educacion de la niña,

—Pero el padre de la niña me ha impuesto la necesidad de que Vd. compa-

### VIII.

—A nuestro lao, exclamó con la mayor amargura, no ha visto ná de que pueda avergonzarse, y además me paese que ha aprendió cuanto pudiera desear la señorita más exigente.

—No ha sido mi ánimo ofeñder á Vd. en lo más mínimo. Bien sé que su hogar es modelo de virtudes...

Pero Dolores, que por sus circunstancias está llamada á brillar en el gran mundo, necesita adquirir ese refinamiento, por decirlo así, en su modo de ser, que solo se consigue alternando con personas de su clase. Así, pues, hemos determinado ponerla en un convento donde concurren como educandas las hijas de nuestra aristocracia, y á su lado adquirirá ese buen tono, esa elegancia, ese no sé qué... que distingue á las clases elevadas.

Este era un nuevo dardo dirigido al corazón de la esposa de Pepe-Hillo.

Pero, como ya hemos dicho, tenía fuerzas bastantes para apurar hasta el fin el sufrimiento, y sin darse por ofendida, con voz suplicante:

## IX.

—¿Y podría yo saber, añadió, en qué convento ha ingresao Dolores?

—Daria la mitad de mi vida por poder contestar á usted. Pero el padre de la niña me ha impuesto la mayor reserva respecto de ese punto, y Vd. comprenderá...

—Comprendo, en efeto, ó mejor dicho, comprendia antes de venir aquí lo que iba á escuchar.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Que hase pocos dias he resibío un anónimo en el que se me desia que habia presonas que tenian un vivo interés en que mi Antonio no se casase con Dolores,

que desistiese de su empeño, y que tuviese en cuenta que si se obstinaba en dicho enlace temiese por su vida:

—¡Qué infamia! dijo aparentando la mayor indignación la marquesa. Pero Vd. me ofende sobremanera al creer encontrar relación entre ese anónimo y lo que estábamos hablando.

—Dispense Vd., señá marquesa; pero sufro tanto, que no sé ni lo que digo, ni lo que pienso.

Y deseando poner término á aquella entrevista por lo dolorosa que era para ella,

## IX.

—Ahora, señá marquesa, añadió, ya que pierdo toa la esperanza que me animaba al venir aquí, permítame Vd. que me retire.

—No se deje Vd. dominar por el dolor. Quién sabe si algun dia... Con fuerza de voluntad, una madre lo puede todo.

—¿Qué quí Vd. desir?

—Su marido de Vd. es un hombre honrado, pero el arte á que se dedica será siempre un obstáculo para el enlace de Dolores. ¿Qué diría la buena sociedad cuando supiera que la hija de un marqués daba su mano al hijo de un torero?

—¡Ah, yo creía que en el mundo bastaba ser honrao, haber adquirío con el trabajo una posición desahoga, pero veo que me equivoco!

—El mundo es ciertamente injusto; pero ¿qué quiere

Vd.? No podemos prescindir de ciertas leyes, que serán tal vez preocupaciones.

—Pus al precio que Vd. indica, jamás alcanzará mi hijo la felisiá. Su padre esta enorgullesio con la popularidá que ha alcansao en las lides taurinas, y más aun al ver que su conduta intachable le ha granjeao el apresio de muchas presonas de las primeras familias de España. El mismo duque de Osuna, que frecuentemente le sienta á su mesa, que se complase en hablar con él de los mil episodios de las lides taurinas, le habia prometió ser el padrino de la boda el dia en que mi hijo tornara de la guerra.

## X.

La conversacion fué interrumpida por la llegada de un criado que anunció á la marquesa de la Llana.

Apenas entró esta:

—Tengo el gusto de presentarte, le dijo la del Puente, á María del Pópolo, la esposa del famoso torero Pepe-Hillo.

—Ansiaba conocer á una persona tan digna, y debo decir, en honor de la verdad, que el retrato que me habian hecho de su belleza era muy pálido respecto al original.

—V. E. me favorese mucho, dijo inclinándose María del Pópolo.

—Y ya que la casualidad me ha proporcionado la dicha de admirar á una persona cuyas virtudes, cuya ca-

ridad, cuyo acendrado amor hacía su esposo y sus hijos es proverbial, mi mayor deseo será que honre mi casa y me considere como su mejor amiga.

—Me confunde V. E. con sus bondades, y con el más profundo reconocimiento, séame permitido pedir licencia pa retirarme.

—¡Oh! en ese caso yo la llevaré á Vd. en mi carruaje. De ese modo podré retardar algo el momento de separarme de Vd.

—Y así diciendo, se despidió de la marquesa del Puente, y venciendo la timidez de María del Pópolo, bajó con ella la escalera y un instante despues subian al carruaje de la aristocrática dama.

## XI.

—No puede Vd. figurarse, le decia por el camino, lo que me gustan las lides taurinas. Bien es verdad que no hay espectáculo que las iguale. Ver que el valor y la destreza de un hombre hace humillarse ante él á un animal tan fiero como el toro, es admirable, y solo así se explica que no haya extranjero que al venir á nuestro país no fije especialmente su atencion en esas luchas, que son, por decirlo así, vivo reflejo de lvalor, de la entereza del corazon que, con orgullo podemos decirlo, se refleja en todos los españoles.

—Pus mire V. E. lo que son las cosas, la señá marquesa del Puente me aconseja que influya en el ánimo de mi marío pa que abandone esa profesion.

—¡Qué disparate! ¿Y por qué consejo tan absurdo? preguntó con la mayor sinceridad.

—Porque tengo un hijo que quiere casarse con Dolores, y como el padre de ella es marqués, dije que jamás perdonaría la buena sociedad que alternase con ella el desendiente de un lidiador.

—Esa es una opinión particular de la marquesa, que yo seré la primera en combatir. Por lo demás, la fama publica las hazañas de su hijo de Vd. en la guerra; es un joven muy bizarro, y aunque no tuviera otros títulos, que en él existen muy recomendables, bastarían los que ha adquirido recibiendo el bautismo de sangre al frente de los enemigos de nuestra patria.

## XII.

María del Pópulo, como madre cariñosa, agradeció con toda su alma estas palabras, y en su orgullo natural no pudo adivinar la falta de sinceridad de la que las pronunciaba.

El carruaje se detuvo á la puerta de la morada de Pepe-Hillo, y María del Pópulo, después de estrechar en sus brazos á la marquesa de la Llana, se despidió de ella.

El carruaje partió de nuevo.

María del Pópulo penetró en su casa.

## CAPITULO XVI.

Lo que se hace por un hijo.

—Mujersita mía, dijo Pepe-Hillo saliendo á su encuentro, ya estaba impasiente al ver que tardabas tanto. ¿Y qué tal, son güenas las notisias que ties que darme?

—¡Ay! Joselillo, no me atrevo á disirte en lo único que fundo mis esperansas.

—¿Qué es ello?

—De tí depende que se arregle la boda.

—¿De mí?

—Sí.

—Pus entonses, andandito.

—¿Me prometes que tú no serás un ostáculo?

—¿Chiquiya, te quies callar?

—Es que er sacrificio que te voy á exigir...

—No pronunsies esa palabra; ¿acaso naa de lo que haga un pare por su hijo pué ser sacrificio? Pero ante too, dime si has averiguao argo de Loliya.

—Loliya está en un convento.

—¿Te chanseas?

—Harto te dise mi rostro que no estoy pa gromas.

—¡Pero si me has dejao espatarrao con esa notisial ¡Loliya en un convento! ¿Y qué va á haser allí? Porque á la chica, si hemos de ser francos, no le tiraba mucho el ser monja.

—La han llevao á él pa educarla.

—¿Tan atrasá está? Y que oiga uno estas cosas despues de haber visto lo que ha deprendió esa claveyina... ¡Probesita! Se va á aburrir entre aquellas viejas tan arrugás, tan gasmoñas...

—Tú, sin embargo, podrás evitarlo.

—¿Cómo?

—Recuerda que has prometió haser cuanto te diga pa la felisiá de los chicos.

—Acaba, mujer, acaba.

—Pus bien, la marquesa, que hoy por hoy se niega á que Dolores sea esposa de nuestro Antonio, dise que si tú...

—Que si yo... ¿qué?

—Que si tú te retirases del toreo tal vez...

—No digas más, Mariquiya, que semejante proposicion me ensiende la sangre, y si no discurspase tu deseo de arreglar la boda...

—¿Vas á enfaarte conmigo?

—No; pero carcula lo imposible que eso es... Y ahora que voy á publicar un libro y voy á ganar más onzas con él... Y el dinero es lo de ménos... Voy á adquirir una importansia... Figúrate tu, naa ménos va

á ser este cura que un escritor, casi un presonaje.

—Sí, pero con toas esas satisfasiones, de que tú solo gosarás, nuestro Antoniyo será mu desgrasiao.

## II.

Pepe-Hillo, que habia notado en los ojos de su esposa algunas lágrimas que pugnaba por contener María, iba á darse por vencido cuando la llegada del lego, á quien ya conocemos, fué un refuerzo, por decirlo así, para que no se declarase en retirada.

—Mariquiya, añadió, aquí viene quien podrá tersiar en la contienda y dar la rason á quien la tenga.

—¿De qué se trata, Sr. D. José?

—Fray Niseto, Vd., que es hombre de pesqui y de buen sentío, dirá si es justo que yo me retire del toreo.

—De ningun modo... Por supuesto que Vd. no debe hacer caso; solo algun envidioso puede haber aconsejado esa atrocidad.

—Pus pa que Vd. se pasme voy á isirle quién ha sio...

—¿A que lo adivino?

—Me paese que no.

—¿Pedro Romero?

—Quiá.

—¿Su hermano...?

—Tampoco.

## III.

Y como viese que el lego se quedaba silencioso:

—No faitigue Vd. su caletre; quien me ha hecho semejante proposicion ha sio mi María del Pópolo.

—Jesús, María y José, exclamó fray Aniceto.

La esposa de nuestro héroe no desplegó los lábios.

¡Tan dominada se hallaba por el dolor!

Pepe-Hillo continuó:

## IV.

—Ya ves, mujer, como yo desía la fija.

—Vd., amigo José, continuó el lego, no puede retirarse del toreo porque es Vd. un hombre público.

—¿Ascuchas, Mariquiya?

—Y los hombres públicos no se pertenecen á sí mismos.

—¿Te enteras?

—Además, los que como Vd. han llegado á alcanzar cierto grado de popularidad no pueden prescindir de ciertos deberes, porque de otro modo pasarian por ingratos á los ojos de todo el mundo.

—¿Lo estás viendo?

María del Pópolo, que sufría lo que no es decible con aquella alegría que manifestaba su marido, se despidió del lego y se retiró para dar rienda suelta á su llanto.

Pepe-Hillo y fray Aniceto quedaron solos.

## V.

—Ahora que ya podemos hablar de nuestro asunto con toa franquesa, ¿qué se dise por ahí del libro?

—Sr. D. José, el libro hará furor.

—Cuenta Vd., comparito, lo que haya oio.

—Pasaba yo ayer por las gradas de San Felipe, cuando deteniéndome Ruperto, aquel cortador que se sienta junto al toril... ¿Se acuerda Vd.?

—¿No he de acordarme? Si no pierde corría...

—Pues bien, como iba diciendo, se acercó á mí y con mucho misterio,

—«Ahí va esa limosna, dijo poniendo en mi mano un peso de plata.

—»Dios se lo pague, contesté.

—»Vd. es hombre muy razonable, prosiguió, y va á contestarme á una pregunta.

—»Veamos, dije.

—»¿Es cierto que se está imprimiendo el *Arte del toreo*?

—»Y tan cierto que mañana se pondrá á la venta.

—»En ese caso diga Vd. á Pepe-Hillo que reserve un ejemplar para mí, porque según mis noticias se van á arrebatar.»

—¡Carambita! exclamó con la mayor satisfacción nuestro protagonista.

—Yo, continuó fray Aniceto, le ofrecí que le daría

el ejemplar en la primera corrida y se mostró muy agradecido.

—La verdá es que el libro tiene mérito. Y aluego la noveá... Naide se habia atrevío á reunir en un libro...

—La idea ha sido fecunda. Vd. sabe muy bien las mil disputas á que daban lugar ciertas suertes de la lida, porque no habia unas reglas fijas á qué atenerse, al paso que ahora...

—¿Pero el libro se ha puesto por fin á la venta?

—Ya sabe Vd. que ayer se presentó á la censura eclesiástica, y lo ménos han de tardar un dia los que le examinen para darle el pase.

Parecerá una exageracion á nuestros lectores lo que decimos respecto á la censura, pero se convencerán de su exactitud si tienen en cuenta la época á que nos referimos.

## VI.

Continuaban en sabrosa plática, siempre sobre el mismo tema, y no se daban traza de terminar, cuando la llegada del cartero les distrajo de su conversacion.

—D. José, dijo con alegría, hay carta para Vd.

—¿De estrangis?

—Sí señor; por la letra debe ser de su hijo.

—Pus lo ofresío es deuda: ahí van esos cuatro duros pa que vaya Vd. á la botiyería.

—Que haya buenas noticias; dijo el cartero retirándose.

—Estimando.

Pepe-Hillo abrió la carta y dándosela al lego,

—Hágame Vd. el osequio de ver qué me dise Antonio.

—Con mucho gusto, Sr. D. José.

La carta estaba concebida en los términos que van á ver los lectores en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XVII.

Donde Pepe-Hillo y su mujer descubren que lo que les hace tragar la marquesa es una pildora.

## I.

«Mis queridos padres: He recibido una carta de Dolores que ha llenado de angustia mi corazón. Dice que vaya corriendo para librarla de proyectos que respecto á ella tienen la marquesa del Puente y la de la Llana, proyectos que desconoce, pero que le hacen temer por nuestra felicidad.

»Yo bien sé lo difícil que es el que me concedan licencia en estas circunstancias; pero si Vd. ve al señor duque de la Alcedia, él lo puede todo.

»De cualquier modo, aunque sea desertando de las filas, yo voy á Madrid: no puedo vivir tranquilo con lo que me ha escrito Lolita. Envío la carta de esta para que Vd. la presente si es preciso.

»Mil abrazos á mis hermanitos, y sobre todo á mi madre, y Vd. sabe, padre mio, que le quiere con idolatría su

ANTONIO.»

## II.

—Y er condenao lo hará como lo dise. Capaz es de venirse andando el dia ménos pensao... ¡Y qué ingraton se ha güerto con esos maldesíos amores! Ni una palabra nos dise de sus hasañas... Pero ¡qué diantre! A su edad, cuando pica el bichiyo en el corason, se orvia tóo lo demás. —Ea, haga osté el favor por completo. A ver qué dise la carta de Loliya.

—Escuche Vd.

Y el lego leyó:

## III.

«Antonio de mi vida: Hace dos dias que vine á un pueblo, cuyo nombre ignoro, con la marquesa de la Llana y mi abuelita la marquesa del Puente.

«Me preguntaron varias veces que si persistia en la idea de casarme contigo; contesté que sí, y aunque procuraron disuadirme con ruegos primero, con amenazas despues, yo juré que pasaria por todo ménos por renunciar á ser tu esposa.»

—Vamos, que la chiquiya escribe de perlas; ¿qué particular es que mi Antoñiyo esté chalao?

Fray Aniceto conti nuó:

## IV.

«No insistieron, pero me dejaron anunciándome que necesitaba permanecer en el convento una larga tem-

porada, hasta que tú regreses de la guerra á lo ménos, para perfeccionar mi educacion. ¡Figúrate qué tontería! Yo tengo bastante con saber amar á mi Antonio de mi alma, y eso no me lo han de enseñar en el convento.

»De todos modos, yo esperaría todo el tiempo que fuera necesario, si no hubiera descubierto por algunas palabras que me ha dicho la superiora, y otras que he oído á algunas de las madres, las cuales en sustancia vienen á demostrarme que el proyecto de la marquesa del Puente, que se toma mas interés por mí del que parece natural, no es otro que apartarme para siempre de tu lado.

»Estoy atemorizada, porque si tú no acudes en mi auxilio, son capaces de tenerme aquí toda la vida.

»Dos ó tres veces ha intentado ya la superiora demostrarme que siendo yo hija de un marqués debo aspirar á casarme con una persona de mi misma clase, y habiéndole yo manifestado que eso no lo conseguiría de mí nadie en el mundo:

—»Pues, hija mia, me dijo, ya tienes para rato en el convento.

»Me eché á llorar, y he pasado muchos dias y muchas noches con los ojos llenos de lágrimas.»

—¡Pobresita de mi arma, dijo Pepe-Hillo pasándose el revés de la mano por los ojos; si no lo viera, no lo creería!

—Pues carta canta, dijo el lego.

—Ande osté, fray Aniseto, acabe osté de darme el escopetaso.

—Ya queda poco.

—Pus lo tragaremos de un sorbo.

El lego prosiguió:

## V.

«No te puedes imaginar, Antonio mio, lo que he trabajado para encontrar el medio de hacer salir esta carta del convento; todas las puertas se me cerraban. He intentado entenderme con algunas de las legas, y todas han rechazado mis proposiciones.

»Al fin y al cabo creo que he encontrado lo que buscaba.

»Un arriero que suele traer al convento provisiones, trajo una carta para la superiora; ésta la contestó, y me dijo por hallarme á su lado: «Lleve Vd. esta carta á la tornera para que la entregue al arriero y la ponga en la estafeta del pueblo.» Y como la tornera no sabe leer, la trasmití la órden de la superiora, pero en vez de su carta puse la mia.

»No me he atrevido á leer la que me dió la superiora, pero la guardo, y cuando tenga valor la leeré. No sé por qué me figuro que se ha de hablar de mí. Está dirigida á la marquesa de la Llana.

»Si se me presenta otra ocasion, escribiré á tus padres.

»Estoy resuelta á salir de aquí, y con el primero que venga me marchó.»

## VI.

—¡Digo, si tiene genesillo la chica! ¡Y es capaz de de haser lo que dise!

—Hará muy mal, dijo fray Aniceto; y Vd. y su hijo incurrirían en penas graves si intentaran siquiera sacarla de aquella santa casa.

—Pero diga osté, camará, ¿es cosa de que la chica se quee pa vestir imágenes?

—No señor; pero por otros medios...

—Está visto que la señá marquesa de la Llana nos la quie pegar, y lo que es á este cura, ni ella ni otra que calse más puntos le pué jugar una mala pasá... Pero dise Vd. bien; lo mejor es irse por er camino erecho. Que venga Antonio, que se presente al pare de la chica, y como Dolorsijas se pirra por él... el refran lo dise, pare: lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

—No siempre, hermano.

—Naa, naa, lo dicho; me voy á ver ar duque de la Alcudia.

—Eso está bien pensado.

—Y como él es un hombre mu echao pa alante y comprende mu bien esas cosas de amoríos...

—Yo lo creo, y tanto como las comprende.

—Hermano, no sea malisioso.

—¿Yo? ¡Dios me libre! añadió fray Aniceto santi-  
guándose.

—María, María, dijo Pepe-Hillo llamando á su mujer.

—¿Qué es lo que quieres?

—Me najo.

—¿A dónde?

—Voy á dar un paseo con el hermano.

—¿Qué, no le dice Vd...? murmuró fray Aniceto al oído de Pepe-Hillo.

—No señó. ¡Bah! ¡Pus poquito que se afigiria la infeliz! Esas son cosas pa nosotros.

—Me alegro que me lo advierta Vd., porque si no...

—¿Andan Vds. con secreticos? dijo María.

—¿A que no sabe Vd. lo que me estaba diciendo don José?

—Alguna marrullería.

—Pues me decia: Mire Vd. á mi mujer. ¿No es verdad que es la moza más guapa que se pasea por Madrid?

—¡Anda, marrajo!

—¿Para qué me descubre Vd., fray Niseto...? Vamos, vámonos.

## VII.

Pepe-Hillo se despidió en el postigo de San Martin del lego y se fué al palacio de los Ministerios.

No estaba el duque de la Alcudia, pero como tenia que hablarle, le esperó.

Al anochecer llegó S. E., y apenas le anunciaron

que estaba Pepe-Hillo en la antecámara le mandó entrar.

—¿Qué le trae á Vd. por aquí, famoso lidiador? le preguntó.

—Vengo á pedir un favor á S. E.

—He sabido, dijo Godoy, que va Vd. á dar á la estampa un tratado de tauromáquia.

—Así paese.

—Tengo curiosidad de leerle.

—Uno de los primeros ejemplares será para V. E. Yo me complaceré en traérsele en presona... Creo que le está desaminando la censura eclesiástica.

—¿Sin duda tienen detenido el trabajo y desea usted alguna recomendacion para que lo activen?

—No señó; no vengo á ocuparme de mí.

—¿Pues de quién?

—De mi hijo Antonio.

—¿El militar?

—El mesmo.

—¿Supongo que estará Vd. orgulloso de tener un hijo tan bizarro?

—La verdá, si señó.

—Se ha distinguido y hasta S. M. ha mandado espedir una real órden manifestándole lo mucho que estima su lealtad y su valor; de modo que debe Vd. estar satisfecho y él tambien.

—Vaya si lo estoy; pero miste lo que son las cosas: á él no le susée lo mesmo.

—¿Qué dice Vd.?

—El probe está affigío. Yo bien sé que hay cosas que no son más que impertinensias; pero, ¡qué diantre! V. E. también es jóven y sabrá que los hombres más valientes cuando se trata de las mujeres se quean tamañitos.

—Explíquese Vd.

—La cosa es muy sensilla: mi hijo está enamorado.

—Sí; ya tengo noticia; trata de casarse con la hija del marqués del Puente.

—Así debia ser; pero paese que le quien birlar la novia.

—¿Quién?

—Lo ignoro; la muchacha ha sido depositada en un convento, y la probe se ha ingeniado pa escribirle disiendo que venga porque si no la van á casar á la fuerza con otro. Y yo desia: como mi hijo se ha portado bien y ha trabajado por tóo lo alto, náa tiene de extraño que su majestad, que es bondadoso, quiera darle una licencia de un mes siquiera. En esto viene, se casa con la chica y despues güerve á su puesto.

—Lo que Vd. quiere es imposible.

—¿Imposible?

—Sí señor. Separar del ejército á un oficial tan valiente cuando es preciso acabar con esa guerra que nos debilita, es imposible.

—Me ha dejado V. E. parao. ¿No habrá nengun medio?

—Ninguno; Vd. mismo debe desear que su hijo continúe en el ejército porque allí se distinguirá más, y si,

como sospecho, los deseos de casar á esa jóven con otro tienen por objeto unirla á un hombre de su clase, cuanto más se distinga su hijo de Vd. mayores méritos tendrá á los ojos de esa familia. Por lo demás, ya sabe usted que á las muchachas no les gustan los conventos. Basta que se halle en uno de ellos para que se le figuren los dedos huéspedes y pida auxilio.

—Pus miste que yo no respondo de mi hijo. Capaz es de venirse y...

—Hará muy mal; eso seria una desercion y perderia lo que ha ganado.

—Voy á mandar que le escriban las mismas palabras que acaba de pronunsiar V. E.

### VIII.

Pepe-Hillo se retiró muy triste á su casa y María del Pópulo descubrió en su rostro las huellas del pesar que le dominaba.

Despues de verse muy hostigado no tuvo más remedio que confesar la verdad de lo que le pasaba.

Lo que más apuraba á Pepe-Hillo era que muy en breve tenia que partir á cumplir sus contratas.

Pero María de Pópulo, haciendo, como suele decirse, de tripas corazon, le tranquilizó, asegurándole que mientras él estuviese fuera ella averiguaria toda la verdad.

El torero partió, y al dia siguiente María de Popólo,

recordando la amistad que le había brindado la marquesa de la Llana, fué á verla.

—El camino más corto es el derecho, se dijo.

Y se dirigió á casa de Matilde.

¿Qué no haría aquella mujer tratándose de la felicidad de su hijo?

Aprisa y corriendo se puso la mantilla, y con la ligereza del gamo tomó el camino más corto.

## CAPITULO XVIII.

Lo que se puede oír desde una antesala.

### I.

Al llegar á casa de la marquesa se dió á conocer.

Uno de los lacayos buscó á la doncella de la marquesa y le dijo:

—Ahí está una mujer que dice que es esposa del torero Pepe-Hillo.

—Pues haz que pase adelante, porque tiene dicho la señora que se la reciba siempre que venga.

Gracias á esto fué María del Pópulo conducida á una salita, donde la camarera de la marquesa le dijo:

—Tenga Vd. la bondad de esperar porque la señora tiene visita.

—Entonses me iré y golveré.

—No, señora; nos tiene dicho que si viene Vd. alguna vez no la dejemos marchar; pero está ocupada. y en cuanto salga la visita que hay le anunciaré la llegada de Vd.

## II.

María del Pópulo se decidió á aguardar.

A poco rato oyó una voz en una habitacion contigua que le pareció la de la marquesa.

Percibia el rumor, pero no sus palabras, y como al fin y al cabo era mujer, se acercó á la puerta de la habitacion; viendo que nadie la observaba deslizó una mirada por la cerradura, despues aplicó el oido y pudo enterarse de la conversacion que tenia lugar.

Oigan los lectores lo que escuchó María.

## III.

La marquesa hablaba á un jóven.

—Es necesario que reflexiones bien lo que haces, decia; si los vínculos que te unen á mí por ser hijo de mi pobre hermano me obligan á favorecerte, tambien tu ingratitud puede autorizarme á abandonarte por completo.

—Haga Vd. lo que quiera, contestaba el jóven.

—No es esa manera de hablar; oye y resuelve. Las locuras de mi pobre hermano fueron causa de que acabara con su fortuna. Tú quedaste huérfano y yo costéé tu educacion en el colegio, y más tarde, cuando fuiste hombre, logré para tí un empleo en el ministerio de Hacienda. Es verdad que con tu conducta y tu talento te has granjeado las simpatías de tus jefes, pero eso no

basta: al fin y al cabo no eres ni más ni ménos que un covachuelista.

—Eso no me deshonra.

—Pero tienes que ocultar á todo el mundo que eres sobrino de la marquesa de la Llana.

—Por no avergonzar á Vd.

—Sea por lo que fuere, lo cierto es que tengo ocasion de labrar tu fortuna y tú eres un insensato renunciando á la felicidad que te ofrezco. ¡No parece sino que se trata de casarte con una vieja!

—Aunque fuera con la Vénus de Milo, renunciaria.

—Has de saber que la futura de quien te hablo es una jóven muy bella, muy graciosa, que llamará la atencion en los salones, que posee un título de los más nobles y distinguidos y una fortuna de las más pingües de la nacion.

—Nada de eso me seduce.

—Pero ¿me quieres explicar por qué razon...? Por que sin un motivo no se desprecia á una mujer rica y noble.

—¿Pero no lo adivina Vd., tia?

—¿Sin duda otros amores?

Precisamente.

La marquesa soltó una carcajada.

IV.

—No se ria Vd., prosiguió el jóven; estoy enamorado de una mujer que no es noble, ni rica; pero nos

amamos, nos hemos prometido hacer mutuamente nuestra felicidad, y, créalo Vd., todas las riquezas y todos los títulos del mundo no llevan la ventura á una casa donde el marido y la mujer se han unido por interés, por egoismo.

—Decididamente eres un insensato, y yo no puedo consentir que renuncies de ese modo á la posicion que te ofrezco.

—Pues yo estoy decidido á renunciar; por nada del mundo abandono á Paquita.

—¡Paquita! ¡Vaya un nombre! Será sin duda alguna hija de un empleado del ministerio de Hacienda.

—No es tan humilde como Vd. cree; es hija de un intendente de Filipinas muy hombre de bien, muy recto y muy inteligente, que se ha jubilado y goza de las mayores consideraciones.

—Vamos, Luis, sé juicioso; te doy ocho dias de plazo para que resuelvas.

—Es inútil; lo que hoy digo lo diré dentro de ocho dias.

—¿Quién sabe? Yo estoy segura de que si vieras á mi protegida te convencerias de que vale mucho más que tu Paquita. Pero tambien te digo que si al cabo del término que te señalo persistes en tu idea, debes renunciar por completo á mi proteccion y hasta á mi cariño.

—Grande es la pena que me impone Vd.

—Estoy decidida á castigarte de ese modo.

—Dios me dará fuerzas para sufrirlo.

—Segun eso, te obstinas...

—Estoy seguro de que dentro de ocho dias hablaré á Vd. de la misma manera que ahora.

## V.

La marquesa iba á continuar su diálogo, cuando se vió interrumpida por la doncella.

—¿Qué quieres? le preguntó.

La camarera le dijo al oido que le aguardaba la esposa del torero.

—Déjame ahora, dijo la marquesa á su sobrino, y vuelve mañana.

Luis Perez de Guzman, que así se llamaba, saludó respetuosamente á su tia y partió.

Al salir le dijo María en voz baja:

## VI.

—Necesito hablar con Vd., caballero.

—¿Quién es Vd.?

—¡Silencio! Ya lo sabrá Vd... Ahora le ruego que vaya Vd. á verme.

—¿Con qué objeto?

—Tengo que hablarle sobre un asunto que nos interesa á los dos.

—¿Dónde he de ir?

—A la calle del Cármen, esquina á la de la Salú. Pregunte Vd. por la esposa de Pepe-Hillo.

—¿Es Vd...?

—¡Silencio!

—Señora, que pase Vd.; dijo la doncella presentándose en la puerta de la habitación de donde había salido Luis.

## VII.

La marquesa de la Llana y María del Pópolo quedaron solas.

La entrevista fué breve.

Por si la esposa del torero había oído algo de la conversación que Matilde había sostenido con Luis, le dijo que era un sobrino suyo por quien se interesaba mucho, y que, deseando labrar su dicha, trataba de casarle con una jóven llamada Juanita, que poseía un gran dote, y sobre todo un carácter que era una promesa de felicidad para el que lograra interesar su corazón.

María comprendió la intención, y por lo tanto ocultó el verdadero objeto que motivaba su visita.

Al despedirse le dijo la marquesa:

## VIII.

—Esta noche voy á dar un gran sarao, que espero honraré Vd. con su asistencia.

—Agraesco en el alma esa oferta; pero Vd. comprende mu bien que yo no puedo aseptar tanta honra.

Es fama que en este palasio se reúne la]sosiédá más

escogía de la córte, y la esposa de un torero desconoce esos perfiles y haría un papel ridículo.

—Veo, mi querida amiga, contestó con zalamería Matilde, que la modestia supera al mérito que Vd. tiene. No solamente no hará Vd. un papel ridículo, sino que dará brillo á la fiesta. Así, pues, no admito excusas, y la espero mañana.

—Pero, señora, si yo no tengo trajes á propósito.

—Vd. viene á casa de su mejor amiga, y eso no debe inquietarla.

—Sea lo que Vd. guste.

Se despidieron, y María del Pópulo regresó de nuevo á su casa, en donde esperó con impaciencia la visita de Luis Perez de Guzman.

## CAPITULO XIX.

Donde la marquesa y un convidado, queriendo divertirse á costa del prójimo, encuentran la horma de su zapato.

### I.

—Es extraño, se decia María del Pópolo paseándose febrilmente por su habitacion; van á dar las nueve y ese jóven que tan solenemente ofresió venir no paese. ¿Habrà lograo convenserle su tia? No es creible; ¡habla con tanta pasion de su Paquita...! Pero por otra parte, él vive del reflejo de la marquesa, y si le farta su protesion quedará en la miseria. ¡Qué duda tan horrible! Pronto saldré de ella. El asistirá al baile y aprovecharé cualquier ocasion favorable pa hablarle.

Y así diciendo, vistió sus mejores galas, se adornó con las preciosas joyas que debia al cariño de su esposo y se encaminó de nuevo á casa de la aristocrática dama.

### II.

Los saraos en la época en que pasa la accion de esta historia no se parecian en nada á las *soirees* que se celebran en nuestros dias.

Un concienzudo escritor, cuyo nombre vivirá eternamente en la memoria de las letras, Antonio Flores, ha descrito magistralmente en su preciosa obra *Ayer, Hoy y Mañana* aquella clase de fiestas, y sería por lo tanto atrevimiento censurable en nosotros tratar de bosquejar lo que trazó su mágico pincel.

### III.

Pero á aquellos de nuestros lectores que no conocen la citada obra, les diremos que no habia en los sa-raos ni la magnificencia, ni el esplendor, ni el buen gusto que hoy se advierte en las reuniones del gran mundo.

No habia la animacion, la concurrencia que hoy brilla en las aristocráticas *soirees*.

La razon es muy sencilla.

Un ligero refresco, generalmente dispuesto por los dueños de la casa, ó cuando más chocolate y algunos dulces, no atraian ese enjambre de parásitos que hoy pueblan los salones, y que con las vandálicas escenas á que dan lugar en la hora del *buffet* creeria cualquiera que su objeto principal era halagar al estómago más bien que deleitar la imaginacion.

### IV.

Entonces, cuando una persona invitaba á sus amigos á pasar una noche en su casa, solo tenia por objeto proporcionarse y proporcionarles un rato de expansion.

Hoy, por lo general, con raras excepciones, entrañan las reuniones otra clase de interés.

El banquero que ha perdido una gran suma en la Bolsa quiere dar á entender que no ha producido lesion en su fortuna, y al efecto da un baile, en el que no se sabe qué admirar más, si el lujo de los salones ó la magnificencia de los trajes y joyas que lucen la esposa é hijas del que convoca á los amigos.

Otras veces es un médico, que por su falta de talento ó de fortuna ha permanecido oscurecido entre el vulgo, y haciendo un supremo esfuerzo, acudiendo á esa palanca que conmueve la sociedad moderna, el crédito, alquila suntuosos muebles, encarga un magnífico *buffet* y convida con predileccion á unos cuantos gacetilleros.

Estos caballeritos, que por lo general son muy agradecidos, publican al dia siguiente en sus respectivos periódicos pomposas descripciones, elogiando el talento, la finura y la distincion del que les proporcionó gratas horas de solaz y succulenta cena.

Sirven tambien de anzuelo las citadas reuniones á aquellas madres cuyas hijas no fueron de las más agradadas por la naturaleza; pero que disponiendo de grandes bienes de fortuna anhelan la ocasion de exhibirlos en forma de diamantes, perlas, encajes, etc., etc.

V.

Pero dejemos enojosas digresiones, que serian interminables, y continuemos nuestro relato.

María del Pópolo llegó á casa de la marquesa, y saliendo esta á su encuentro y besándola con efusion, la presentó á los convidados.

Todos se fijaron en ella admirando su belleza y la gracia con que llevaba su precioso traje andaluz.

## VI.

—En verdad, dijo uno de los currutacos que tenia fama de galante, que no sé cómo su esposo de Vd. se atreve á ponerse delante de las fieras expuesto á perder el tesoro que posee en una joya tan inestimable como usted.

—Agraesco la lisonja; pero mi marío tiene mucho valor, y además yo siempre pido á la Virgen que le saque con bien.

—Sí, pero no negará Vd. lo expuesto que es jugar todos los dias la vida en ese oficio.

—Como quiera que cuando le ejerse es con el ojetó de atender al sustento de su familia, la Providensia vela por él.

—Parece mentira, dijo en voz baja el que hablaba con María á otro que estaba á su lado, que una mujer del pueblo se exprese como ella.

—No me asombra, contestó con fatuidad su interlocutor; los que nacen en los paises meridionales tienen una imaginacion más viva; pero no hay que confundir sus destellos con el verdadero talento que existe en nuestra clase.

—Pero lo que no me negarás es que la esposa de Pepe-Hillo es de una belleza admirable, realzada con esa altivez que es proverbial en las hijas del pueblo.

—No es tan fiero el leon como le pintan. Conozco algo ese género, y puedo decirte que las que parecen tan crueles se humanizan cuando á una galantería oportunamente dirigida se acompaña alguna joya ú objeto de valor.

—Pues te digo francamente que si fuera cierto lo que me indicas intentaria la conquista de esa mujer.

—¿Y por qué no? Parece mentira que seas tan tímido, tú que eres el coquito de todas las tertulias. Si fuera mi tipo, te aseguro que antes de tres dias habiamos de ir á almorzar al soto de Migas-Calientes en un coche de colleras.

—Dicen que María del Pópulo es muy buena esposa; que su conducta es intachable.

—De esa fama goza; pero al fin y al cabo no oirá de lábios de su marido más que vulgaridades, y al hablarle el lenguaje de la pasion, pero con formas más delicadas, no dudes que te acogerá benévolamente.

—Pronto saldremos de dudas... Por allí viene. Voy á hablarla.

## VII.

Y con cínica sonrisa, acercándose á ella:

—¿Quiere Vd. aceptar mi brazo para dar una vueltecita? la dijo.

—Hase mucho calor para dir tan juntitos.

—Advierta Vd., María, que no le habla un ingrato.

—No comprendo...

—Quiero decir que yo sé recompensar...

—Soy tan torpe, que si no se explica Vd. mejor me quearé en ayunas.

—Pues bien, María, desde que he visto á Vd. he sentido una emocion, un no sé qué inexplicable. Yo, que jamás me he turbado en presencia de las más peregrinas hermosuras, enmudezco ante su belleza y casi no me atrevo á declarar á Vd. la pasion que devora mi alma.

—Pus agua, agua, pa que no tome incremento ese fuego.

—¿Vd. se burla?

—¡Qué disparate!

—Puedo ofrecer á Vd. joyas que realcen su hermosura.

—Doy á Vd. las gracias; pero la más estimable á mis ojos es el cariño de mi marío, y por lo tanto puee usted ofreser esas joyas á quien las nesesite.

—Sus desdenes de Vd. hacen más codiciosa su conquista. Pídame Vd. lo que quiera con tal de que estampe un ósculo en su nevada mano.

## VIII.

Y aquel estúpido iba á poner por obra lo que decia, cuando sintió en una de sus mejillas una mano de Ma-

ría, que, aunque muy pequeña, le hizo sentir todo su peso.

—Manos blancas no ofenden, dijo en tono zumbon uno que casualmente pasaba por el sitio donde tenia lugar aquella escena.

El que habia recibido el castigo de su insolencia permanecia con una mano puesta en la mejilla, y resentido, llevó su brutalidad hasta el extremo de exclamar:

—Manos blancas no ofenden, pero las coces lastiman siempre.

—Hase Vd. bien en insultarme, dijo María vertiendo abundantes lágrimas; si mi marío estuviera aquí no seria Vd. tan valiente.

## IX.

Luis Perez de Guzman, que habia acudido á ver qué motivaba el corrillo que se habia formado en torno de María y del insolente jóven, al enterarse:

—Vd. es un miserable, que olvida las consideraciones que debe á la casa en donde se halla y el respeto que merece esta señora. Por la misma razon de que se halla entre los que pretenden pasar por mejor educados, no debia traspasar los límites de lo conveniente; pero se ve claramente que es Vd. muy estúpido y muy cobarde cuando se ha permitido inferir tan graves insultos. Pero ¡vive Dios! que le he de arrancar la lengua.

—¡D. Quijote, D. Quijote! gritaron algunos.

—Señora, salga Vd. de aquí y permítame que la

acompañe á su casa. Despues yo volveré á castigar á este miserable.

—¡Oh! yo agradezco á Vd. infinito ese interés; pero no pueo aseptar.

—Es cierto; la maledicencia se ensañaria con Vd. Avisaré á un criado para que la acompañe.

## X.

Esta escena pasó con tal rapidez, que la marquesa no se enteró de lo ocurrido.

María se despidió preocupada por las consecuencias que podria tener aquel suceso, y rogando á Luis Perez de Guzman que no se comprometiera por su causa.

Pero esto era imposible.

Quedó acordado un desafío para el dia siguiente, y cuando iba á efectuarse se presentó un alcalde de Côte y se apoderó de los dos contendientes.

La noticia cundió por todas partes, y el rey ordenó que permanecieran en sus casas en calidad de presos.

## XI.

María fué á ver al pundonoroso jóven que tan oportunamente salió á su defensa; le dió las gracias, y despues de hacerle saber que habia oido la conversacion que tuvo con la marquesa, le refirió el gran interés que

tenia en que no se efectuase su casamiento con Dolores.

—Eso no sucederá jamás, dijo Luis; ¿cómo habia yo de hacer infeliz á esa jóven?

—En ese caso finja Vd. por el pronto obediencia á su tia, pa ver si podemos averiguá en qué convento está enserrá Dolores.

Luis Perez de Guzman ofreció complacerla.

## CAPITULO XX.

En alas del amor y del deber.

### I.

Han trascurrido dos dias.

Un jóven y bizarro militar, seguido de su asistente, atraviesa con rápido paso por la calle del Cármen, se detiene un instante delante de la casa que hace esquina á la de la Salud y penetra en ella.

Nuestros lectores le habrán reconocido; es Antonio Delgado, el hijo de Pepe-Hillo.

Al verle su madre corre á sus brazos, le estrecha en ellos con efusion, y durante algunos instantes madre é hijo apenas pueden articular palabra alguna, poseidos de la alegría que inunda sus almas.

### II.

Cuando la emocion empieza á calmarse, María del Pópolo, besándole de nuevo y contemplándole con orgullo:

—¡Hijo de mi arma; qué alegría tan grande me causa tu presencia...! ¡Y qué hermoso estás! ¡Cuánto he sufrido durante tu ausencia! Cada vez que había carta tuya ansiaba y temía saber su contenido por si era una alegría ó una desgracia la que venía á anunciarme. ¡Ah! dicen que el dolor mata: no debe ser cierto, puesto que yo he podido vivir despues de tan larga separacion... Pero ya no te separarás de nosotros; ¿no es verdad, hijo mio?

Y como Antonio vacilase en contestar:

—Habla, por Dios, añadió; que de tu respuesta depende el que yo sea completamente feliz ó desgrasiá.

### III.

El jóven comprendia la pena que necesariamente habia de causar á su madre su respuesta y trataba de retardarla todo lo posible.

Despues de haber hablado largamente con sus hermanos, que con infantil curiosidad examinaban su uniforme; despues de saber que su padre habia salido á trabajar en las plazas en que tenia compromiso con los asentistas, asediado de nuevo por María del Pópolo:

### IV.

—Pues bien, madre mia, exclamó, por más que lo sienta en el alma, mi permanencia en Madrid será muy breve.

—¿Qué dices?

—Vengo á cumplir una mision que me han confiado mis compañeros, y en cuanto la termine regresaré á dar cuenta de ella.

—Y haces bien; ¿qué importa que yo sufra? Nada, nada, activa el asunto que aquí te ha traído, y güerve al seno de tus compañeros, de tus amigos... ¡Dios mio, Dios mio...! ¿Qué pecao he cometido pa que me trateis así? Ni en mi via de hija, de esposa, ni de madre hay ná de que puea arrepentirme, y sin embargo me herís en lo más íntimo de mi arma.

—No os aflijais, madre mia, exclamó Antonio vertiendo abundantes lágrimas. Oidme, y si despues no sois la primera en aprobar mi resolucion, me quedaré á vuestro lado.

## V.

Estas palabras tranquilizaron á María del Pópolo, y con esa dulzura que solo atesora el corazon de una madre:

—¡Cómo sabes, picaruelo, que yo no pueo negarte ná!

—Vd. verá como hay razones atendibles para...

—Ya eres tú güeno... Pero vamos, ya escucho.

—Pues bien; ha de saber Vd. que la situacion del ejército es la más lamentable. Al cansancio, á la fatiga, á las privaciones consiguientes á la guerra hay que añadir la desesperacion en que nos encontramos. Des-

pues de habernos portado como héroes, despues de haber afrontado los mayores peligros para sacar incólume la honra de nuestra querida patria, despues de haber derramado por tan santa causa nuestra sangre, despues de haber perecido muchos de nuestros hermanos en la demanda, los que hemos sobrevivido pasamos á veces veinte y treinta horas sin probar alimento, casi desnudos, ateridos de frio, y por todo galardón á tanto sacrificio, cuando hemos enviado emisarios á la córte pintando nuestra angustiosa situacion no hemos sido atendidos.

—¿Que no habeis sío atendíos? preguntó con asombro María del Pópolo.

—No, pero no culpamos por ello al rey, nuestro señor.

—¿A quién entonses?

—A los palaciegos; á esa turba de parásitos enemigos de nuestra patria, que segun es fama ayudan á los opresores de la nacion, si no ostensiblemente, de una manera hipócrita.

## VI.

Antonio hizo una breve pausa.

La indignacion que sentia su alma al considerar que en su misma patria existian personas que simpatizaban con el extranjero, ahogaba la voz en sus lábios.

—Diferentes veces, añadió, han venido con objeto de enterar al rey de cuanto ocurre y jamás han podido verle.

—Y tú...

—Yo me he ofrecido á desempeñar esa comision y traigo pliegos que, ó poco he de poder, ó he de entregar al rey en persona.

—¡Oh! y lo conseguirás fásilmente.

—¿De qué modo?

—El duque de la Alcudia es mu amigo de tu padre; preséntate á él, y por su mediacion conseguirás una audensia con nuestro soberano... Pero descansa antes, hijo mio; estás mu fatigao del viaje y temo por tu salú.

—Dios da fuerzas para llevar á cabo toda empresa que es noble, que es grande, y creo que dificilmente podria hallarse otra que reuna en tan alto grado estas condiciones como la que aquí me ha traído.

## VII.

Antonio, con esa volubilidad propia de la juventud, pasó del amor patrio al que le inspiraba Dolores y conversó largamente con su madre respecto á las dificultades que se oponian á la realizacion de aquel enlace, en que cifraba su porvenir, su ventura.

Deseando cuanto antes terminar la mision que le traia á la córte, no solo por un deber de compañerismo, sino tambien para poder consagrarse por entero á averiguar dónde se hallaba su prometida, fué á ver al duque de la Alcudia.

## VIII.

En el momento en que Antonio Delgado llegaba al palacio del favorito, se hallaba este conversando con uno de sus secretarios.

—Es preciso, decia, terminar á todo trance esa guerra tan desastrosa para nuestra patria.

—No desconoceis, señor, los esfuerzos titánicos, los sacrificios de todas clases que se han hecho, pero desgraciadamente sin éxito.

—Precisamente eso mismo obliga á una transaccion.

—Cuando el vencido la pide debe suponer que no serán muy ventajosas las condiciones que se le impongan, se atrevió á decir el secretario.

—Teneis razon; pero á cualquier precio debe cortarse esa lucha que tanta sangre y dinero nos cuesta, que priva á la agricultura de tantos brazos, y que por consiguiente amenaza para el porvenir con una época de miseria.

—Es verdad; pero para negociar esa paz la integridad de nuestro territorio habrá de padecer necesariamente.

—Desde luego. Mi opinion, sin embargo, es entre dos males elegir el menor, y estoy resuelto á proponer que la Francia pueda extender sus límites hasta la orilla del Ebro, con tal de que España conserve el Portugal.

## IX.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando presentándose un uquier:

—Señor, dijo, acaba de llegar un jóven que desea hacer á V. E. graves confiancias.

—No recibo á nadie; digale Vd. que vuelva mañana.

—Le he participado la órden que tenia de V. E.; pero él, insistiendo en su pretension: «Pase Vd. esta tarjeta, me dijo, y Vd. verá cómo se me recibe acto continuo.»

—¡Qué audacia..! Pero veamos esa tarjeta.

El uquier aproximó la bandeja de plata que llevaba en la mano y el duque cogió la tarjeta de Antonio Delgado.

—Apenas la leyó:

—Que pase inmediatamente, dijo.

## X.

—Un instante despues se presentaba el hijo de Pepe-Hillo en aquella lujosa estancia.

Godoy salió á su encuentro.

—Gran satisfaccion me causa, exclamó, estrechar la mano de un valiente. En todos los episodios más notables de la guerra habeis tomado parte, y parte muy gloriosa. Permitid que os felicite y que me honre ofreciéndooos mi amistad.

—Gracias mil por vuestras bondades, y aceptando

con júbilo esa amistad que me ofreceis, la invoco para pedir os un favor.

—Cualquiera que sea le teneis concedido de antemano. Pero veamos cuáles son esas revelaciones tan importantes que deseábais hacerme.

Y como Antonio dirigiese una mirada en torno suyo para convencerse de que nadie les oiria, al notar lo Godoy:

## XI.

—Podeis hablar con entera franqueza, añadió; el señor aquí presente es uno de mis secretarios de mayor confianza.

—Pues bien, dijo el jóven afrontando con valor la situacion; vengo comisionado por mis compañeros de armas para noticiar al rey, por medio de unos pliegos que se me han confiado, el abandono en que hace tiempo se tiene al ejército, que tantas pruebas ha dado de heroismo.

—¿Abandono? Explicaos, porque á la verdad no comprendo...

—Y abandono incalificable. ¿Parece justo, ni siquiera equitativo, á V. E. que los que tan generosamente están derramando su sangre en defensa de la madre patria se vean faltos de alimento cubiertos de harapos y sin tener ni aun el consuelo de que en la córte se aprecien sus sacrificios?

—En la córte se ignoraba que su situacion fuera tan crítica.

—Si V. E. no se ofendiera le diría que en la córte se sabe cuanto pasa, pero que ha habido buen cuidado de que no llegue á oídos del rey.

—¿Y en qué funda Vd. suposición tan gratuita?

—En que ninguno de los emisarios que me han presidido en la misión que hoy traigo han logrado ver al augusto monarca.

## XII.

La energía con que pronunció el jóven estas palabras desconcertó á Godoy.

Pero reponiéndose y dando á su voz el acento más amable y cariñoso:

—¿Y Vd. desea tal vez poner en manos de S. M. esos pliegos?

—Precisamente, y el favor que venia á solicitar de V. E. era que me proporcionase una entrevista con nuestro querido rey, que Dios guarde.

—Si Vd. lo cree indispensable...

—He ofrecido entregarle en propia mano los pliegos y cumpliré mi palabra.

—Hará Vd. perfectamente; pero el rey se halla actualmente de caza en el Pardo. Tenga Vd., sin embargo, la seguridad de que le manifestaré sus deseos en cuanto regrese.

—Mucho agradeceré á V. E. poder realizar el objeto de mi viaje.

## XIII.

Despues de un momento de silencio:

—Si no fuera indiscreto, prosiguió Godoy, me atreveria á indicarle que puede aprovechar entre tanto el tiempo en otra mision que tambien le ha traído aquí.

—¿Otra mision?

—Sea Vd. franco conmigo y no le pesará. No es un secreto para nadie la buena inteligencia, el cariño que reina entre Vd. y Dolores; pero se presentan obstáculos, y yo, que soy su amigo, voy á indicarle el medio de que pueda vencerlos. ¿Vd., como es natural, deseará saber dónde se halla su prometida?

—Es mi mejor deseo.

—Sé que está en un convento establecido no lejos de Guadalajara; pero no recuerdo el pueblo. Yo lo averiguaré hoy mismo y esta noche recibirá Vd. carta mia participándoselo.

—¡Oh! mil gracias. ¿Con qué pagaré á V. E. esa bondad?

—Lo que yo desearé es que llegue Vd. á tiempo de impedir que esa jóven dé su mano á la persona por quien se interesa su familia.

—Mañana mismo me pondré en camino.

—¿Irá Vd. á caballo?

—Sí, señor.

—¿Con su asistente?

—El me acompañará; es un hombre muy leal y jamás se separa de mi lado.

—Pues vaya Vd. tranquilo, que esta misma noche le enviaré lo ofrecido.

. Antonio saludó respetuosamente y se retiró de nuevo á su casa.

Veamos lo que pasó.

## CAPITULO XXI.

### El militar y la novicia.

#### I.

Antonio refirió á María del Pópulo la entrevista que acababa de celebrar, y al terminar su relato:

—Una cosa sola me preocupa, añadió. He comprendido en el duque de la Alcudia repugnancia en que los pliegos que traigo lleguen á poder del rey, y no sería extraño que tratase de apoderarse de ellos por algun medio violento. Las preguntas que me ha dirigido respecto al día en que he de ponerme en camino me afirman en esta sospecha.

—Pus es mu sensillo evitarlo.

—¿Cómo?

—Dame á mí esos papeles y yo los guardaré.

—¡Ay, madre mia! Bien se conoce lo buena que es Vd. Si D. Manuel Godoy trata, como temo, de apoderarse de esos documentos, con cualquier pretexto hará que se registre nuestra casa.

—Yo te aseguro que aunque susudiera no daría con ellos.

—¿Dónde los va Vd. á guardar?

—En el marco de aquella divina imagen, dijo señalando á una Virgen de la Soledad que habia en la estancia.

—Es una buena idea... Pero han llamado...

—Sí, y preguntan por tí.

—Será tal vez que el señor duque de la Alcudia me envíe la carta ofrecida.

## II.

Así era, en efecto.

Godoy habia cumplido su palabra.

Con febril curiosidad abrió aquella misiva el hijo de Pepe-Hillo y leyó lo siguiente:

«He averiguado lo que Vd. deseaba.

»El pueblo en donde radica el convento es Cifuentes.

»Pregunte Vd. por el demandadero Pantaleon, y cuando logre Vd. hallarse en su presencia, pronuncie á su oído estas dos palabras: *ventura azul*.

»Ese hombre se pondrá á la disposición de Vd. y le facilitará los medios de hablar con Dolores.

»Vd. es muy discreto, y por consiguiente nada más tengo que encargarle.

»Su amigo, *M. G.*»

Vd. Si D. Manuel Godoy trata como teme, de apoderarse de esos documentos.

## III.

—¡Domingo, Domingo! exclamó Antonio llamando á su asistente apenas terminó la lectura de la carta.

—¿Qué manda su mercé?

—Ensilla los caballos, que vamos á ponernos en camino inmediatamente.

—Pero, hijo mio, ¿sin descansar apenas quieres ya haser tan larga jornada? dijo María del Pópolo. Aguarda siquiera hasta mañana.

—Mejor seria, se atrevió á decir el asistente; á estas horas andan los duendes por los caminos y podria sucedernos alguna desgracia.

—No seas majadero y haz lo que te digo.

María trató de nuevo de convencer á su hijo para que aplazase hasta el dia siguiente su viaje á Cifuentes, pero no insistió al ver la impaciencia que manifestaba Antonio por tener una entrevista con Dolores.

#### IV.

Antonio y Domingo se pusieron en marcha, y dos dias despues llegaban á Cifuentes al amanecer.

El asistente, que además de ser miedoso era muy gloton, indicó á su amo la conveniencia de esperar en el meson á que fuera de dia para ponerse al abrigo de los imaginarios peligros que él veia, y al mismo tiempo para poder echar algo entre pecho y espalda.

El hijo de Pepe-Hillo accedió á aquella indicacion, no porque él tuviera apetito, sino porque comprendia que no era hora oportuna para presentarse en el convento.

No hay para qué decir que amo y criado, despues de

la cena, cedieron al cansancio y no despertaron hasta las ocho.

Antonio se vistió, y encargando al asistente que echase un buen pienso á los caballos, se dirigió al convento.

V. Preguntó por Pantaleon, y en cuanto pronunció las dos palabras consabidas, el demandadero se puso á sus órdenes.

—¿Hay en este convento una jóven que se llama Dolores?

—Sí, señor.

—Necesito hablar con ella.

—Nada más fácil; diga Vd. que viene de parte de los marqueses del Puente, y por el locutorio podrán conversar.

—¿Pero solos, sin testigos?

—Eso no; la madre tornera presenciará la entrevista.

—No es eso lo que yo deseo; necesito hablar á solas con esa jóven.

—Dificilillo es.

—¿Pero no habria algun medio...?

Y para estimular al demandadero puso en sus manos una pelucona.

## VI.

Pantaleon, que sin duda era muy aficionado á coleccionar medallas, guardó aquella, y despues de permanecer pensativo un instante, exclamó:

—Ahora recuerdo: se espera la visita de un fraile joven, que trae una mision especial del general de la Orden:

—¿Y bien?

—Segun costumbre, todas las monjas y novicias se confesarán con él, y Vd. podia... pero ¡Jesús! ¡Dios me perdone lo que iba á decir!

—Vamos, concluye.

—No, por Dios; es un sacrilegio.

—Déjate de gazmoñerías.

—Pues bien, Vd. podia disfrazarse de fraile, yo le presentaba como la persona á quien se espera, comenzaba Vd. á confesar á las educandas, y al llegar á Dolores podia hablar largamente con ella. Despues, pretextando que se hallaba Vd. indispuerto, podia retirarse, y Cristo con todos.

—No eres mal trucha.

—Soy agradecido y me gusta pagar las bondades que se me dispensan.

—¿Y cómo voy yo á arreglarme para eso?

—Voy á traer el hábito y despues le daré instrucciones.

## VII.

Antonio, ¡parece mentira! dominado por la pasión que le inspiraba Dolores, accedió á cometer aquél sacrilegio.

Un momento despues saludaba á la tornera y pasaba á una capilla, desde la cual, por medio de una espesa celosía, se confesaba á las monjas.

La segunda que acudió al tribunal de la penitencia fué Dolores.

El audaz jóven se dió á conocer.

## VIII.

—¡Antonio mio! exclamó la muchacha poseida del mayor asombro. ¿Es posible lo que veo? ¿No es esto un sueño? Pero mira, creo que no debo escucharte; el medio de que te has valido para verme es sacrilego y Dios no puede ménos de castigarnos.

—Tranquilízate, alma mia; Dios es misericordioso, lee en nuestros corazones y perdona las culpas cuando no hay perversidad al cometerlas. Pero no perdamos tiempo. ¿Estas dispuesta ahora como antes á ser mi esposa?

—¡Y tú me lo preguntas! ¡Qué daño me haces con esa duda!

—No es que dude, Lolita, pero sé que tratan de casarte con otro, y como hay personas que tienen gran

interés en ello, procurarán disuadirte de mi cariño por todos los medios imaginables.

—Prefiero profesar en el convento si no me caso contigo. Pero vete; podrian sorprenderte y enviarte á un presidio. Espera; aquí tengo, dijo sacando de entre el pecho un papel, aquí tengo aquella carta que la superiora me mandó dar al demandero para que la llevase á la estafeta del pueblo. Es una prueba más de las intrigas que se están fraguando contra nosotros; pero todo será en vano. O soy tu esposa ó no salgo de este convento.

—¡Qué pena me causa separarme de tu lado!

—¡Y á mí! Pero tengamos valor. Adios.

—¡Adios, Dolores! Dí que me hallo indispuerto y he tenido que retirarme.

—Así lo haré. Adios.

## IX.

Antonio salió, devolvió al demandero el hábito que le habia servido para su disfraz, y ávido de saber el contenido de aquella carta se dirigió de nuevo á la posada.

La superiora del convento quitaba toda esperanza á la marquesa de convencer á su nieta á aceptar el enlace que le proponia su familia, y terminaba con estas líneas:

«Es indudable que Dolores oculta en su pecho una pasion que domina todo su sér.

»La mayor parte del día le pasa llorando, y una novicia que cautelosamente la vigila dice que algunas veces pronuncia entre sollozos un nombre: Antonio. —

»Está resuelta á profesar, y es deber de conciencia participarlo á Vd., porque como es el despecho y no la vocacion lo que la anima, se perdería su alma si vistiese para siempre las tocas.»

### X.

—¡Cuánto me adora! exclamó Antonio vertiendo lágrimas de agradecimiento. Pero no, no profesará. Al fin y al cabo yo venceré todos los obstáculos y la haré mi esposa. Nuestros enemigos son poderosos; no importa: si venzo, la victoria será más gloriosa.

Y lleno de esperanza ordenó á su asistente que ensillase los caballos para volver á la córte y ver si el rey se hallaba ya de vuelta de su cacería para entregarle aquellos documentos en que con tan vivos colores se pintaba la aflictiva situacion de los que exponian su vida por el honor y la independencia de España.

## CAPITULO XXII.

### Corazon y cabeza.

#### I.

Si Antonio Delgado hubiese tenido esa experiencia de la vida, ese conocimiento de los hombres que se adquiere en la edad madura, hubiera adivinado desde luego, en las preguntas que le dirigió el duque de la Alcudia respecto al dia en que iba á emprender su viaje y quién habia de acompañarle, alguna traicion.

Pero era j6ven, y por lo tanto confiado, y adem6s el amor que llenaba su alma absorbia por completo su imaginacion.

#### II.

Poco m6s de media legua se habian alejado de Cifuentes amo y criado cuando se vieron sorprendidos por ocho hombres, que, á favor de la oscuridad que reinaba, se hallaban ocultos detr6s de una casa medio derribada que habia en el camino.

—¡Alto! exclam6 uno de ellos.

Y como si esta fuera una señal convenida de antemano, los siete que le acompañaban rodearon á Antonio y al asistente, sin dar tiempo al primero á ponerse en defensa.

### III.

—Esta es una infamia, exclamó indignado el jóven. Pero ya adivino que sois salteadores cuando en tan superior número que nosotros y valiéndoos de la sorpresa nos habeis acometido.

—Disculpo vuestras palabras, que hasta cierto punto disculpan vuestra actitud. Pero pronto os convencereis de que ni tratamos de robaros ni de sugeriros el menor daño.

—¿Pues qué os proponeis?

—Perteneceamos á la policía y tenemos orden de sorprender á dos hombres que se sabe han de pasar por aquí con pliegos para los que en la córte favorecen los planes ambiciosos de la Francia.

—Semejante injuria... Pero una sola palabra destruirá la equivocacion en que estais. Soy soldado, soldado de los que en la frontera están vertiendo su sangre por la independenciam de la patria, y no tengo para qué deciros que no soy yo la persona á quien buscáis.

—De cualquier modo, yo tengo que cumplir la orden que he recibido. No os pido vuestra espada, porque si como decís sois soldado, un oficial prefiere morir antes que sufrir tal ultraje. Dadme vuestra palabra de caba-

llero de que ninguna resistencia opondreis, resistencia que por otra parte sería inútil, y yo os prometo que si no hallamos en vuestro poder ni en el del criado que os acompaña esos documentos, continuareis, sin que nadie os moleste, vuestro viaje.

## IV.

La sinceridad con que, al parecer, pronunció estas palabras el que capitaneaba aquel grupo tranquilizó á Antonio.

Le registraron, y hallando en sus bolsillos la carta que acababa de darle Dolores:

—¡Hola! decíais que no llevábais documento alguno.

—Y lo repito.

—¿Negareis lo que estamos viendo?

—Esa carta en nada se relaciona con lo que buscáis.

—Pronto lo sabremos... Mira tú, Lorenzo, añadió, enciende una pajueta y á ver si lees el contenido de este papel.

## V.

La persona á quien dirigió esta orden sacó del arzon de su caballo una bolsa de cuero y de ella un eslabon, una piedra y una pajueta.

En cuanto prendió la llama indicó á dos de sus compañeros que evitasen con los sombreros que la apagara el aire y leyó por dos veces la carta, procurando adivi-

nar si tendrían otro valor aquellos renglones que el que aparecía á primera vista.

Sin duda se convenció de lo contrario, porque devolviéndola al jefe despues de referirle su contenido:

## VI.

—No es esto lo que buscamos, dijo.

—Registremos al criado, contestó.

Así lo verificaron, y no obteniendo tampoco resultado sus pesquisas:

—Ea, podeis marchar, dispensándonos el haberos molestado.

El asistente, que durante la anterior escena no habia despegado sus labios, se apresuró á poner en práctica aquella indicacion.

Antonio le siguió un momento despues, y continuaron su viaje á Madrid sin que nada les ocurriera digno de mencionarse.

## VII.

Al saber la madre del jóven oficial el episodio que acabamos de referir:

—No sé por qué, hijo mio, le dijo, me paese que en ese asunto debe andar el señor duque de la Alcudia.

—¿Acaso Vd. supone...?

—Apostaria, sin temor de equivocarme, que D. Manuel Godoy tiene interés en que esos pliegos no lleguen á poder del rey.

—Pronto saldremos de dudas. ¿Vd. sabe si regresó ya S. M. del Pardo?

—Sí; ayer le vimos en paseo.

—Pues mañana mismo veré al señor duque para que me proporcione la entrevista ofrecida.

—Deseo y temo que llegue ese momento, porque una voz secreta me anuncia algo que ha de causarnos honda pena.

—El exceso del cariño que Vd. me profesa le hace ver peligros en todo.

—Quiera Dios que me equivoque... Pero acuéstate, hijo mio, estás falto de descanso y pudieras caer enfermo.

Antonio obedeció, y á pesar de las diferentes ideas que ocupaban su cerebro, no tardó en ceder al cansancio.

## VIII.

Al día siguiente, á las doce, hora en que daba audiencia el favorito de los reyes, acudió á su palacio.

Apenas se anunció le mandó entrar el privado.

—Mucho celebro, amigo mio, le dijo, que regreseis tan pronto, porque esto me hace creer que habeis realizado el objeto que os llevó á Cifuentes.

—Doy á V. E. gracias por su poderosa cooperacion, puesto que á ella debo el haber podido hablar con mi prometida, y ya que es tan bondadoso me atrevo á recordar á V. E. la otra súplica que le hice.

—¿Aludís á la entrevista que deseais tener con S. M.?

—Precisamente.

## IX.

Godoy permaneció silencioso durante algunos minutos.

—Y si yo os dijera, exclamó al fin, que debéis renunciar á esa idea, ¿qué contestaríais?

—Que por nada, ni por nadie, dejaria de cumplir la mision que aquí me ha traído.

—Veo que sois esclavo de vuestra palabra, lo que revela un gran carácter; pero por la misma razon seria sensible que esas mismas dotes solo os sirvieran para labrar vuestra eterna desventura.

—No comprendo.

—Sentaos, dijo con familiaridad Godoy, y hablemos como amigos.

Antonio obedeció.

## X.

Desde el primer momento en que os ví, prosiguió el duque de la Alcudia, me interesásteis vivamente.

—Yo agradezco...

—No se trata ahora de eso; digo esto porque en mi mano está el que os unais con Dolores; pero para ello es preciso que sacrifiqueis algo.

—No puedo suponer que exija de mí V. E. nada que pueda avergonzarme.

—A vuestros años no se forma una idea exacta de

las cosas de la vida. La juventud se apasiona locamente de todo; la imaginacion exajera todas las cuestiones, y á veces un exceso de celo perjudica los más caros intereses. Os hago estas reflexiones para demostraros la inconveniencia de presentar al rey esos pliegos.

—¿Es acaso inconveniente, preguntó con sarcasmo Antonio, que S. M. conozca la verdadera situacion en que se halla el ejército y acuerde el medio de poner término á los males que le afligen?

—No es ocasion oportuna para ello. En este momento se está en negociaciones de una paz, único medio de poner fin á tantos desastres. Así es que vuestras quejas no serian oidas.

—Me asombra lo que escucho. ¿Es posible que todos nuestros esfuerzos, que todos nuestros sacrificios hayan sido estériles?

—Qué quereis; la razon de la fuerza hace enmudecer la voz del patriotismo.

—Pues yo creia que la pátria era lo primero, y al pensar así me parecia interpretar los sentimientos de toda la nacion. Recordad, señor duque, los donativos que para la guerra hicieron todas las clases de la sociedad, y en ellos vereis una prueba evidente de que son de mi opinion.

—La deduccion no es lógica; si antes de medir nuestras fuerzas con el extranjero, creimos poder contrarrestar el empuje de sus ejércitos, los descabros sufridos aconsejan adoptar una transaccion, siempre que no sea deshonrosa para España.

—Antonio no insistió.

Ocultando su despecho se despidió del duque de la Alcudia y volvió á su casa.

—Bien decia Vd., madre mia, exclamó cuando se halló al lado de María del Pópolo; indudablemente Godoy tenia interés en apoderarse de estos pliegos.

Y refirió la entrevista que acababa de celebrar.

Quando hubo terminado:

—Considera, Antonio, dijo su madre, que el duque de la Alcudia lo pué tóo, y si tratas de ponerte en abierta lucha con él, sucumbirás.

—Esos papeles deben llegar á poder del rey.

—Déjamelos á mí, que yo procuraré realizar tu deseo. Créeme, hijo mio, vuelve á lo frontera porque aquí temo por tu vía. Ya ves si sentiré que nos separemos otra vez, pero ¡qué remedio!. Una mano aleve podria poner fin á tus dias.

## XII.

Con cariñosa solicitud logró convencerle, y Antonio, despues de escribir una carta al demandadero del convento en que se hallaba Dolores para que se la entregase á esta, en la que decia á su prometida que por el mismo conducto podia escribirle, partió de nuevo á incorporarse al ejército para referir las intrigas que en favor de la paz se fraguaban en la córte y ver si con su relato conseguia que los generales, poseidos de justa indignacion, adoptaban una medida extrema.

## CAPITULO XXIII.

### Sucesos históricos.

—  
II

I.

—La guerra que venia sosteniendo España con Francia era el tema obligado de todas las conversaciones.

En las gradas de San Felipe, centro de reunion de los desocupados, los noticieros se despachaban á su gusto.

—Nuevas catástrofes anuncian los partes recibidos por el último correo, exclamaba uno con misterioso acento.

—¿Pues qué ocurre?

—Una cosa increíble; la entrega de la plaza de Figueras.

—No es posible; tengo entendido que coronaban sus muros descientas piezas de grueso calibre.

—Y la guarnecian diez mil hombres.

—Si les han faltado municiones ó víveres...

—Nada de eso; segun se dice habia más de diez mil quintales de pólvora, agua en abundancia y provisiones sin cuento.

—Pues se ha entregado de la manera más vergonzosa, sin que precediera un ataque.

—Indudablemente hay algunos que en España quieren llegar á una paz vergonzosa.

## II.

Uno de los que hasta entonces se habian limitado á escuchar lo que allí se decia, tomando la palabra,

—Y tanto, dijo; si no, la córte no se hubiera apresurado á admitir la dimision del valiente general D. Ventura Caro. Ya sabeis que, dueño Moncey de los Alduides y parte del Bastan, el general que he nombrado antes, viendo lo imposible de contrarestar sus fuerzas, indicó la conveniencia de limitar la defensa á los puntos de Vera é Irun.

—¿Y no se aprobó su plan?

—No; y por eso presentó su dimision.

—La verdad es que cada dia sufrimos mayores reveses.

—Lo peor es el angustioso estado del Tesoro para sufragar los gastos de la guerra.

—España ha dado suficientes pruebas de patriotismo y continuará dándolas para que prosiga la guerra.

—Toda paz seria vergonzosa.

## III.

Uno que llegó en aquellos momentos:

—¿De qué se trata, señores? preguntó.

—Estábamos hablando de la guerra.

—Al estado á que han llegado las cosas, dijo el nuevo personaje que tomaba parte en la conversacion, no queda más esperanza que un tratado de paz.

—Nadie que tenga patriotismo debe desear semejante cosa.

—A patriotismo no me gana nadie. Pero la situacion de nuestros ejércitos en ambos Pirineos y la poca armonía que reina entre sus jefes, y entre estos y el gobierno, no hacen esperar un lisonjero porvenir. Además debo decir, porque así me lo han referido, que las proposiciones para un arreglo han partido de la Francia, y por lo tanto no es de temer que sus condiciones sean muy irritantes.

—¡Friolera! Hay quien dice que lo que piden es toda la parte del Ebro.

—No hay tal cosa.

—Muy inocente será el que crea que va á reportar ventaja alguna á España un tratado de paz.

—¿Por qué?

—Porque los franceses están reforzando sus ejércitos á toda prisa.

—Veo que desconoce Vd. por completo el arte de la guerra. Precisamente en esos casos es cuando los beligerantes aprestan todas sus fuerzas.

—Siempre será este alguno de la camarilla de Godoy, dijo uno en voz baja al que estaba á su lado.

El que tenia la palabra continuó:

## IV.

—España también envió recientemente refuerzos á nuestras tropas: Cataluña, Valencia, Aragon y Navarra han dado contingentes respetables.

—Y de Castilla la Vieja se ha destinado un cuerpo de reserva á cubrir el Ebro.

—Pero ya se ha visto lo inútil de esas disposiciones. El general Crespo ha tenido que retroceder al verse arrollado por las tropas de Moncey. Se ha querido impedir que este se apoderara de Pamplona, y solo se ha conseguido al distraer fuerzas que tomase Bilbao y Vitoria.

—Y hasta llegar á Miranda de Ebro, pero con grandes pérdidas.

## V.

Los que atribuían á Godoy la idea de negociar una paz con Francia estaban en lo cierto.

Las operaciones de la guerra en uno y otro campo aconsejaban esta medida.

Las bases y condiciones para llegar á este acuerdo fueron objeto de previas pretensiones, reparos y cesiones mútuas, como acontece casi siempre en tales casos.

Pretendía la Francia conservar hasta las paces generales las plazas que había conquistado en España.

El gobierno español rechazaba esta propuesta, y por

su parte á la condicion de sacar á salvo la absoluta integridad del territorio invadido, sin ceder ni una sola aldea, añadia la de que el gobierno francés habia de mostrarse justo y equitativo, y olvidar todo rencor respecto á la familia del destronado rey de Francia.

Mostróse irritado por esta respuesta el gobierno de la República.

Pero como quiera que la paz entraba en el interés de ambas naciones, se vino sin dificultad á un comun acuerdo, tanto más cuanto que la Francia accedió á restituir todas las plazas y paises conquistados en territorio español durante la guerra, pidiendo por única indemnizacion la parte española de la isla de Santo Domingo.

El gobierno español, teniendo en cuenta el estado de anarquía en que dicha isla se encontraba, y que por consecuencia conservarla era á la nacion más gravoso que útil, ni el rey, ni Godoy, ni el Consejo tuvieron dificultad alguna en condescender, y sobre estas dos principales bases se procedió al ajuste definitivo de la paz.

Ciertamente ninguna potencia de las que en aquel tiempo, antes ó despues de este ajuste, concertaron paces con la República francesa, lograron hacerlo con ménos sacrificio y con condiciones ménos gravosas que España.

No podia llamarse sacrificio la cesion de la parte española de la isla de Santo Domingo, que estaba siendo una carga para la nacion, y de hecho se podia ya considerar como abandonada por los principales colonos,

y esto á cambio de la evacuacion completa del territorio de la Península, con la devolucion hasta de los cañones y pertrechos de guerra que existian en las plazas que habian de restituirse al tiempo de firmarse el tratado.

No hallamos por lo mismo la razon en que pudieron fundarse los que calificaron esta paz de vergonzosa para España. No la consideran así los historiadores franceses de más nota.

«La Francia, dice uno de ellos, concedia mucho, por una ventaja ilusoria, porque Santo Domingo ya no pertenecia á nadie; pero estas condiciones las dictaba la más profunda política.»

«Fué recibida la noticia de esta paz, añade el mismo escritor, con el mayor regocijo por cuantos amaban la Francia y la república.»

El rey Cárlos IV, en recompensa de este servicio, confirió á su primer ministro D. Manuel Godoy, duque de la Alcudia, el título de *Príncipe de la Paz*, cuya elevacion é inusitada merced provocó nuevas y más ágras murmuraciones y críticas de parte de los que odiaban, que eran muchos, al que llamaban favorito de la reina y valido del rey.

Tal vez en el trascurso de esta historia volvamos á ocuparnos con más extension del hecho histórico que acabamos de referir, y que es conocido con el nombre de la *paz de Basilea*.

Trasladémonos ahora á casa del intendente jubilado de Filipinas D. Bartolomé Samaniego.

## CAPITULO XXIV.

### La familia en 1795.

#### I.

En la casa del ex-intendente reinaba la apacible tranquilidad de costumbres propia de aquella época.

Diariamente se reunian en ella algunos amigos de confianza que formaban su tertulia.

Al oscurecer se rezaba el rosario, tomábase despues chocolate, y en las veladas de invierno no era extraño que se echase una partida *al siete y medio* ó *á la peregrila*.

Debo decir á fuer de verídico que en estas expansiones familiares no tomaban parte las jóvenes solteras hasta la edad de veinticinco ó treinta años, porque sus padres consideraban perjudicial para su desarrollo moral el que pudieran escuchar alguna frase que *despertase sus sentidos*.

#### II.

A la tertulia de D. Bartolomé, como á la de la mayor parte de las personas de buena posicion, acudian dos frailes.

Esto nada tenia de extraño.

A principios del siglo actual habia en Madrid más de dos mil repartidos en treinta y cinco conventos.

Poco aficionados, por lo general, á los paseos, se distribuian en las casas de las familias mejor acomodadas de la córte, y es fama que intervenian muchas veces en los asuntos domésticos y aun privados de las personas á quienes visitaban.

### III.

Era costumbre obsequiarles con chocolate, y siendo tan aficionados los reverendos al soconusco, dicho se está que no serian los últimos en asistir á aquellas reuniones.

Los que concurrían cuotidianamente á casa de don Bartolomé llamábanse fray Celedonio el uno y fray Antolin el otro.

El primero, además de ser confesor de la esposa del ex-intendente, era tambien, por decirlo así, su consejero áulico.

### IV.

Los maliciosos, cuando recuerdan las atenciones de que eran objeto los frailes en las casas de nuestros abuelos por parte del sexo femenino, quieren atribuir á algo más que amistad la buena acogida que les tribuaban.

A nuestro juicio esto solo era el resultado de la envidia, y se queria por semejante medio destruir la influencia que como colectividad ejercia el clero en nuestra católica España.

El día á que nos referimos, apenas acababan de sentarse fray Celedonio y fray Antolin en casa de D. Bartolomé, llegó éste, y despues de saludarles respetuosamente y besarles la mano:

V.

—No me riñan Vds., les dijo, por no haber asistido ayer al sermon del padre Millan.

—Ya le habiamos á Vd. echado de ménos.

—Y en verdad, que se ha perdido Vd. una cosa buena.

—Tengo noticia de que fray Millan es elocuentísimo.

—Y de una vasta erudicion.

—Su voz es tan persuasiva y su oratoria es de una sencillez tan poética, que conmueve á cuantos le escuchan.

—Tengo entendido que hace poco ha llegado á Madrid.

—Así es, en efecto; él pertenecia al convento que de nuestra órden hay en Valladolid. El general tuvo noticia de sus grandes dotes oratorias y le encargó viniese á predicar el sermon de Dolores. Despues él solicitó y obtuvo permiso para permanecer aquí, y todos nos

honramos con su determinacion de permanecer entre nosotros.

—Pues cada vez siento más no haberle oído; pero la superiora de Capuchinas, ya saben Vds., sor Angela, me dió un encargo para la secretaría de Hacienda y fui á complacerla. Tiene un sobrino, gran pendolista, que desea entrar como meritorio en dicha secretaría.

—¿Qué edad cuenta?

—Veinticinco años.

—Ambicioso es para ser tan jóven.

—¡Oh! ¡pero es muy aplicado! Ya lleva dos años de latin con gran aprovechamiento.

—¿Y qué noticias corren por ahí respecto de la guerra?

—Que la paz será un hecho dentro de poco tiempo. Y á propósito de esto, ¿ya habrán Vds. oído lo que se dice de mi amigo Godoy?

—¿Qué?

—Que se le va á conferir un título.

—No lo extraño, dijo con sorna fray Celedonio. La reina le ha tomado bajo su proteccion y es verdaderamente pródiga; tal vez más de lo que debiera.

—Hermano, contestó fray Antolin, tenga un poco de caridad. Esas apreciaciones que se permite son pecaminosas.

—Vamos, no sea hipócrita fray Antolin, que otras veces no es el último en dar pábulo á lo que dice la crónica escandalosa.

## VI.

El reverendo no se dió por aludido, y dirigiéndose á D. Bartolomé:

—Continúe Vd. lo que nos estaba refiriendo.

—Pues decia que se le va á conferir el título de príncipe nada ménos.

—¿Y á qué viene ahora esa gracia tratándose de la guerra?

—Como él es el que ha negociado para la paz entre España y Francia, se le llamará en lo sucesivo, si aquella se efectúa, *príncipe de la Paz*.

—Si no fuera bochornoso que un aventurero disfrutase de tanto favor, seria risible que acumulase tantos honores y distinciones.

—Digan Vds. lo que quieran, prosiguió D. Bartolomé, que recordaba que habia sido amigo de Godoy en otro tiempo, no negarán que si el favor ha entrado por mucho para alcanzar la posicion que hoy ocupa, le ha ayudado mucho su talento.

—No negaré semejante cosa; pero en su edad no puede haber el aplomo, la experiencia que requieren los negocios de Estado.

—Yo por mi parte reconozco que la intriga la maneja á las mil maravillas.

—Solo así se comprende que haya podido arrebatarse las riendas del gobierno á un hombre tan eminente como el conde de Aranda.

—Asombra lo que ha medrado en poco tiempo.

—No le envidio sin embargo, dijo sentenciosamente fray Antolin. Las posiciones que se fundan en bases tan deleznales como en la que asienta la suya D. Manuel Godoy vienen al suelo al primer vaiven de la fortuna.

## VII.

La conversacion empezaba á tomar un giro algo inconveniente hallándose delante una señora; pero presentándose Paquita con las jícaras de chocolate en una bandeja, seguida de una criada que en un cestito traia bizcochos, puso fin á ella.

—Dios guarde á sus mercedes, dijo sin levantar los ojos.

Fray Celedonio y fray Antolin miraron á la hermosa Paquita para admirar aquella obra de Dios, y de paso al rico chocolate que iba á servirles.

Terminado este se retiró la jóven, y fray Celedonio dirigiéndose á su madre:

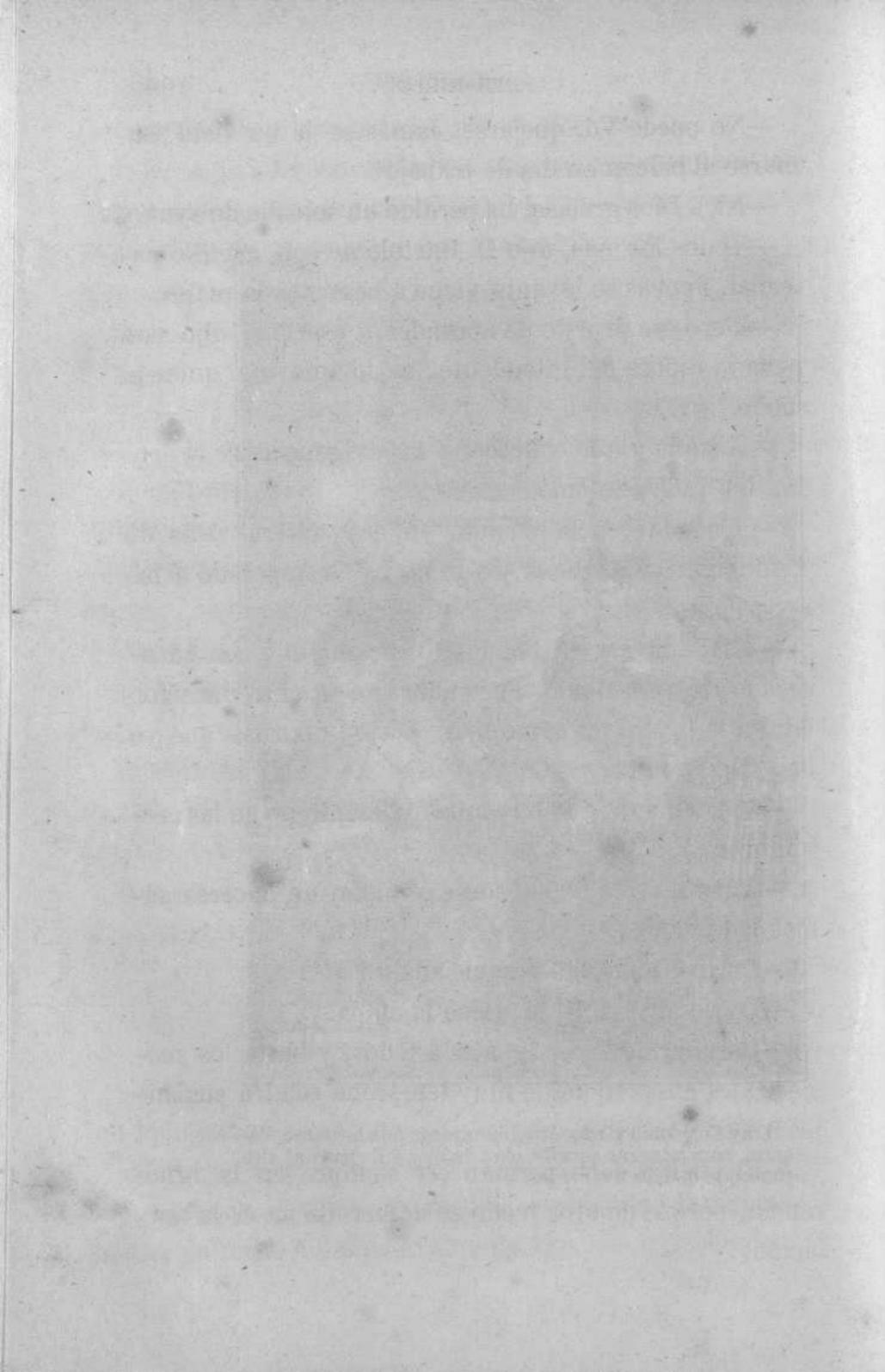
## VIII.

—Orgullosa puede Vd. estar, dijo, de tener una niña tan bien educada.

—Gracias á los consejos de Vds.; pero gracias tambien á mi celo, porque las muchachas del dia, si se las dejase, yo no sé á dónde irian á parar.



Fray Celedonio y fray Antolin miraron á la hermosa Paquita, para admirar aquella obra de Dios y de paso al rico chocolate que iba á servirles.



—No puede Vd. quejarse. Jamás se le ha visto asomarse al balcon en dia de trabajo.

—Ni, á Dios gracias, ha perdido un solo dia de ayuno.

—Todos los dias, dijo D. Bartolomé con orgullo paternal, apenas se levanta viene á besarnos la mano.

—Pero ese prurito de aprender á escribir, dijo con pena la esposa del intendente, es lo que me quita el sueño.

—Algo hay que conceder á las exigencias de la época, dijo D. Bartolomé.

—¡Qué diferencia cuando yo era soltera! Más de veinticuatro años tenia y aun no habia empezado á hacer palotes.

—Esa, esa era la buena educacion, dijo con entusiasmo fray Celedonio. Pero ahora se da una educacion fatal á la juventud, salvo la excepcion honrosa que yo hago de Paquita.

—Ciertamente que hay mucho desenfreno en las costumbres.

—Y yo no sé á qué obedece ese afan de hacerse sábias las mujeres.

—Pero si todo está desquiciado.

—La bondad de S. M. tiene la culpa.

—Ha querido hacer iguales á todos, y hasta los menestrales enseñan desde muy temprana edad á sus hijos á leer y escribir.

—El pueblo debe permanecer siempre en la ignorancia, porque de otro modo se desarrolla en él la ambicion.

—Naturalmente.

—Lo que va á suceder con esa manía de querer ser todos sábios, es que va á llegar día que no haya quien se ocupe en hacer zapatos ni en labrar la tierra.

—Y no ha de tardar mucho.

—Pues todo hay que agradecerérselo á D. Manolito Godoy.

—Ese mentecato ha de ser la ruina de España.

—Como que el demonio le inspira.

Los reverendos continuaron despachándose á su gusto, como se dice vulgarmente, respecto al duque de la Alcudia, y una hora despues se despedian de los dueños de la casa para retirarse á su convento.

## CAPITULO XXV.

Una intriga disfrazada de caridad.

### I.

Caminaban murmurando todavía de la privanza de que disfrutaba D. Manuel Godoy, amenizando su conversacion con chanzonetas que, á haberlas oido, no hubieran sido muy del agrado de Cárlos IV, cuando saliendo á su encuentro una mujer como de unos cuarenta años:

—¿Sus mercedes tendrán la bondad de decirme si conocen á fray Antolin?

—Yo soy; ¿qué se ofrece, hermana?

—La señora marquesa de la Llana me mandó que fuese al convento y preguntase por su mercé, porque desea verle.

—Diga Vd. á su señora que me honraré mucho en ponerme mañana á sus órdenes. A no ser, añadió, que fuese para algo urgente. ¿Está enferma tal vez y desea confesarse?

—No, señor; solo desea consultar no sé á vuestra reverencia.

—Pues nada, repito lo dicho; mañana iré.

La fámula besó la correa del hábito de fray Antolin y fué á dar el recado á su ama.

## II.

No hay para qué decir que el reverendo cumpliría su palabra.

Al dia siguiente acudió á casa de la aristocrática dama.

Esta, apenas le anunciaron la visita del reverendo:

—Mil perdones le pido á Vd. por la libertad que me he tomado de molestarle, le dijo.

—La señora marquesa me honra mucho al llamarme á su casa, y solo deseo poder serle útil.

—Mi objeto, dijo aparentando una sencillez, un candor de que carecia, es hacer algunas limosnas, y queria consultar á Vd. sobre las familias que en el barrio se hallan en mayor necesidad de ser socorridas.

—Laudable es mil veces esa intencion; lo primero, por la filantrópica idea que entraña, y además por el legítimo deseo de no convertir el óbolo de la caridad en medio de fomentar la holganza y los vicios.

—Pero ahora me ocurre una idea. Mejor será entregar á Vd. la suma que destino á esas limosnas para que Vd. la distribuya.

—No sé si debo admitir...

—Permítame su merced, que es un deber de su mi-

nisterio endulzar los dolores del que sufre, atenuar los padecimientos de los necesitados.

—Ciertamente que no puedo eludir obligacion tan sagrada.

—Por otra parte, sin que yo deje de agradecer en lo que vale esta molestia que le ocasiono, creo, si mal no recuerdo, que otras señoras le dan encargos semejantes. Si la memoria no me es infiel, hace pocos dias que la esposa de un ex-intendente de Filipinas confió á Vd. cincuenta ducados para que los distribuyera.

—Es cierto, y además regaló al santísimo Cristo de la Misericordia una sabanilla bordada por su hija Paquita.

—¿Paquita se llama la hija de esa señora? preguntó afectando curiosidad.

—Ese es su nombre. ¿Acaso la conoce Vd.?

—He oido hablar de una Paquita, pero no debe ser esa.

—¿Qué apellido tiene la á que Vd. se refiere?

—Samaniego.

—Es la misma.

—¡Qué casualidad! Tengo entendido que es muy bella.

—Su mejor hermosura es la educacion que le han dado sus padres. Es una muchacha modelo de candor.

## III.

La marquesa se mordió los labios.

—Para que se vea lo injusto que es el mundo, continuó, ¿querrá Vd. creer que se asegura que esa jóven, á pesar de su corta edad, tiene ya novio?

—¡Calumnia! Dificilmente se podrá hallar hoy día una jóven más humilde, más inocente, más candorosa... En fin, ¿Vd. supone que si algo existiera de lo que dice, no lo sabría ya su señora madre y me lo habria comunicado á mí, que me consulta en todo?

Matilde se sonrió maliciosamente.

## IV.

—Dice un refran, exclamó la marquesa, que del agua mansa nos libre Dios... Paquita tiene novio y ya le ha escrito varias cartas, bastante apasionadas por cierto.

—No puede ser; esa niña no sabe escribir; ahora empieza á aprender.

—Eso creen sus padres. Pero debo ser completamente franca. ¿Vd. extrañará cómo sé yo todos estos detalles?

—¡Efectivamente!

—Nada más sencillo; tengo un sobrino que es el novio en cuestion de esa niña.

—¿Será posible? preguntó con asombro fray Antolin. Mentira parece que sus padres no se hayan apercibido.

—Anda por medio una criada muy gazmoña, pero muy ladina.

—¡Jesus, María y José! exclamó santiguándose fray Antolin. ¡Qué corrupcion! ¡Qué hipocresía! Pero yo hablaré á sus padres para que tomen una determinacion severa.

## V.

La marquesa, que habia logrado traer la conversacion al punto que se proponia:

—He ofrecido hablar á Vd. con franqueza y voy á cumplir mi palabra.

—Escucho á Vd. con el mayor gusto.

—Yo quisiera á todo trance destruir esos amores de mi sobrino y Paquita, porque tratándose de un hijo de mi desgraciado hermano, que no tiene á nadie en el mundo más que á mí que vele por su felicidad, es deber mio oponerme á esa boda.

Fray Antolin empezó á comprender el verdadero objeto de la invitacion que le hizo Matilde para que fuera á su casa.

## VI.

—Ha de saber Vd., continuó esta, que todos los de la familia habiamos proyectado enlazar á Enrique, que así se llama mi sobrino, con una jóven hija de padres ilustres y que además de poseer un corazon excelente, una belleza poco comun y un carácter angelical, une á estas condiciones la de poder aportar al matrimonio un dote considerable.

—Vd. sabe muy bien que las riquezas no constituyen la felicidad.

—Por sí solas no; pero pueden contribuir á ella. En fin, yo, que sé la legítima influencia que ejerce Vd. en esa familia, reitero mi súplica.

—Lo más grave que encuentro en el caso es que Paquita no haya hecho conocer á sus padres esos amoríos.

—¡Y tan grave! Mi sobrino es de carácter impetuoso, vehemente en sumo grado, y si pronto no ponemos remedio pudiera esa jóven llorar eternamente.

—Es verdad; así, pues, permítame V. E. que me retire; no podemos perder tiempo. Yo, con la mayor cautela, averiguaré lo que haya y obraré en consecuencia.

## VII.

Fray Antolin iba á retirarse, y la marquesa, dando á su voz el acento más dulce:

—Con la conversacion nos habiamos olvidado de lo principal.

Abriendo un buró sacó de él un cartucho de monedas, y entregándolas al reverendo:

—Sírvasse Vd. distribuir las entre las personas que más lo hayan menester.

—Así lo haré, y en su nombre le doy las gracias.

—Puedo asegurar á Vd. que la mayor satisfaccion que me ofrecen las riquezas que poseo es la de poder aliviar con ellas algun tanto las penas de los menesterosos.

—Esas ideas la enaltecen á Vd. á los ojos de todos.

—Mil gracias.

La marquesa, despues de ofrecer á fray Antolin con la mayor distincion su casa y de besar su correa, le despidió.

El fraile por su parte prometió volver á participar á la aristocrática dama el éxito que podia esperar de la mision que le habia confiado.

## VIII.

—Pues señor, se iba diciendo el bueno de fray Antolin, positivamente las predicaciones modernas van influyendo de una manera desastrosa en el modo de ser de la sociedad actual y amenazan destruirlo todo con sus teorías disolventes. ¡Hasta en la familia, hasta en los sentimientos se empiezan á tocar ya sus desastrosos efectos!

¡Es inaudito, es inverosímil lo que sucede! Al candor de las jóvenes ha reemplazado la hipocresía más supina. ¡Pero si no puede ser que en Paquita haya tanta doblez! Una muchacha educada con tanto recogimiento... ¿Si tendré que convenir con fray Millan, que dice que el exceso de severidad de costumbres para con la juventud es siempre contraproducente? ¡Bah! ¡bah! esas son teorías y nada más. A bien que hasta ahora España puede decirse que ha sido el país propio de la familia, y no es de presumir que un breve tiempo pueda trastornar nada nuestras costumbres.

Y como si esta reflexion le hubiese tranquilizado algun tanto, se dirigió á su convento y refirió á su inseparable amigo fray Celedonio cuanto habia ocurrido en la entrevista que acababa de celebrar con la marquesa de la Llana.

### III

## CAPITULO XXVI.

### Severidad é hipocresía.

#### I.

Fray Antolin y su inseparable fray Celedonio fueron aquella tarde, como de costumbre, á casa del ex-intendente.

El primero, aprovechando un momento oportuno, dijo á la madre de Paquita:

—Vaya Vd. mañana á la hora en que estoy en el confesonario, porque tengo que enterarla á Vd. de un asunto de gran interés.

—¿Pero no podré saber...?

—Necesitamos hablar sin testigos, se limitó á contestar el reverendo.

#### II.

Aquella noche la pasó la buena señora en la mayor inquietud.

—Qué tendrá que decirme fray Antolin, exclamaba. Y que debe ser grave el asunto es indudable, puesto que

quiere que estemos sin testigos. ¿Si se tratará del casamiento de mi hija? Hace días que viene aconsejándome la conveniencia de que tome estado mi Paquita, y no sería extraño que fray Antolin, que tanto interés se toma por nosotros, si en alguna de las casas que frecuenta hay algún jóven de buenas cualidades, trate de unirle con mi hija.

Esta reflexion, que hoy parecerá extraña á nuestros lectores, era en aquella época muy natural, si se tiene en cuenta que la mayor parte de los casamientos los hacian los frailes sin contar con la voluntad de los futuros cónyuges, y á veces ni aun con la de sus padres.

### III.

A la hora convenida fué, pues, la madre de Paquita á ver á su confesor.

Este con la mayor gravedad:

—Antes de manifestar á Vd. el motivo á que obedece mi deseo de hablar á Vd., le voy á hacer varias preguntas.

—¡Ay, Dios mio! me asusta el tono con que hoy me habla Vd.

—Calma, hija mia, calma. Vamos á ver. ¿Vd. cree que yo me intereso por su felicidad y por la de toda su familia?

—No lo he dudado un momento.

—Bien; ¿Vd. supone que á no ser por una causa inevitable jamás le proporcionaria yo un disgusto?

—Me aterra ese preámbulo.

—Es para demostrar á Vd. la pena que me causará decirle que vigile mucho á su hija.

—Si solo de eso se trata, dijo con dignidad maternal la buena señora, estoy completamente tranquila. A Dios gracias, la educacion que he dado á mi hija, el ejemplo que ha visto en mi casa, la severidad de costumbres en que la hemos criado aleja de mí todo temor.

—Soy el primero en reconocer la severa austeridad en que Vd. y su esposo han tratado de educar á su hija; pero á veces los más nobles propósitos, los mayores sacrificios son estériles por los consejos officiosos, por las malas artes, por las sugerencias de personas que por imprevision muchas veces, por vil interés, por egoismo otras, van infiltrando poco á poco el veneno en el corazon de las hijas de familia.

—No comprendo...

—Vigile Vd. tambien á la criada y tal vez hallará la clave. Hoy por hoy no puedo decir más. Mi deber de amigo me aconseja prevenir á Vd.; mi deber de confesor me prohíbe violar el secreto del tribunal de la penitencia.

—Pero...

—Ni una palabra más.

Y sin dar tiempo á que formulase su interlocutora nuevas preguntas, salió del confesonario y se dirigió á la sacristía.

## IV.

La indignación que se apoderó de la virtuosa señora fué inexplicable.

Vertiendo abundantes lágrimas permaneció algun tiempo rezando á la Santísima Virgen, á fin de que la iluminase para poder conjurar el peligro que amenazaba á su tranquilidad, y terminada su plegaria regresó á su casa.

Cuando llegó, Paquita se acercó para quitarle la mantilla; pero la madre separándola bruscamente:

## V.

—No se acerque Vd. á mí, infame, dijo.

La jóven presintió que iba á comenzar una escena terrible.

—Póngase Vd. de rodillas y jure decir verdad á cuanto voy á preguntarle.

—Su mercé puede preguntarme cuanto guste, balbuceó Paquita.

—Con esas gazmoñerías nos ha tenido Vd. engañados á su padre y á mi; pero yo le prometo que si las sospechas que me han hecho concebir tienen fundamento, ha de concluir Vd. los dias que le restan de vida en un convento.

—Pero ¡por Dios!

—¡Silencio! No me replique Vd., infame. Estos dias anda Vd. en secretitos con la criada.

—¡Yo!

—Sí; y no debe ser para cosa buena cuando todo el mundo se escandaliza.

—Yo juro á su mercé que la han engañado. Además yo no me separo de su lado, y con la criada solo he ido alguna que otra vez á misa.

—Dígame Vd. la verdad.

—Si yo...

—Nada, nada; necesito saberlo todo.

—Pero si nada tengo que decir.

—Está bien; retírese Vd... Yo averiguaré.

Paquita iba á obedecer; pero su madre, dispuesta á depurar la verdad, y temerosa de que su hija podia prevenir á la criada:

—Entre Vd. en esa alcoba, dijo.

Paquita, sin despegar los lábios, puso en práctica aquella órden.

## VI.

—¡Tomasa! ¡Tomasa! exclamó la madre llamando á la criada.

—¿Qué manda su mercé?

—Venga Vd. acá. Cuando acompaña Vd. á misa á mi hija, ¿quién suele acercarse á hablar con ella?

—Nadie.

—No niegue Vd. y trate de engañarme, porque lo sé todo.

—Pero, señora...

—¡Es el modo que tiene Vd. de agradecer el pan que come!

—Bien sabe Dios que de nada me acusa la conciencia.

## VII.

Pronunció con tal serenidad estas palabras, que casi desconcertó á su ama.

Pero esta, queriendo jugar el todo por el todo, acercándose á su oído:

—Paquita me ha confesado que suele esperarla un jóven y que frecuentemente Vd. le trae recados suyos.

—La señorita no dirá eso delante de mí, porque no es cierto.

—¿Con que no es cierto?

—No, señora; y para que su mercé no desconfie de mí, ahora mismo me da la cuenta, que me marchó.

—Espere Vd. á que venga el amo.

—Esperaré.

Tomasa se retiró.

—Pues señor, se decia la buena señora, sin duda el extremado cariño que nos profesa fray Antolin le ha hecho ver algun peligro donde realmente no existe. Es imposible que Paquita insistiese con tanto aplomo y lo mismo Tomasa. Yo vigilaré, sin embargo.

## VIII.

No hay para qué decir que la jóven ansiaba poder hablar con Tomasa para ponerse de acuerdo, á fin de que no se descubriese lo que tanto interés tenia en ocultar.

—O mucho me equivoco, dijo Tomasa, ó en este asunto debe de andar fray Antolin.

—Pero ¿cómo habrá podido saber...?

—¡Ay, señorita! los frailes son muy entrometidos, y como conocen á tanta gente y son tan preguntones, todo lo averiguan.

—¿Y qué debo hacer?

—Por de pronto escribir al señorito D. Enrique noticiándole lo que ocurre. Dígale Vd. que hasta que usted le avise ni siquiera me hable á mí cuando me encuentre en la calle; que tampoco pase por delante de la casa á las horas en que la señora no está; en fin, que tenga mucho juicio, porque pudiera perderse todo.

—Tienes razon; pero ¿cuándo escribo yo esa carta? Ahora me vigilarán más que nunca.

—Todo puede arreglarse. La señora va á ir esta tarde á la novena. Manifieste Vd. gran interés en acompañarla y esto bastará para que se lo prohíba. Una vez solas en casa, Vd. escribe la carta, y cuando venga el aguador yo se la doy diciéndole que es para un primo mio.

—Excelente idea. ¿Con qué te pagaré yo esto?

—En el mundo debemos ayudarnos unos á otros.

—Si yo no me casase con Enrique seria desgraciada toda mi vida.

—Por eso le ayudo á Vd. y porque comprendo que es un jóven muy apreciable.

—¡Me quiere tanto!

—Hasta ahora así parece; pero no le demuestre usted demasiado cariño porque los hombres abusan.

—¡Dices unas cosas...! El no seria capaz...

—Señorita, Vd. sabe poco de mundo. Créame Vd. á mí; si en otro tiempo no hubiera yo sido tan tonta no estaria ahora sirviendo... Pero, en fin, olvidemos lo pasado. Al fin y al cabo la experiencia no se adquiere de balde.

Paquita puso en práctica el plan de la doméstica y todo salió segun habia previsto esta.

Veamos cómo se expresaba en su carta la niña á quien sus padres creian tan candorosa.

—Excelente idea. Con que te pagaré yo estos

## CAPITULO XXVII.

### Una conferencia en una celda.

#### I.

«Enrique de mi vida: No vengas á verme hasta que yo te avise, ni aunque encuentres á Tomasa te detengas á hablarla.

»Yo no sé quién ha sospechado el cariño que nos une y lo ha comunicado á mis padres.

»Mucho trabajo me ha costado mentir, pero he negado y por mí nada se ha sabido.

»Gracias á Tomasa, que tanto se interesa por nuestra felicidad, puedo hacer que esta carta llegue á tus manos.

»No puedes figurarte lo que me cuesta condenarme yo misma al suplicio de no verte. Tú, si me quieres como dices, sufrirás tambien, pero consuélate al saber que te adoro cada dia más y que estoy dispuesta á todo con tal de ser tu esposa.

»He dicho antes que no sabia á quién atribuir el que nos hayan descubierto, pero ahora que recuerdo que mi madre salió á misa temprano, casi me atreveria á

apostar á que ha sido fray Antolin el que ha ido con el cuento.

»Adios, Enrique mio, y acuérdate siempre de la que nunca te olvida.—Tuya,

P.»

## II.

La lectura de la anterior epístola produjo en el corazon del enamorado jóven una verdadera tempestad.

Enrique Perez de Guzman, que amaba con delirio á Paquita, que habia concentrado en ella todo su cariño, que era muy feliz al pensar solo en la dicha que le sonreiria el dia que pudiera llamarla su esposa, al concebir el temor de que una intriga pudiera destruir todas sus ilusiones, con esa impetuosidad propia de la juventud, sin meditar en las consecuencias se dirigió al convento y preguntó por fray Antolin.

## III.

Una vez en su celda:

—¿Es el padre fray Antolin á quien tengo el honor de hablar?

—Yo soy.

—En ese caso suplico á su merced me conceda un momento de atencion.

—Con mucho gusto; tome Vd. asiento.

—Mil gracias, dijo Enrique sin aceptar aquel ofrecimiento.

—Veamos de qué se trata.

—Segun tengo entendido, Vd. va diariamente á casa de un ex-intendente de Filipinas.

—Es cierto.

—Ese caballero tiene un hija...

—Paquita.

—Ha pronunciado Vd. su nombre. Pues bien, yo adoro á esa jóven, ella me corresponde y estoy resuelto á vencer todos los obstáculos que se opongan á nuestra felicidad.

—¿Segun eso, los padres de la muchacha no son gustosos en que se realice ese casamiento?

—No he consultado su opinion.

—Eso es muy grave. Todo jóven, lo primero que debe hacer al conocer á una muchacha, si sus fines son buenos, es hablar á los padres; los caminos tortuosos no conducen más que al pecado.

—No niego ni concedo la exactitud que pueda tener esa opinion; pero á mi juicio me parece absurdo el dar el paso que Vd. aconseja sin tener la seguridad de que corresponde la persona amada.

—Esas son argucias para eludir el cumplimiento de las leyes que ha establecido la moral.

#### IV.

Enrique Perez de Guzman, que deseaba cuanto antes ir al verdadero objeto que allí le habia llevado:

—No perdamos el tiempo en una discusion inútil. Ni

Vd. podría convencerme á mí, ni yo trataré de imponerle la opinion que he formado hace tiempo respecto á las costumbres, á las prácticas establecidas.

Habia tal vehemencia en la voz del jóven, causaban tal energía sus palabras, que fray Antolin, á pesar de su edad y de su experiencia, se sentia dominado por la entereza del imberbe mancebo.

—Y bien, exclamó para reanudar aquel interrumpido diálogo.

—Al decir que estaba resuelto á destruir todos los obstáculos que se opusieran á nuestra dicha, me referia á Vd., añadió Enrique de una manera harto brusca.

—¿A mí?

—Sí, señor; porque nadie sino Vd. ha podido enterar á los padres de Paquita del cariñoso lazo que une nuestras almas.

VI.

El reverendo sacó de entre los hábitos la caja del tabaco, tomó un polvo de *flor baja* y se aventuró á decir:

—¿Y si yo demostrase á Vd. que si he dado algun paso ha sido por su bien?

—¿Por mi bien?

—Sí; voy á ser franco con Vd. Disculpo que á su

edad crea que es una pasión avasalladora lo que solo sea tal vez una ráfaga de sensualismo, y dicho se está con esto que en el estado en que se encuentra, nada tiene de extraño que desoiga la voz de la conveniencia, de la razón, que le brindan un enlace que verdaderamente labraria su felicidad.

—No prosiga Vd., que ya sé dónde vamos á parar. Vd. va á hablarme de una jóven que se llama Dolores, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—No tiene Vd. que decirme quién es la persona que tiene interés en destruir mi enlace con Paquita: ya le he dicho que preferia la miseria á renunciar á mis ilusiones, y tengo suficiente firmeza de carácter para no doblegarme por nada ni por nadie.

—Reflexione Vd., jóven. ¿Qué porvenir le aguarda á Vd. casándose con Paquita? Al paso que aceptando el enlace que le proponen quienes verdaderamente se interesan por su felicidad...

—No se moleste Vd... Sostengo lo que he dicho tantas veces, y debo advertirle que si Vd. aprecia á la familia de Paquita, si desea que conserve su buen nombre, no debe oponerse á nuestros amores. Convencido de que corresponde á mi cariño, estoy decidido hasta á dar un escándalo, y francamente, no quisiera que la que sea mi esposa diese pábulo á la murmuración...

—¿Seria Vd. capaz...?

—De todo; ó pondria fin á mis dias.

—¡Qué horror! El suicidio es un crimen que condenan las leyes civiles y reprueban las leyes morales.

—Digo á Vd. esto para demostrarle cuál es la situacion de mi espíritu.

## VII.

Fray Antolin, que preveia algo funesto para Enrique:

—Le veo á Vd. en mal camino, le dije, y como yo tendria un remordimiento eterno en haber sido causa de que adoptase una determinacion extrema, le prometofirmemente [no mezclarme en lo sucesivo en nada que se relacione con Vd. ni con Paquita.

—¿De forma que Vd. confiesa...?

—Confieso que yo he sido quien ha encargado á la madre de esa jóven que la vigilase; pero repito mi promesa. Siento, sin embargo, que Vd. se halle tan obcecado que no vea la situacion á que quedará reducido el dia en que por completo rompa con la persona á quien debe la posicion que hoy disfruta.

—He pensado en ello, y me parece que encontraré el remedio de abandonar esa tutela que yo habia creido hija del cariño; pero me convenzo cada dia más de que solo procede del egoismo, de que obedecia á un plan hace ya tiempo meditado. Y me ofende esto tanto más cuanto que estoy seguro de que se había considerado mi corazon como una mercancía.

Fray Antolin nada respondió á las palabras de Enrique, y este se despidió un momento despues.

## CAPITULO XXVIII.

### Medidas extraordinarias.

#### I.

Como los maliciosos atribuian principalmente la prínzanza de que disfrutaba D. Manuel Godoy á sus amores con una alta persona, Enrique Perez de Guzman creyó que, franqueándose con el duque de la Alcudia, pintándole su situacion le protegeria y alcanzaria por su poderosa influencia un destino en América, con cuyo sueldo podria atender con desahogo á las necesidades de su futuro estado.

#### II.

—Si consigo que el duque acoja mi peticion con benevolencia, si realiza mis aspiraciones, entonces iré á pedir á los padres de Paquita la mano de su hija. La verdad es que hoy por hoy aventuraria mucho si lo efectuase, porque seria probable que mi tia, resentida por no haber yo aceptado el enlace que me proponia, trabajase para que me quitaran el destino que debo á

su influencia. Además, yo debo gestionar para mi traslación á América, porque estoy convencido que en la Península no me libraria de las asechanzas de mi vengativa parienta. Pudiendo ofrecer una posición á mi futura, yo creo que sus padres no negarán su consentimiento para nuestro enlace; pero si le negaran, como Paquita sea gustosa, acudiré al amparo de los tribunales para que ordenen el depósito.

### III.

— La entrevista que el enamorado jóven tuvo con Godoy fué en extremo satisfactoria para él.

— Enrique Perez de Guzman, con esa poesía que presta al lenguaje el corazón cuando le llena por completo un sentimiento avasallador, le pintó la situación de su espíritu, y el duque de la Alcudia no pudo ménos de interesarse por él.

Profesaba el privado la teoría de que las grandes pasiones solo se albergan en las almas privilegiadas, y que solo las almas vulgares podrán oponerse á su desarrollo.

— Así, pues, apenas formuló el jóven su petición:—

### IV.

— A decir verdad, exclamó, si yo obedeciera á los ruegos de la amistad no debería acoger su súplica. Y digo esto, porque su señora tía, mi distinguida amiga

la marquesa, me habia hablado varias veces de este asunto, confiándome que su mayor deseo era que se casase Vd. con la hija del marqués del Puente.

—Razon más para que yo agradezca tanta bondad.

—No soy yo de los egoistas que dispensan un favor por el solo hecho de que se les agradezca. A mi juicio, cuando se lleva á cabo algun acto generoso, por meritorio que sea, si se busca recompensa, pierde toda su grandeza. En la vida todas las acciones deben medirse, no por el sacrificio que haya que arrostrar para verificarlas, sino por la utilidad, por el consuelo, por la felicidad que puedan reportar á la persona que sea objeto de ellas.

## V.

Enrique Perez de Guzman escuchaba embelesado á Godoy, y en su interior disculpaba á la persona que era blanco de las murmuraciones de todos por haberse apasionado de un hombre que, al ser sincero, al expresarse de aquel modo, revelaba poseer un gran corazon.

—Después de haber oido á Vd., prosiguió el duque de la Alcudia, seria hasta criminal secundar los planes de su señora tia. Sé algo de achaques de mundo, y ayudarla en su empresa equivaldria á labrar la desdicha de Vd. y á malograr disposiciones que pueden ser muy útiles para el servicio de la nacion. Déjeme Vd. las señas de su casa y esta noche recibirá el nombramiento de su destino, en el que pueda hacer gala de los vastos conocimientos que le adornan.

Enrique dió las gracias á Godoy, y respetuosamente se despidió de él.

## VI.

El tiempo que medió hasta el momento en que recibió la credencial ofrecida le pasó formando mil risueñas ilusiones para el porvenir.

Las ocho de la noche serian cuando un ugier del ministerio le entregó un nombramiento de oficial de la Caja Real de la Habana con 4.000 duros de sueldo.

## VII.

A pesar de que Enrique Perez de Guzman llevaba ya algunos años de servicio, su elevacion á aquel empleo escandalizó á todos.

Se creia en aquella época que para ocupar ciertos puestos era preciso haber llegado á una edad proveyta y tener dilatados años de buenos servicios.

Es verdad que entonces no se conocia en España lo que se llama progreso, y no se veia, por lo tanto, que los que acababan de salir de las áulas ejerciesen cargos que por ningun concepto eran aptos para desempeñar.

## VIII.

Enrique, como hemos dicho antes, se presentó en casa de los padres de su prometida.

Habia escrito al ex-intendente suplicándole una entrevista y terminaba su carta con estas palabras:

«Habiéndome confiado S. M. un puesto importante en la Habana, para poder llenar fielmente mis deberes me complaceria en extremo oír de labios de una persona tan ilustrada como Vd., de tan vastos conocimientos, los consejos, las observaciones que se sirviera darme sobre nuestras posesiones ultramarinas.»

## IX.

Como se ve, Enrique comenzaba halagando el amor propio del padre de Paquita, y este era un buen medio para captarse sus simpatías y llegar á la realizacion de sus propósitos.

El ex-intendente se apresuró á contestarle; cuando fué Enrique le recibió en su despacho, y en su conversacion, que duró más de tres horas, exhibió aquel antiguo funcionario todos sus conocimientos rentísticos y hasta le leyó varias Memorias que habia escrito para mejorar los ingresos del Erario, especialmente en la renta de tabacos.

## X.

Enrique escuchó con evangélica resignacion la lectura de aquellos escritos, los elogió exageradamente, y cuando su interlocutor le felicitó por haber alcanzado tan jóven un puesto tan importante y de tanta confianza como aquel para que era nombrado:

—De Vd. depende, dijo, que pueda ser completamente feliz.

—¿De mí?

—Sí señor.

—No comprendo...

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—Vd. tiene una hija á quien yo adoro, y de quien, segun creo, soy correspondido.

## XI.

El padre de Paquita se quedó estupefacto al oír aquella revelacion á quema-ropa.

—Caballero, exclamó, mi hija está educada en el mayor recogimiento y por su edad ignora completamente qué cosa sea amor. No sé en qué funda Vd. que ella corresponda á su cariño.

—Tengo pruebas que me dan derecho á explicarme así.

—No puede ser.

—Y si yo dijera á Vd. que poseo cartas de su hija que me hacen el más feliz de los mortales.

—Es imposible; mi hija no sabe escribir.

—Vd. así lo cree; pero carta canta, añadió sacando del bolsillo de su redingote un paquete cuidadosamente atado con una cinta de seda.

—Es decir, exclamó el anciano con la mayor desesperacion, que su madre y yo hemos estado siendo ju-

guetes de nuestra hija. Y Vd., caballero, es muy poco digno en venir á insultarme á mi casa.

—No creo sea insulto, contestó Enrique, venir á pedir la mano de su hija para consagrar toda mi vida á labrar su felicidad. Por lo demás, yo juró á Vd. por lo más santo, y creo que tratándose de una jóven tan virtuosa como su hija estoy relevado de hacer semejante juramento, juro, repito, que en nuestro cariño no existe nada que pueda ofender esas canas.

—Ofensa y grave me ha inferido Vd. al no haberse dirigido á mí á consultarme oportunamente.

—He omitido ese detalle, es cierto, pero empiezo por conocer mi culpa, y Vd. sabe muy bien que el que conoce su error está cerca del arrepentimiento.

## XII.

A pesar de lo que se esforzó Enrique en disculparse con el ex-intendente, este fué inexorable.

—Negó su consentimiento, y Enrique tuvo que ponerse bajo el amparo de la ley.

La niña fué depositada en casa de un alcalde de Córte, y evacuadas las diligencias consiguientes, cuando terminó el plazo prefijado por la ley dió su mano de esposa á Enrique.

## XIII.

Despues de recibida la bendicion nupcial, ceremonia á que no asistieron los padres de Paquita, los novios

fueron á instalarse á la fonda del *Grifon de Oro*, y dos dias más tarde ocupaban una galera que hacia el viaje á Cádiz.

Ocho dias despues se daban á la vela para la Habana, felices porque habian realizado sus designios, pero sintiendo á veces opresion en el alma porque recordaban la pena que su enlace habia producido en el corazon de los ancianos padres de la jóven desposada.

## CAPITULO XXIX.

### Un mal corazon.

#### I.

Los sucesos que acabamos de narar se habian verificado con la mayor precipitacion y sin que pudiera enterarse de ellos la marquesa de la Llana.

Enrique, conociendo las intenciones de su tia, su habilidad para llevar á cabo las intrigas, habia tenido muy buen cuidado de que fray Antolin no pudiese verla, así es que la primer noticia que tuvo Matilde de la resolucion desesperada de su sobrino fué la de que habia partido á Cádiz con el fin de embarcarse para América.

Su desesperacion fué inmensa.

La locura de Enrique, como ella la llamaba, echaba por tierra todos sus planes.

#### II.

Era difícil, dada la primitiva educacion que habia recibido Dolores al lado de Pepe-Hillo y su mujer, que quisiera casarse con ella algun hijo de casa noble sin

que el marqués del Puente y ella, que estaba segura de llegar á ser su esposa en breve, tuvieran que hacer un inmenso sacrificio pecuniario.

Por el contrario, casándola con Enrique aparecería á los ojos de todo el mundo, y aun á los del mismo joven, como su protectora, y podia limitar á una pequeña cantidad el dote de la niña.

Su sobrino habia sido más hábil que ella, y como era necesario que alguien sufriese las consecuencias de su desesperacion, eligió para víctima propiciatoria á la amada de Antonio.

### III.

—Es necesario, se dijo, que esa niña no estorbe mis proyectos. Si permaneciese en el convento sin profesar, sostenida por la esperanza de llegar á ser algun día la esposa del hijo de su padre adoptivo, crecería la pasión en su alma y sería muy difícil extinguirla. Si se casa con él, y yo, como deseo, cambio mi título por el de marquesa del Puente, seré objeto de las burlas en el gran mundo. Si la sacamos del convento, si la traemos á Madrid y la presentamos en los salones para distraerla y hacerla olvidar ese amor poético que llena su imaginacion, la facilitaremos los medios de que se comuniqué con su amante, ó para lograr que le olvide y se case con otro, será de todo punto necesario darle una buena parte de la pingüe herencia de su padre. Es necesario á toda costa que renuncie al mundo y abrace para

siempre las severas reglas de la comunidad religiosa en donde se halla.

## IV.

Decidida á llevar á cabo este pensamiento, fué acto continuo á buscar á la marquesa del Puente.

Aquella buena señora, á quien sus achaques tenian retirada de la sociedad, sentia en el fondo de su corazon una inmensa pena, porque aunque comprendia que en efecto podria perjudicar al buen nombre de su familia enlazar á su nieta con el hijo de un torero, estaba persuadida de que el amor que profesaba Dolores á Antonio era verdadero, y puesto que le brindaba la mayor felicidad, sentia en extremo los obstáculos que se oponian á su ventura.

Aguardaba, sin embargo, que regresase su hijo para resolver la determinacion que habia de tomar, y como no sospechaba los planes de la marquesa de la Llana, agradecia su interés creyéndole hijo de la más desinteresada amistad.

## V.

—Estoy muy triste, dijo Matilde á la buena señora despues de saludarla, y como somos tan buenas amigas vengo á desahogar con Vd. las penas de mi corazon.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó la marquesa.

—Ya sabe Vd. el afecto que le profeso, lo mismo que á todas las personas de su familia.

—Muchas pruebas nos ha dado Vd. de su bondad.

—Hasta ahora no habia querido comunicar á Vd. un plan que he venido elaborando, pero las circunstancias lo han destruido, y ya creo un deber en mí revelársele á Vd.

—¿De qué se trata, mi buena amiga?

—Se trata de la ventura de su nieta de Vd., estrechando al mismo tiempo más y más los lazos que unen á nuestras dos familias.

Tengo un sobrino, á quien pensaba dejar todos mis bienes. Siendo jóven, honrado y ocupando una posicion en la secretaría de Hacienda, mi deseo era vencer todos los obstáculos para que se hubiera casado con Dolores. De esta manera, con los bienes de Vds. y los míos podrian haber llegado á ser poderosos y por lo tanto felices. Pero ese endiablado sobrino, sin que yo lo supiera, tenia relaciones con una jóven de la clase media, con la hija de un ex-intendente, y al saber mis intenciones, guardándose de mí ha llevado á cabo un acto que le privará en lo sucesivo de mi afecto. Contra la voluntad de los padres de la jóven, la ha sacado depositada, se ha casado con ella y ha partido para las Indias. Acto continuo he revocado mi testamento, y ya como si tal pariente tuviera.

—Es demasiada severidad.

—No lo crea Vd.; pero, en fin, ya no se trata de mi sobrino, sino de su nieta de Vd. Yo, que he sido la pri-

mera que, comprendiendo lo que es el mundo, he ayudado á Vd. á colocar á Dolores en situacion de olvidar al hijo de Pepe-Hillo, me he llegado á convencer de que no hay más remedio que acceder á esos amores, siquiera sea preciso que apenas reciban la bendicion nupcial desaparezcan de Madrid y vayan á ocultarse en el fondo de alguna provincia para que la murmuracion cortesana no menoscabe su ventura.

—Precisamente, dijo la marquesa, me preocupan esas mismas ideas.

—¿Es decir que se muestra Vd. propicia á dar su consentimiento para esa union?

—No del todo; pero entre la ventura de mi nieta y el qué dirán, me inclino más á la primera.

—Celebro infinito que estemos de acuerdo; pero por lo mismo que ya tenemos cierta edad, por lo mismo que los años nos dan cierta experiencia, es necesario, en mi opinion, antes de resolver ese problema tan árduo en realidad, tan insignificante en la apariencia, que adquiramos pleno convencimiento de que esa niña ama de veras á su novio.

—Yo estoy segura...

—Sin embargo, marquesa, en la juventud domina más el corazon que la cabeza, y sobre el corazon de los jóvenes está la imaginacion. Considere Vd. que esa pobre niña, huérfana y abandonada desde los primeros años de su vida, fué recogida por la familia de Pepe-Hillo. Creció al lado de Antonio, y de pronto se separó de él para cambiar de posicion. ¿No puede influir en el

afecto que le tiene el sentimiento de la gratitud, el deseo de pagar los beneficios que ha recibido? En buena ley todo esto seria muy plausible; pero ¿y si despues de enlazada con él para siempre llegase á persuadirse de que solo la imaginacion ó el sentimiento habian sido la causa de su determinacion?

—Eso es verdad; pero yo creo...

—A mí se me ha ocurrido un medio de conocer á fondo toda la extension de sus sentimientos.

—¿Cuál? mi querida amiga.

—Se trata de hacerle creer una fábula. Antonio está en la guerra. Hasta ahora la fortuna le ha favorecido; pero nada más fácil que perecer en un combate.

—Vamos á causarle un hondo pesar.

—Así lo creo; pero es el único medio que tenemos de convencernos. Vd., ó yo, autorizada por Vd., le ofrecemos los dos caminos que puede seguir: ó abandonar el convento y venir á la córte para vivir como la hija del ilustre marqués del Puente y aceptar un brillante casamiento, ó renunciar al mundo para siempre y profesar. Le damos tiempo para que reflexione, y si al cabo de este plazo quiere venir á Madrid, entonces podemos estar seguras de que su amor era una ilusion que el tiempo ha desvanecido. Pero si, por el contrario, poseida de un profundo dolor, no le sonrie esperanza alguna; si resuelve encerrarse para siempre en el convento, ¡oh! entonces, mi querida marquesa, podemos estar seguras de que su amor es verdadero, profundo, y este convencimiento debe decidir á Vd. y á su hijo á arros-

trar las consecuencias de su union con el hijo de Pepe-Hillo. Tendrá que renunciar quizás á la vida ostentosa de la córte, pero en cualquier aldea, en el campo, en cualquier rincon del mundo será la más dichosa de las mujeres, porque, Vd. lo sabe, el amor verdadero es la única felicidad de la tierra.

—Es Vd. mujer de talento y acepto su proposicion.

—Conocemos bastante el mundo para guiar á esa niña por el camino del bien, añadió la marquesa.

—Por mi parte estoy dispuesta á llevar á cabo su proyecto.

—Pues el mejor medio de practicarlo es que vayamos las dos á verla. Puestas de acuerdo podemos hacerla creer la fábula convenida, y dándola un plazo corto, una semana, dos, por ejemplo, podemos pasar ese tiempo en Cifuentes, y hasta ese desahogo dará es parecimiento á nuestro ánimo. La verdad es que Vd. está triste con la ausencia de su hijo, y yo, que no tengo derecho á estarlo por la misma razon, cansada de la sociedad, triste por la soledad que me rodea, gozaré algunos instantes de felicidad acompañándola á Vd.

#### VI.

Convenidas las dos marquesas, hicieron los preparativos del viaje, y cuatro dias despues salieron de Madrid, llegaron á Guadalajara, permanecieron allí algunas horas y se dirigieron á Cifuentes.

Su primera visita fué á la superiora del convento.

## CAPITULO XXX.

### Una mujer muerta en vida.

#### I.

Natural era, tratándose del bien de una jóven educanda del convento, que dieran parte á la superiora las dos marquesas de la intriga que con tan buen fin se proponian llevar á cabo.

La superiora halló excelente el medio y ofreció ayudarlas, porque, como las dijo:

—Es tan grande el cariño que hemos tomado á Dolorcitas, que tengo el mayor gusto en hacer hasta un sacrificio tratándose de su felicidad.

#### II.

—Pues en ese caso, dijo la marquesa del Puente, que llevaba la batuta en aquella cuestion, es necesario que la prepare Vd. para que cuando nosotras la veamos mañana no se sorprenda, y en ese caso sea peor el remedio que la enfermedad.

—Déjenlo Vds. á mi cargo, y yo les aseguro ayudarles en todo.

En efecto, cuando las dos señoras salieron del convento buscó la superiora á Dolores.

Hacia ya algunos dias que estaba la jóven poseida de una profunda tristeza.

Nada sabia de Antonio, y su imaginacion se explicaba aquel silencio de una manera dolorosa.

## III.

—Vamos á ver, hija mia, dijo la superiora despues de habérsela llevado á su celda; es necesario que me hables con franqueza. Hace algunos dias que te hallo triste, pensativa. Estoy segura de que á solas sufres y lloras. ¿Qué es lo que te sucede?

—Nada, señora, nada.

—Haces muy mal en negármelo. Sabes que he sido siempre una madre para tí. Si me pagases el cariño que te profeso debias ser buena como lo es siempre una hija para su madre.

—Si no sufro, dijo Dolores.

—Harto sabes que no ignoro las penas de tu corazon. Conociendo las horribles tempestades del mundo, he procurado distraerte. Solo en el retiro, en la soledad de esta santa casa puede hallar el alma la tranquilidad, el reposo que necesita para vivir feliz. Tú, sin embargo, dominada por un afecto que comprendo y disculpo, consideras este asilo como una cárcel y deseas romper las puertas que te separan del mundo, ¿no es verdad?

—Ya sabe Vd., madre superiora, que no sé mentir. Estoy muy agradecida á las bondades de Vd.; reconozco que no soy digna de las atenciones que toda la comunidad me dispensa; soy una ingrata; comprendo tambien la paz dulcísima que aquí se disfruta; pero yo no puedo disfrutarla porque en mi corazon se agita confusamente la tempestad del deseo.

—Gran desgracia es esa, hija mia. Por eso en todas mis oraciones pido á Dios que ilumine tu mente y encienda en tu alma el santo amor de todas las esposas de Cristo.

—Es inútil, madre superiora; yo seria una mala religiosa.

—Dices eso porque estás alucinada; pero hablemos con sinceridad. Si fueras víctima de alguna de esas terribles desgracias con que se pone á prueba en el mundo la fe de los creyentes; si por ejemplo, ese jóven á quien amas y que es militar, segun creo, fuese herido ó muriese en un combate...

—¡Oh! calle Vd. por Dios, madre superiora; esa idea me horroriza.

—Y sin embargo, es muy posible.

—Demasiado posible. ¡Si diera crédito á mis presentimientos...!

—¿Acaso piensas...?

—No pienso, sufro.

—¿Es decir que no tendrias valor para soportar una terrible prueba?

—¡Solo Dios lo sabe!

—Y sin embargo, si eso sucediera, cuanto más grande fuese la desesperacion de tu alma hallarias en esta santa casa, en los consuelos de la religion, en mi cariño, en el de todas las monjas, el único alivio á tu dolencia.

—Solo de esa manera profesaria, dijo Dolores.

—¡Ay! hija mia, exclamó la superiora, quiera Dios que no sea el dolor quien te cierre para siempre las puertas del convento; y, sin embargo, creo en mí un deber hacerte una revelacion.

—¿Una revelacion, madre?

—Sí; hoy mismo han llegado á la ciudad la marquesa del Puente y la marquesa de la Llana.

—¿Cómo lo sabe Vd.?

—Acaban de separarse de mí.

—¿Han estado en el convento y no han querido verme?

—Han tenido miedo.

—¡Miedo! ¿De qué?

—No han querido explicarme la causa de su pesar, pero yo he notado que sufren, que necesitan confiarte alguna triste nueva y temen...

—¡Oh!

—Pero tranquilízate; mañana vendrán, y lo único que te exijo, lo único que te ruego es que desde este instante hasta que hables con ellas fijas tu pensamiento en Dios. Acostúmbrate á las ideas más penosas, á los martirios más grandes, para que la Providencia te depare los consuelos que necesitas, y de este modo tu sufrimiento será mucho menor.

## IV.

La superiora, como vemos, preparó muy bien el terreno, pero no consiguió los últimos deseos que había manifestado la jóven, porque en vez de fijar su pensamiento en la divinidad pasó todo el resto del día y toda la noche queriendo adivinar cual seria el motivo que había llevado á su abuela y á la marquesa de la Llana á Cifuentes y cuál la fatal nueva que iban á comunicarle.

## V.

Dolores aguardó con impaciencia y al mismo tiempo con miedo la visita que le había anunciado la superiora.

A cosa de las once se presentó en el convento la marquesa de la Llana.

Después de oír de los labios de la superiora que Dolores estaba ya perfectamente preparada, la llamó á la celda prioral y se verificó la entrevista de Matilde y Dolores.

## VI.

—¿Viene Vd. sola, señora? exclamó la jóven.

—Sí; la marquesa del Puente ha pasado la noche muy mal. Ha tenido calentura y se ha visto obligada á

guardar cama. El médico abriga algunos temores por la edad avanzada de la buena señora; pero yo creo que exagera algo. En cuanto descanse uno ó dos dias se restablecerá por completo.

—Siento mucho no verla, dijo Dolores; no sé por qué está llena mi alma de tristes presentimientos.

—Para Vd., hija mia, no es nueva ni desconocida la desgracia. Ya sabe Vd. que conozco su historia y que puedo por lo tanto hablar de esta manera.

—Es cierto; pero tambien lo es que cuando yo era una pobre huérfana, cuando vivia en el seno de una humilde familia, todo me sonreia; el cariño de mi madre adoptiva, las atenciones de aquel hombre honrado que me queria tanto como á sus hijos, los juegos con aquellos que eran hermanos de mi corazon constituian mi felicidad. No sabia que habia en el mundo riquezas, ni títulos, ni honores: no he conocido la desdicha hasta que la fortuna ha venido á buscarme.

—Eso parece una acusacion á su padre de Vd., á la marquesa del Puente.

—De ningun modo; yo les agradezco infinito todo lo que por mí han hecho. Yo les quiero como si hubiera nacido en el seno de su familia, como si siempre me hubieran colmado de atenciones y cuidados. Pero ¿he de engañarla á Vd.?

—Eso no.

—Entonces déjeme Vd. al ménos que me desahogue diciendo que desde el período más feliz es cuando soy más desgraciada. Así, pues, hable Vd. sin temor. Al-

gunas palabras que me ha dicho la superiora me demuestran que ha sucedido algo extraordinario, algo triste; y es más, hasta adivino que mi abuelita no ha tenido valor para venir á decírmelo; pero yo sí lo tengo para escucharlo.

—Pues bien, Dolores, es verdad, dijo la marquesa, ocurre una gran desgracia; pero la marquesa del Puente está verdaderamente enferma; de lo contrario ella hubiera venido, porque teniendo más títulos que yo al afecto de Vd., hubiera podido darle esa noticia y al mismo tiempo estrecharla en sus brazos.

—Hable Vd. por piedad, señora; estoy impaciente.

—¿No adivina Vd...?

—Temo adivinarlo; acaso Antonio...

—Sí, hija mia, sí.

—¡Ha muerto!

—Todavía no.

—¡Todavía no! repitió Dolores presa de una desesperación espantosa. Explíquese Vd. por lo que más ame en el mundo.

—Es un valiente.

—Ya lo sé, però...

—No solo impulsado por el cumplimiento de su deber, sino por el deseo de adquirir gloria para hacerse más digno del amor que Vd. le profesa, acometió una empresa arriesgada, y próximo á obtener el triunfo cayó herido.

—¡Dios mio!

—Las últimas noticias que se han recibido, prosiguió

la marquesa aprovechando la emocion de la jóven, son graves, muy graves. La herida ha sido en el pecho y, vamos, la verdad, está de mucho cuidado y los médicos aseguran...

—¡Oh! hable Vd. por piedad; no me lo diga Vd. en dos veces. Tengo valor para soportar mi desdicha.

—Pues bien, Dolores, añadió la marquesa, rece usted por él.

Al mismo tiempo la tendió los brazos y deshecha en llanto cayó en ellos Dolores.

Permanecieron algun tiempo silenciosas.

Solo se escuchaban los sollozos de la jóven.

## VII.

—Valor, dijo de pronto la marquesa; es necesario no abatirse de ese modo. Tiene Vd. un padre, es Vd. jóven, es Vd. buena y la Providencia le otorgará el consuelo que necesita. La marquesa y yo hemos venido á sacarla del convento. Iremos á Madrid en cuanto pasen algunos dias, algunos meses si es necesario, proporcionaremos á Vd. toda clase de distracciones, y el tiempo, que todo lo cura, hará que al fin y al cabo recupere Vd. la tranquilidad perdida y llegue á ser feliz. Esto, añadió la marquesa con intencion, si no prefiere usted quedarse en el convento y profesar, que si esa fuera su resolucion, la marquesa del Puente la respetaria.

—Se anticipa Vd. á mis deseos; no ahora, hace ya mucho tiempo que comprendiendo los peligros que cor-

ria Antonio juré abandonar el mundo para siempre si él sucumbía: ha llegado el instante de cumplir mi juramento.

—Pero, hija mia, piense Vd. que si ese es un consejo que le da en este instante el dolor, quién sabe si más tarde se arrepentirá Vd.

—No, no, señora.

—Antes sería conveniente que pasara una temporada en Madrid á nuestro lado.

—Es inútil.

—Pero sin vocacion...

—Dios, que lee en mi alma, comprenderá que necesito su misericordia y me la otorgará.

—Sin embargo, la marquesa, pensando que podría usted tomar esa determinacion, desea que reflexione usted sobre ella. Tal vez el exceso del dolor la ofusque á Vd. Permaneceremos aquí una semana, dos, todo el tiempo que Vd. quiera; y si al cabo de ese tiempo resuelve Vd. profesar, se harán inmediatamente los preparativos, y nosotras no partiremos de aquí sin habernos despedido de Vd. y llevarnos la seguridad de que al ménos ha encontrado el consuelo que exige su inmensa pesadumbre.

—Por mi parte estoy resuelta.

—Sin embargo, aguardemos una semana siquiera.

—Bien está, dijo Dolores con indiferencia; lo mismo diré hoy que dentro de ocho días, que dentro de un año, que dentro de ciento si fuera posible. Ha muerto Antonio, nada me queda en el mundo.

La marquesa llamó á la superiora, hizo delante de ella el papel, y despues de rogarla que emplease todos sus recursos para ofrecer consuelos á la jóven, se despidió de ella.

Toda la noche la pasó Dolores ensimismada en su dolor.

Aunque tenia resignacion para sufrir, renunciar á sus ensueños de felicidad era muy violento para su alma.

## CAPITULO XXXI.

### Una resolucion desesperada.

#### I.

Matilde comunicó á la marquesa del Puente el resultado de su entrevista con Dolores.

—¿Ve Vd. como hemos hecho bien? le dijo; ya estamos plenamente convencidas de que el amor que profesa á Antonio es verdadero. Pero aun debemos esperar una semana por si acaso es necesario para que se resuelva Vd. por fin á labrar su ventura enlazándola con ese jóven.

Así lo convinieron, y la marquesa del Puente, que deseaba ver á su nieta, no restablecida todavía de su indisposicion, y sin permiso del médico, fué al convento.

#### II.

Creyó encontrar á Dolores en extremo afligida; creyó que estaria siendo víctima de una febril agitacion. Estaba, sin embargo, tranquila.

Habia llorado mucho, pero habia encontrado al fin y

al cabo esa calma aparente que suele suceder á las grandes agitaciones del alma.

Se habia apoderado de su imaginacion la idea de que iba á morir muy pronto y que al abandonar el mundo se uniria para siempre á Antonio, y esta idea, llenando de esperanza su corazon, le habia otorgado esa calma terrible y espantosa que resuelve las crisis del alma como una tregua, como una preparacion para un fin próximo y deseado.

### III.

—¿Sufres mucho, hija mia? le preguntó la marquesa?

—¡Oh! no señora; acato la voluntad de Dios y me resigno.

—¿Pero vas á encerrarte para siempre en el convento? Eso equivale á buscar una tumba.

—Vd. ha deseado siempre mi felicidad. Si yo le digo que el único bien, que la única ventura que aguardo en el mundo es la soledad, el silencio que aquí reina, comprenderá que al consentirme la reclusion que anhelo contribuye á labrar mi dicha.

### IV.

La marquesa estuvo á punto de revelarle la verdad.

Pero se sentia muy débil y temerosa de que la faltaran fuerzas para tornar á su casa, se despidió de la jóven, prometiéndole en cuanto se restableciera por

completo volver á verla, y revelándole la verdad partir con ella para Madrid.

Al tornar á su casa se vió obligada la marquesa á guardar cama.

Sintió un fuerte dolor en el costado izquierdo y mandó llamar al médico.

## V.

El doctor, que puso muy mala cara, hablando aparte con la marquesa de la Llana:

—Esa buena señora, le dijo, ha cometido una locura. Ha salido de casa sin estar aun restablecida, y su indisposicion, que hubiera podido curarse con el sosiego y el método, se ha agravado hasta el punto de convertirse en una pulmonía.

Aunque le prestaron los auxilios que exigia su estado con la mayor rapidez, la edad de la buena señora no pudo resistir y á los tres dias espiró, dejando á la marquesa de la Llana como tutora de su nieta.

## VI.

El fallecimiento de la marquesa del Puente acabó de resolver á Dolores.

Despues de verificado el entierro, y cuando la superiora del convento, afligida por todo lo que pasaba, manifestó á la marquesa de la Llana que era ya tiempo de decir la verdad á Dolores:

## VII.

—¡Dios nos ha castigado! exclamó con hipocresía Matilde; yo misma he recibido la noticia de que la muerte del prometido de Dolores es cierta.

—¿Qué dice Vd.? exclamó la superiora santiguándose.

—La fábula que habíamos inventado era muy verosímil. Ya se ve, un militar está expuesto á cada instante; pero no podíamos imaginar que lo que era un ardid llegase á ser un hecho.

—¿Y es positivo?

—La noticia se ha publicado en el diario de los partes de la guerra. Mi mayordomo me ha escrito despues de informarse y ya no hay duda.

—¿En ese caso profesará Dolores?

—Sí, es lo mejor que puede hacer. Voy á hablarla, y haremos en seguida los preparativos necesarios para que acto continuo... y acaso yo no tarde en imitarla, porque la verdad es, madre superiora, que los gozes del mundo no compensan ni con mucho los sacrificios ni los dolores que en él se padecen.

## VIII.

Un mes despues se celebraba con la mayor solemnidad el acto de profesion de la hija del marqués del Puente, siendo su madrina la marquesa de la Llana.

Al renunciar al mundo tomó el nombre de sor Antonia de los Dolores.

Matilde habia conseguido su objeto.

### IX.

Tornó á Madrid y escribió dos cartas.

Una al marqués del Puente noticiándole todo lo que habia sucedido, y justificando la resolucion de su hija por un desengaño que habia recibido de Antonio.

A este le escribió tambien manifestándole que habia sido tan inmenso el sentimiento que le habia causado la muerte de su abuela, que habia resuelto tomar el hábito y olvidarse para siempre del mundo y de sus pompas.

## CAPITULO XXXII.

### Efectos de la intriga de la marquesa.

#### I.

Al llegar á este punto de nuestra historia, necesitamos indicar á grandes rasgos el efecto que produjo en la familia del protagonista de esta historia la intriga llevada á cabo con tanta habilidad como mal corazón por la marquesa de la Llana, y abandonar acto continuo el hogar doméstico de Pepe-Hillo, para observar en él el espíritu que dominaba en la nación, y seguir las trasformaciones que sufrió, desde la abyeccion hasta el heroismo, desde pan y toros hasta la guerra de la Independencia.

Cuando Dolores profesó se hallaba Pepe-Hillo cumpliendo sus contratas en las plazas más principales del reino.

María del Pópulo se habia trasladado á Sevilla con sus hijos, porque el menor de ellos habia sufrido una larga y penosa enfermedad, y los doctores le habian aconsejado que respirase los aires natales durante algun tiempo.

Interesada siempre en el buen éxito de los deseos de su hijo, confiaba María en que no se realizarían los propósitos de la marquesa de la Llana, porque Enrique se oponía á ellos, y al mismo tiempo esperaba, de acuerdo con lo que el jóven le habia prometido, que cualquier cosa que pudiera afectar al porvenir de Dolores, y por lo tanto á la ventura de su hijo, se lo participaría.

Pero sucedió lo que sucede siempre.

Obligado Enrique á tomar una resolución definitiva, preocupado con los obstáculos que se oponían á su felicidad, decidido á destruirlos, jugó el todo por el todo, logró por los medios violentos que recuerda el lector la mano de Paquita, y partió con ella, olvidándose por completo de la promesa que habia hecho á María.

Hallábase, si no tranquila, confiada, en su casa del barrio de San Bernardo, cuando se vió sorprendida por la visita de su hijo Antonio.

Trabajo le costó reconocerle.

No era aquel jóven el militar valeroso que algunos meses antes habia venido desde la frontera á comunicar al rey los padecimientos de su leal solicitud, ni mucho ménos el galante doncel que, arrojando toda clase de peligros y valiéndose de todos los medios que sugiere la imaginación á un hombre enamorado, habia llegado hasta el convento donde se albergaba Dolores.

Al presentarse á su madre era á lo sumo la sombra de lo que habia sido.

—¿Qué significa esto? le preguntó María del Pópulo

despues de haberle estrechado contra su corazon.

—Esto significa, querida madre, que ya no me queda en el mundo más que el cariño de Vds., la soledad y la muerte.

—Explicate, hijo mio, ¿qué desgrasia nos ha ocurrido?

—No ha sido una, sino todas las que podian suceder.

—Habla por Dios, que me estás matando.

Antonio refirió á su madre que habiendo llegado al último extremo la situacion precaria de los soldados que se hallaban en la frontera, que al ver defraudadas todas sus esperanzas, le enviaron con orden expresa de ver al rey sin pasar antes por la ingerencia de su primer ministro, explicándole entonces la verdad de lo que pasaba y anunciándole que las tropas se rendirian si no se hacia la paz ó se enviaban refuerzos.

Necesario de todo punto era que el buen rey Carlos IV se enterase de estos pormenores, porque tanto su primer ministro como los demás individuos de la camarilla que le rodeaba, se habian propuesto ocultarle la miseria, la desesperacion, el desaliento de los soldados, sin otro objeto que el de no turbar las magnificas fiestas en que vivian los cortesanos.

No ignoraban los del campamento que su mayor enemigo era Godoy.

Sabian tambien que este hombre, tan funesto para España, estaba en tratos con los revolucionarios franceses, y que convencido de la docilidad del pueblo no vacilaba en realizar el sueño de la república de extender su territorio hasta la orilla del Ebro con tal de que

en cambio de las ricas provincias que le entregase España pudiese nuestra nación recuperar el Portugal.

Habian salido con instrucciones para informar al rey cuatro oficiales distinguidos, y uno de ellos fué Antonio.

Por una casualidad al llegar á Madrid supo que la marquesa del Puente habia fallecido y que su nieta habia tomado el velo de religiosa.

No queriendo dar crédito á esta noticia, que era para su corazon una herida de muerte, se decidió á buscar á la marquesa de la Llana, y esta se apresuró á recibirle.

La marquesa confirmó sus temores.

—Me llena Vd. de asombro, dijo al verle; le creia á Vd. muerto, y no ha habido un solo dia que no le haya tenido presente en mis oraciones. La noticia de su muerte de Vd. llegó á Madrid con tales visos de verdad, que al saberla Dolores, y al tener que llorar al mismo tiempo la muerte de su buena abuelita la marquesa del Puente, desoyó todos mis ruegos y hasta los de la misma superiora y profesó en el mismo convento donde se hallaba.

Si estima Vd. en algo su tranquilidad, que ignore que vive Vd.; de lo contrario consideraria como una prision espantosa lo que hoy le parece un asilo de bendicion y consuelo, y siendo ya imposible romper los hierros que la separan del mundo, nada habria que calmase su profundo dolor.

No habia duda.

Antonio comprendió que había sido víctima de una intriga, y hubo un momento en que pensó atentar á su vida, porque sin la esperanza de su amor todo le sobraba en el mundo.

Pero pensó en las desventuras de sus hermanos, y con más ánimo que antes, puesto que la vida le importaba muy poco, resolvió á toda costa ver al rey, decirle la verdad y despues retirarse al seno de su familia á devorar su pena esperando la muerte, que, dada la situacion de su espíritu, no debia tardar en abrirle sus brazos.

Cuantas tentativas hizo para ser recibido por el rey fueron inútiles.

Los espías de Godoy le habian comunicado su llegada y sus propósitos, lo mismo que la de los otros tres oficiales.

El favorito de Cárlos IV habia llegado á uno de los períodos más difíciles de su existencia ministerial.

Despreciado por los buenos patricios, objeto de las intrigas de las camaristas de la reina, viendo quebrantadas y perdidas las fuerzas que podia oponer España en la frontera á la premeditada invasion de los extranjeros, no tenia en aquella horrible tempestad más puesto de salvacion que la costumbre de Cárlos IV.

Este monarca, débil y perezoso, se consideraba muy feliz porque su favorito pensaba y gobernaba por él.

Creia justificar su abandono de los asuntos del Estado con el interés y la pericia de su primer ministro, y Godoy, que le conocia, estaba seguro de que la idea de

perder aquella comodidad impediría en todo tiempo su caída.

Antonio no fué afortunado.

El mismo día en que intentaba ir hasta el Pardo á buscar al rey en la misma cacería y decirle la verdad, le llamó Godoy á su despacho.

Antonio habló con energía al privado, llegando hasta á faltarle al respeto.

Al día siguiente fué exonerado de su empleo y desterrado de Madrid.

Entonces se dirigió á Sevilla á buscar en el cariño de su familia, si no un consuelo, por lo ménos un pretexto para no atentar á su vida.

Los lectores, que conocen el carácter de María del Pópulo, comprenderán cómo se exaltaría al oír todo lo que le refirió su hijo.

Ofreciéndole los tesoros de cariño que siempre tiene el corazón de una madre:

—No tengas pena, hijo mio; tu madre te hará olvidar las desdichas que lloras, y si le pagas el cariño que te tiene, aun podrás ser feliz á su lado.

¡Ilusion engañosa!

Desde aquel día desapareció la expansión, la felicidad que reinaba en aquel hogar.

Cuando Pepe-Hillo tornó á su casa á descansar de sus trabajos se enteró de lo que había sucedido, y exclamó:

—¡Ah! ya comprendo tóo lo que ha pasado. La marquesa de la Llana es una lagarta y ha querido atrapar al

pare de Dolores por chuparle los pesos duros; pero yo le aseguro que no lo logrará. Presisamente al pasar por Madri he visto al mayordomo del señor marqués y me ha dicho que pa el 30 llegará á Cádiz. Estamos á 28. Mañana mismo me pongo en marcha, le veo, le cuento lo que ha pasao, y si no escupe en la cara á la marquesa, digo que no es hombre de calía.

En efecto, así lo hizo, y Antonio fué en su compañía.

No el dia 30, sino el 15 del mes siguiente llegó el marqués á Cádiz.

Padre é hijo acudieron al puerto á presenciari el desembarque de los viajeros.

Pero con gran asombro suyo vieron llegar al marqués del Puente acompañado de la marquesa de la Lлана, que habia ido en la falúa del puerto á recibir al que consideraba como su futuro esposo.

## CAPITULO XXXIII.

### Donde Pepe-Hillo se desahoga.

#### I.

—Nos la ha jugao de puños, dijo Pepe-Hillo á su hijo; esa mujer es el mismísimo demonio. Pero no importa; ellos no se han de dir de Cádiz en unos cuantos dias, y malo á de ser que yo no encuentre ocasion de colocarme en su casa cuando ella no esté pa poer disir al marqués las verdaes del barquero.

—Todo será inútil, dijo Antonio, que no podia dominar su profunda tristeza.

—Mira, hijo mio, mal de muchos consuelo de tontos; pero aunque seamos tontos, lo que yo te digo es que lo que á tí te ha hecho pasar lo ha de pasar ella.

#### II.

Los dos se informaron de la casa en donde se habia hospedado el marqués del Puente y se fueron á su posada, resuelto Pepe-Hillo á proporcionarse una entrevista con el marqués al dia siguiente muy temprano.

A las ocho de la mañana fué al hospedaje del marqués.

El pájaro había volado.

La noche anterior á las doce había salido con la marquesa de la Llana en una silla de posta resuelto á llegar en cinco ó seis jornadas á Madrid.

Pepe-Hillo se abroncó.

—No, pues lo que es esto no se quea así. Tú te queas con tu madre y yo me voy á la corte.

—Es inútil, padre; mi enfermedad quiere reposo; cuanto más se agiten mis ideas, más sufro. Aproveche Vd. el descanso para estar al lado de la familia y poco á poco yo olvidaré mis penas.

### III.

El torero y su hijo regresaron á Sevilla, y aunque el primero manifestó deseos de ir corriendo á Madrid, entre su esposa y su hijo lograron disuadirle.

Sin embargo, la impaciencia le dominaba.

Necesitaba desahogarse, y despues hasta seria capaz de perdonar á la marquesa de la Llana.

Ni el cuidado de sus intereses, ni las atenciones que exigian sus hijos, ni sus conversaciones con los aficionados y los toreros de Sevilla, nada le entretenia, nada le preocupaba.

Solo absorbía su imaginacion la tristeza de su hijo y la mala pasada que le habian jugado.

Buscando el medio andaba de escaparse á Madrid, cuando una mañana se vió sorprendido por el ruido de los tambores que precedian al pregonero de la ciudad.

Por todas partes resonaban vivas entusiastas al rey, y no tardó en saber que habia caído Godoy, que le habian reemplazado los ministros Jovellanos y Saavedra y que se habia firmado la paz de la manera ménos onerosa para España.

Tomando parte en la alegría general entró en su casa.

—Ahora sí que me voy á Madrid, dijo á su esposa. Seguramente habrá fiestas, y entre ellas corrías de toros, como es mu natural y está mu en el órden, y si esto sucede el primero quel legue será el amo de la plasa. No tuvo más remedio María del Pópolo que dejarle partir, y, en efecto, ocho dias despues llegó á la córte y su primer cuidado fué buscar al marqués del Puente.

Por el mayordomo se informó de que su amo habia resuelto casarse con la marquesa de la Llana y que se estaban haciendo los preparativos para llevar á cabo aquel enlace.

—Aun llego á tiempo, se dijo.

Y haciendo pasar recado al marqués, logró que le recibiera.

—Venga Vd. acá, amigo mio, le dijo; deseaba ver á Vd., porque seguramente los dos estamos siendo víctimas de un mismo pesar.

—Esa es la fija, dijo Pepe-Hillo.

—¡Qué fatal coincidencia!

—¿Coincidencia?

—Ciertamente; llegar la noticia de la muerte de su hijo de Vd. precisamente al poco tiempo de haber fallecido mi pobre madre. Estos golpes debían, como era natural, hacer tomar á mi hija una resolucion extrema. La verdad la hemos sabido tarde.

—Miste, señó marqués, yo no quieo andá con tapujos ni rodeos. Vd. y yo y Dolorsiyas hemos sío víctimas de una mala intension.

—¿Quién puede haberla tenido?

—¡Claritó! La marquesá de la Llana.

—¿Está Vd. en su juicio?

—Lo dicho, dicho; no me retracto. Esa buena señora, y no se ofenda Vd. porque yo he de desir la verdá; esa buena señora no veía con muy güenos ojos el casamiento de Dolorsiyas con mi hijo, y trató de estorbarlo por toos los medios. Al fin y al cabo, aunque mi hijo era un valiente, aunque se habia ganao con sus puños la charretera, naide podia quitarle la deshonra de ser hijo de un torero.

—Está Vd. equivocado; era el hijo del hombre honrado, más honrado que yo, puesto que recogió á una pobre huérfana que yo habia abandonado.

—Asín pensará Vd.; pero lo que es la señá marquesa...

—Yo creo que Vd. la juzga con sobrada severidad.

—Esa mujer ha querío echarle á Vd. el guante, y ya

sé que lo va á conseguir. Pero si en argo estima Vd. á su hija, si argo pué la pena que me devora y la tristeza que se ha apoderao de mi hijo, hágame Vd. un favor.

—¿Cuál?

—Vaya Vd. á ver á Dolorsiyas antes de casarse; dígale Vd. que le hable de verdá tóo lo que sienta; anún-siele Vd. su propósito de dar su mano á esa mujer, y despues de oirla oiga usté á su consiensia.

—No escuchando sus consejos de Vd., sino mi propia voluntad, me proponia dar ese paso antes de contraer matrimonio. Además, ayer mismo se ha recibido una carta, en la que la superiora del convento anuncia que Dolores está enferma y que se niega á tomar los medicamentos que le han recetado. Segun nos manifiesta, se ven en ella deseos de morir, y Vd. comprende que un buen padre no puede consentir que eso suceda.

—Pues vaya Vd. en seguía y yo aseguro que no es Vd. el que se casa con la marquesa de la Llana en cuanto sepa too lo que ha enredao pa hasernos des-grasiao á toos.

—Lo único que yo le exijo á Vd., dijo el marqués; lo que le suplico és que influya en Antonio para que por nada del mundo contribuya á que sepa mi hija que aun vive; eso sí que la mataria.

—Señó marqués, nosotros semos probes y del estao llano; pero á noblesa de corason no nos gana naide. Yo mesmo, aquí donde Vd. me ve, si supiese que habia de

morirse mi hijo y que su salvacion estaba en que Dolores supiera su existencia, le dejaria morir aunque se me hisiera peazos el corason.

—Eso me basta; por lo demás, esté Vd. tranquilo; creo firmemente que los mejores deseos han impulsado á la marquesa; pero si así no fuera, si yo llegase á comprender que alguna idea mezquina le habia impulsado, yo sé perfectamente lo que habia de hacer.

—Pues así qué venga nos veremos.

## VI.

Al salir Pepe-Hillo de casa del marqués:

—No, iba pensando, no logrará esa maldésia mujer el plan que se ha propuesto. Hay Providencia, y si mi hijo y Dolores, que son güenos, sufren y lloran, no ha de gosar esa serpiente.

El marqués, sin anunciar á la que debia ser su esposa en breve su resolucion, partió para Cifuentes, y esta resolucion inesperada alarmó á la marquesa.

Su conciencia le hacia presentir el éxito que iban á tener sus aspiraciones!

## VII.

Terminado su primer deber, se preocupó Pepe-Hillo de las magníficas corridas de toros con que debia solemnizarse la paz, y como eran el reflejo, como eran la síntesis del pueblo español, no pudo ménos de partici-

par de la alegría que todos sentían al ver que había terminado la guerra y, lo que más les agradaba aun, al ver que Godoy había caído de la gracia de los reyes.

En efecto; uno de los oficiales que habían abandonado la frontera al mismo tiempo que el hijo de Pepe-Hillo, comprendiendo desde luego cuál era el mejor medio de obtener lo que deseaba mientras los buenos patriotas procuraban en vano presentar á los ojos del rey el abismo á donde caminaba España, buscó para llegar á su objeto la influencia de la Matallana.

Llegó oportunamente.

La camarista, por ódio á Godoy, había conseguido que María Luisa fijase con benevolencia sus ojos en otro guardia, buen mozo también, llamado Mallo.

Segun cuentan las crónicas de aquel tiempo, esta benevolencia, más que de afecto, era hija de los celos que inspiraban á María Luisa las relaciones de Godoy con Pepita Tudó.

### VIII.

Los despachos que traía el oficial llegaron á manos de la reina, y queriendo humillar más y más al favorito, ella misma los presentó al rey y Godoy tuvo que abandonar el ministerio.

Pero ¡ay! por desgracia para España, si le quitaba el rey un cargo que desempeñaba á los ojos del público, no le perdió el afecto que le tenía y la fuerza de la costumbre se conservó en él.

Las consecuencias de esto debian ser funestas.

Entonces fué cuando se inició la conspiracion que, erigiendo como jefe y bandera al príncipe de Asturias, al que más tarde debia ser Fernando VII, habia de traer sobre España la gran calamidad, aunque al mismo tiempo la inmensa gloria de la guerra de la Independencia.

## CAPITULO XXXIV.

### La curiosidad.

#### I.

La indisposicion de Dolores era mucho más grave de lo que la superiora del convento habia manifestado á su padre, y ofrecia tanto más cuidado quanto que poseida de una inmensa desesperacion se negaba á tomar toda clase de medicamentos y solo suspiraba por la muerte.

Todo se descubre en el mundo, y Dolores habia descubierto el engaño de que habia sido víctima.

#### II.

Por medio de una de las lavanderas del convento habia sabido la llegada al pueblo del hijo de un labrador que, al principio de la guerra, lleno de fé y de entusiasmo como todos los españoles, se alistó á las banderas para ir á combatir á los franceses.

El infeliz, despues de haber pasado grandes trabajos, habia regresado enfermo á su casa á curarse.

La lavandera le habia visto, le habia oido contar muchos episodios de la guerra, los habia abultado y los habia referido á las monjas, las cuales á su vez se habian preocupado en extremo de la relacion de la lavandera.

## III.

—Quizás ese enfermo, pensó Dolores, haya conocido á Antonio; quizás haya formado parte de su compañía; quizás haya sabido su muerte.

Impulsada por estas ideas aprovechó la primera ocasion que tuvo, y al hallarse á solas con la lavandera la preguntó cómo seguia el enfermo.

## IV.

—Está muy aliviado; ya se ve, en cuanto ha respirado el aire de su pueblo, en cuanto ha comido bien y ha podido dormir en buena cama...

—Al ménos, dijo Dolores, ese hombre ha sido afortunado, y su familia aun más, porque le tiene en su compañía. Pero yo, que no he sabido nada desde hace mucho tiempo de un pariente mio, le rezo casi todas las noches porque creo que ha muerto.

—¿Ha ido algun pariente de Vd. á la guerra?

—Sí, señora; un primo mio.

—Pues de seguro le conocerá Basilio, porque era muy querido de todos los jefes, y yo supongo que su pariente de Vd. seria lo ménos...

—Era capitán.

—Pues quizás pueda darnos noticias de él Basilio.

—Si Vd. fuera tan buena que le preguntara...

—Vaya, con mucho gusto; todo lo que Vd. quiera. Ya sabe Vd. que estoy agradecida á la comunidad porque me favorece dándome toda la ropa, y no digo eso, que nada vale, sino aunque fuera otra cosa de mayor cuenta...

—Pero es el caso que si la superiora sabe que yo hago esa pregunta... En mi concepto debe haber muerto mi primo y me lo quiere ocultar; por eso cuando he ablo de él se muestra disgustada la superiora. Si al ménos supiera positivamente que habia dejado de existir, rezaría por él y me consolara de este modo.

—Yo lo averiguaré sin que nadie se entere.

—En ese caso, hágame Vd. el favor de preguntar á ese jóven si ha conocido al capitán D. Antonio Delgado.

—¿Es de por aquí, de esta tierra?

—No, señora; es andaluz como yo.

—¿De la tierra de María Santísima? Pues de seguro le habrá conocido, porque yo le he oido hablar de algunos oficiales que dice entretenian el tiempo contando chascarrillos. Le digo á Vd. que el tal muchacho sabe de todas esas cosas tanto ó más que la *Gaceta*.

—Si él no tiene noticias, quizás pueda adquirirlas.

—Es verdad.

—Quiere decir que aunque yo tarde en saberlas...

—Déjelo Vd. todo por mi cuenta.

## V.

La lavandera habló al soldado, y como el pobre se había puesto en camino casi al mismo tiempo que los oficiales que venían á España con pliegos, apenas oyó pronunciar el nombre de Antonio Delgado:

—Vaya si le conozco. No ha sido capitán de mi compañía, pero me he batido á su lado y sé que es un valiente.

—¿Estás seguro de que es ese el joven de quien yo te pregunto?

—¿Me dice Vd. que es capitán D. Antonio Delgado?

—Sí, uno andaluz.

—Ese es hijo de un torero; aunque él no lo decía todos lo sabíamos por allí.

—No debe ser ese, porque es primo de una monjita y no creo que esté emparentada con un torero.

—Pues el que yo digo, que ha estado prisionero mucho tiempo y era el ojito derecho del general en jefe, ha venido conmigo hasta Soria y allí nos separamos, yo para venir al pueblo y él para dirigirse á Madrid.

—¿Entonces no ha muerto?

—¡Qué ha de morir! Si está tan guapo y tan robusto...

—En fin, hijo, creo que tú me hablas de otro; pero yo referiré las noticias que tú me das á la persona que me ha preguntado.

En efecto, al día siguiente habló con Dolores.

## VI.

—Me parece, le dijo, que no le va á servir á Vd. lo que he averiguado. He preguntado á Basilio por el capitán D. Antonio Delgado, y me ha dicho que le conoce mucho y no ha muerto.

—¡Que no ha muerto! exclamó Dolores profundamente conmovida.

—No, señora; ha venido con él hasta Soria y allí se separaron. Pero no debe ser ese capitán su primo de Vd., porque Basilio ha añadido que ese mozo es hijo de un famoso torero y yo le he dicho que ese no puede ser pariente de sor Antonia de los Dolores.

—Es verdad, tiene Vd. razón, dijo conteniéndose la jóven. Pero de todos modos, también he oído hablar de ese otro que tiene el mismo nombre que mi primo; y ese vive, ¿no es cierto?

—¡Vaya! Tan guapo y tan robusto como dice Basilio que está. ¿Pero qué tiene Vd.? añadió observando que la jóven se apoyaba en un árbol para no caerse, porque la escena pasaba en el jardín del convento.

—Nada, nada, las noticias de Vd. me confirman en la creencia que tengo de que mi pariente ha muerto. Voy á retirarme á orar por él.

## VII.

Dolores se retiró á su celda.

Entonces comprendió que había sido víctima de un

engaño y comprendió una cosa más triste aun: saber que vivía Antonio y que ya no podía ser su esposo, que sufriría tanto como ella y que los dos estaban condenados á ser mártires en el mundo y que no les quedaba más que una esperanza: la de unirse en el cielo.

A partir de aquel momento, la desesperacion se apoderó de su alma.

No dormia.

Apenas tomaba alimento.

Cuando estaba delante de las otras religiosas ó asistia al coro, sacaba fuerzas de flaqueza y aparecia tranquila.

### VIII.

Pero cuando estaba sola, y procuraba estarlo la mayor parte del tiempo, lloraba, pasaba las noches en continua fiebre, y llegó hasta no poder levantarse del lecho.

Entonces fué cuando la superiora avisó á su padre, porque el estado de la jóven inspiraba sérios temores.

El marqués del Puente llegó al convento.

### IX.

Precisamente al llegar estaba en el locutorio el doctor que visitaba á la comunidad hablando con la superiora de la enfermedad de Dolores.

—Aquí está su padre, exclamó la madre abadesa, y

conviene que se entere. Este señor, añadió dirigiéndose al marqués, es el doctor que visita á su hija de Vd.

—Celebro infinito nuestro encuentro; dígame Vd. con entera franqueza qué es lo que tiene mi hija.

—No es una enfermedad definida, pero es muy grave. Sus fuerzas se han debilitado por completo; la vida se extingue poco á poco en ella como una lámpara que agoniza, y no surten efecto los tónicos que la propino porque no veo el resultado.

Dolores no tomaba los medicamentos; ¿cómo habian de surtir efecto.

## X.

—¿Segun eso, desconfia Vd. de poder salvarla?

—La ciencia poco puede en estos casos; solo la voluntad de Dios. Pero ha hecho Vd. bien en venir. Quizás al verle se reanime; quizás al escuchar los consejos de Vd. tomará ciertas medicinas hácia las que se muestra rebelde.

## IX.

El marqués, conducido por la superiora, entró en la celda de Dolores.

No la reconoció.

Aquellas sonrosadas mejillas; aquellos ojos vivos, brillantes, alegres; aquella boca risueña; aquel color que respiraba salud, habian desaparecido.

Estaba pálida como el papel; los ojos hundidos.

La rigidez de sus facciones y la postracion de su cuerpo, más la asemejaban á un cadáver que á un sér viviente.

## XII.

—Padre mio, dijo Dolores con voz débil, Dios ha escuchado mis ruegos, puesto que viene Vd. á despedirse de mí.

El marqués dirigió una mirada á la abadesa.

—¿Quiere Vd. hablar á solas con su hija? preguntó esta.

—Sí, señora, si Vd. me lo permite...

—Es Vd. muy dueño, puesto que es su padre; y si bien es cierto que al abrazar la religion se ha desprendido de todos los lazos que le ligaban al mundo, hay momentos supremos en los que es preciso dejar en completa libertad para que exhále sus ayes.

La superiora se retiró y padre é hija quedaron solos.

## CAPITULO XXXV.

### Confesiones dolorosas.

#### I.

—Vamos á ver, hija mia, dijo el marqués; es necesario que, acaso por la primera vez de tu vida, comprendas cuán grande es mi arrepentimiento por los pesares que he podido causarte, y haciendo un esfuerzo de generosidad me pagues mal por bien.

Respetemos los designios de la Providencia. Ella ha querido que en estos momentos ni tu pobre madre que murió, ni la honrada mujer que te ha servido de madre adoptiva, ni que el hombre en quien habias puesto tus ojos y á quien has amado con toda tu alma se encuentren á tu lado. Reconcentra en mí por un instante siquiera el cariño que has profesado á todos esos seres y háblame con franqueza. ¿No es verdad que yo soy la causa de todos tus males?

—Vd. no, padre mio, dijo Dolores. Si alguna vez lo hubiera creído así, despues de haber escuchado sus cariñosas palabras habria borrado ese triste pensamiento de mi imaginacion. Para darle á Vd. pruebas de que

es verdad lo que le digo, segura como estoy de que se acerca mi última hora, voy á confesarle todos los sentimientos de mi alma.

—Eso quiero, hija mia.

—Es inútil que me oculte Vd. por más tiempo lo que sé. Me han engañado; me han hecho creer que habia muerto Antonio, y Antonio vive, ¿no es verdad?

—Sí, Dolores, sí; vive y sufre como tú.

—Dios perdone el mal que nos ha hecho á la que tiene la culpa de nuestra desdicha.

—Segun eso, tú crees que la marquesa de la Llana...

—No la guardo rencor; estoy muy cerca de la otra vida y quiero perdonar, porque solo así podrá mi alma alcanzar los consuelos del Juez Supremo. Pero ¡ay! esa señora, sin que yo pueda comprender los motivos que le han impulsado á ello, ha parecido gozarse en mi desdicha. Ella es quien ha fraguado esa fábula valiéndose quizá del inesperado fallecimiento de mi pobre abuela, y ha conseguido el fruto de sus desvelos.

Dentro de poco se cerrarán mis ojos para siempre. Antonio no tardará en seguirme, porque yo le conozco: me ama demasiado para soportar nuestra separacion.

Moriria contenta si no le dejara á Vd. en el mundo. Pero si las palabras de una pobre mujer que se halla en la agonía pueden quedar en su corazon de Vd. como el ángel de su guarda, perdone Vd. á la marquesa, pero no se fie de ella.

—Todo lo comprendo, dijo el marqués sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Ah! en mal hora ha

llamado á mis puertas la fortuna. Por ir á buscarla me separé de tí. Quizás estimulada por el deseo de ser rica, la marquesa de la Llana, que ha creído llegar á ser mi esposa, viendo en tí tal vez un obstáculo, no ha vacilado en enterrarte en vida. ¡Dios escuchará mi plegaria: tú no morirás!

—¡Ah, padre mio! Pida Vd. á Dios que me llame á su seno; la vida me es insoportable.

—¿Y yo?

—Tiene Vd. razon; pero Vd. pensará siempre en mí, elevará los ojos al cielo con más frecuencia que ahora, rezará Vd. por su pobre hija, y Dios escuchará sus oraciones y ofrecerá consuelo á su corazón.

—Dios no querrá que se rompan los lazos que nos unen; pero si así sucediera, yo te ofrezco que abandonaria la pompa que me rodea, que renunciaria al mundo y llamaria á las puertas de un convento para vivir pobre y solitario, consagrado á buscar en el silencio el perdon de mis culpas.

## II.

Hubo una pausa, durante la cual solo se escuchaban los sollozos de padre é hija.

—Voy á pedirle á Vd. un favor, dijo Dolores interrumpiendo el silencio que reinaba en la estancia.

—Habla, hija mia, habla.

—Busque Vd. á Antonio; sea Vd. un padre para él; dígame todo lo que ha pasado; que no me culpe, que

considere nuestra separacion como una desgracia, que acate los decretos de la Providencia, y que si algun afecto me profesa todavía, le pido que se consagre al servicio de sus padres, pagándoles de esta manera los beneficios que me han dispensado. Pronto serán viejos: ¿Quién sabe si entonces tendrán los recursos de que hoy disponen? Si habia Vd. pensado darme algo de sus bienes en el mundo para que yo lo disfrutase, mi mayor alegría será que lo disfruten ellos.

—Nada tienes que hablarme sobre ese particular, dijo el marqués; todo cuanto tú hayas pensado, y mucho más, eso haré.

—¡Dios le bendiga á Vd., padre mio...! Ya estoy más tranquila... Tenga Vd. fuerzas para soportar mi despedida, porque el dia de mi eterno viaje se acerca. Respete Vd. la voluntad de Dios, como yo la respeto buscando en otra vida mejor lo que me ha negado en esta.

—Yo seguiré tu ejemplo, angel mio; yo seré digno de tí, dijo el marqués.

### III.

La superiora interrumpió su conversacion, y el padre de Dolores se retiró muy afligido, pero resuelto á realizar los propósitos que le habia inspirado su hija.

Al dia siguiente muy temprano recibió del convento un recado muy urgente.

Acudió, y solo llegó á tiempo de recibir el último suspiro de su hija.

Dolores entregó su alma á Dios despues de una agonia lenta, pero tranquila.

## IV.

El marqués soportó con resignacion aquel duro golpe, y solo permaneci6 en el pueblo el tiempo necesario para cumplir los últimos deberes de padre.

Dolores fué enterrada en el mismo convento, y el marqués dispuso que todos los dias al amanecer se dijera una misa por el alma de su hija.

Una de las primeras cosas que hizo al tornar á Madrid fué constituir un patronato para que en todo tiempo recibiese aquel sufragio el alma de su hija.

## V.

El mismo dia de su llegada recibió una carta de la marquesa, que le habia espiado durante su ausencia y que temia el resultado de su entrevista con Dolores.

Matilde se quejaba de que hubiese partido sin anunciarle su propósito, y le suplicaba que fuese á verla.

El marqués trazó en un papel estos renglones:

«Yo no puedo volver á ver en mi vida á la mujer que ha asesinado á mi hija.

»No existe nada entre los dos.

»Respete Vd. mi dolor y no vuelva á acordarse de mí sino para pedir al cielo que se apiade de mis tribulaciones.»

Como ven los lectores, la culpable sufrió el castigo que merecía.

## VI.

Poco despues, gran número de acreedores, á los que habia estado entreteniendo con la esperanza de llegar á ser rica cuando se casase con el marqués del Puente, reclamaron sus créditos, y la marquesa no tuvo más remedio que vender sus alhajas y sus joyas y retirarse avergonzada al fondo de una provincia.

La causa principal de su castigo fué Filiberto: pronto veremos lo que hizo para castigarla.

El marqués, apenas hubo arreglado sus asuntos, buscó al hijo de Pepe-Hillo.

Creyendo que el famoso torero se encontraria en Madrid, y sabiendo que tenia amistad con el padre guardian de los franciscanos, fué á verle.

## VII.

Pepe-Hillo habia partido algunos dias antes prometiéndole que no volveria á lidiar en la corte en tanto que no fuese castigado el Corregidor por la mala pasada que acababa de jugarle.

Protector de Romero el Corregidor, habia logrado con apariencias de legalidad que el famoso diestro, rival de Pepe-Hillo, fuese el director de la plaza en las funciones reales con motivo de la paz.

Habíase convenido en que lidiaseen juntos los tres grandes maestros Romero, Costillares y Pepe-Hillo, y este último, que por su arrojo siempre recibia cogidas de los toros castellanos, se conformó con estar á las órdenes de Romero, siempre que los toros que se lidiaseen no fuesen castellanos.

Pero el Corregidor, que no solo por proteger á Romero miraba de reojo á Pepe-Hillo, sino que recordaba que por las comunicaciones de su hijo habia sabido el rey lo que pasaba en el campamento y habia destruido la influencia de la camarilla de que formaba parte, quiso vengarse, y lo preparó todo para que tuviera que habérselas Pepe-Hillo con un toro castellano.

Al conocerlo el diestro le cegó la rabia y sufrió una cogida que, aunque no fué de consideracion, causó profunda alarma, y dió lugar á que el pueblo de pan y toros, sin descontar á la aristocracia de aquella época, buscasse y guardase como reliquia los fragmentos del capote y del traje que habia sacado Pepe-Hillo para lidiar en aquella funcion.

Pasado el peligro, pero aun no restablecido, tornó el famoso diestro al seno de su familia.

Al saberlo el marqués, se puso en camino para buscarle y llevar á cabo sus propósitos.

## CAPITULO XXXVI.

### Quien siembra vientos...

Vamos á aclarar algunas palabras del capítulo anterior.

Hemos dicho que la duquesa de la Llana sufrió el castigo de sus culpas viéndose reducida á la pobreza, y hemos dicho que el instrumento de su castigo fué Filiberto Ruiz.

Nuestros lectores recuerdan que despues de la mala pasada que jugó al guardia de Corps su asistente, estimulado por la marquesa, el alocado militar, figurándose que su rival se hallaba en Méjico, pidió ser destinado á aquella guarnicion.

Salió resuelto á buscar al marqués, á provocarle, y por último á matarle ó á morir á sus manos.

### II.

El tiempo es una gran cosa.

El hombre, que en un minuto es capaz de cometer la

mayor locura, puede en un cuarto de hora de reflexion variar por completo de intenciones.

Si en los momentos en que supo Filiberto, ó presumió al ménos que tenia un rival, hubiera encontrado al marqués, quizás habria llevado á cabo su propósito.

Pero desde Madrid á Méjico hay mucha distancia, y á medida que se fué alejando el foco de luz en torno del cual habia girado hasta entonces, comprendió que su ídolo no merecia los sacrificios que habia hecho.

Su pasion fué enfriándose; lo que perdía en sentimiento lograba en ambicion, y al embarcarse ya se decia:

—¡Quién sabe si hallaré en Méjico alguna mujer rica á quien dar mi mano!

### III.

Cuando llegó, despues de un largo viaje, á la ciudad de Motezuma, era ya otro hombre.

Presentó al virey la carta de recomendacion que le habia dado su amigo Godoy, y aunque supo que estaba allí el marqués del Puente no se cuidó de buscarle, porque á los pocos dias de su llegada fué nombrado gobernador de una isla, y se dirigió á su ínsula muy decidido ya á realizar su proyecto de casarse con alguna rica mejicana.

La suerte le fué propicia.

No habia trascurrido un mes desde que tomó posesion de su cargo cuando fijó sus ojos en una hermosa

jóven huérfana y en extremo rica, puesto que habia heredado de sus padres una mina de oro de las más productivas.

Filiberto la visitó, y prendado de su belleza y de su fortuna, mandó llamar al mayordomo de la jóven, hombre de edad, antiguo servidor de su familia y que la queria entrañablemente.

Cuando estuvo en su presencia le manifestó los deseos que aquella hermosa señorita le habia inspirado.

Tratándose del enlace de la jóven con la primera autoridad de la provincia, natural era que experimentase una gran alegría el viejo mayordomo, y así fué.

Se encargó, pues, con el mayor gusto de vencer las dificultades que se opusieran á la realizacion de aquel proyecto, y tres meses despues se enlazaba el gobernador de la provincia con la jóven millonaria.

#### IV.

Sucede frecuentemente que los más calaveras, los que más han jugado con el amor en su juventud, llegan á encontrar en la vida mujeres inocentes y buenas que les inspiran una verdadera pasion, que les hacen comprender de qué manera tan lastimosa han gastado el tiempo, en una palabra, que les fascinan y les subyugan.

Esto pasó con Filiberto.

Su esposa era angelical, y con el cariño, con el candor habia llegado á dominarle.

Una de las más vehementes aspiraciones de la jóven mejicana era visitar á España.

Habia oído á sus padres hablar mucho de la metrópoli, y no olvidaba que uno de los proyectos que con más entusiasmo habia acariciado el autor de sus dias era el haber pasado uno ó dos años en Madrid.

Manifestó, pues, la jóven el capricho de realizar este proyecto, y como Filiberto, unido á ella, no necesitaba de su empleo, hizo dimision de él y resolvió tornar á España.

Dejaron la administracion de la mina al mayordomo, hicieron buena provision de dinero y acordaron pasar dos ó tres años en la Península, volviendo más tarde á Méjico.

Antes de partir, por lo que pudiera suceder, arreglaron sus asuntos é hicieron los dos consortes su testamento, conviniendo en que el que falleciese dejaria toda su fortuna al que sobreviviera.

Se pusieron en camino y llegaron á Madrid algunos dias despues que el marqués del Puente.

V.

La variacion de clima fué fatal para la jóven mejicana.

El llegar de uno tan templado como el de Méjico á otro tan variable y tan crudo como el de Madrid, debia alterar por completo las condiciones de salud de la jóven.